

ROBIN BLACKBURN. Inglés. Profesor de sociología en la London School of Economic y miembro de la Junta Directiva de la New Left Review. Entre sus ensayos más famosos se encuentra la *Guía breve de la ideología burguesa*.

ERNEST MANDEL. Belga. Economista contemporáneo, reconocido tanto por su participación activa en el país de origen, como por su acción práctica en el campo del movimiento obrero internacional. Su autoridad en el manejo de la dialéctica y del método marxista de conocimiento hacen de este autor uno de los más destacados en el terreno de la economía política actual. Entre sus obras más importantes se encuentran: *Tratado de economía marxista*, *Ensayos sobre el neocapitalismo*, *La formación del pensamiento económico de Marx. Desde sus orígenes a la redacción de "El capital"*.

FRANZ MAREK. Austriaco. Estudios de historia y filosofía. En París fue miembro de la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial y condenado a muerte en 1944 por las fuerzas de ocupación alemanas. Actualmente dirige el *Wiener Tagebuch*, revista independiente de izquierda, de Viena, Austria. Entre sus obras destacan: *Was Stalin wirklich sagte*, con Ernst Fischer *Was Lenin wirklich sagte*, y *Was Marx wirklich sagte*.

VICTOR FLORES OLEA. Mexicano. Licenciatura en Derecho de la UNAM y estudios de postgrado en el Institut d'Etudes Politiques de Paris, y en el London School of Economics de Londres. Ha impartido cátedras en las universidades de México, París y Belgrado y publicado artículos en diversas revistas nacionales e internacionales, así como también varios libros. Actualmente director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

La rebelión estudiantil

Victor Flores Olea
Ernest Mandel
Robin Blackburn
Franz Marek



FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

SERIE

ESTUDIOS 33

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

SERIE

ESTUDIOS 33

*La rebelión
estudiantil y la sociedad
contemporánea*

Víctor Flores Olea

Ernest Mandel

Robin Blackburn

Franz Marek

INTRODUCCION

La rebelión estudiantil y juvenil constituye uno de los hechos políticos y sociales más sorprendentes, pero también más significativos de la última década. Es cierto que los jóvenes se han enfrentado muchas veces a las estructuras existentes, o han protestado por la injusticia imperante, pero la novedad del fenómeno reciente parece consistir, al menos, en dos cuestiones: el esfuerzo de la juventud, particularmente en los centros de educación superior, por articular movimientos específicamente políticos.

El segundo de los rasgos notables del hecho es su carácter universal. La rebelión juvenil se ha presentado en países muy diversos: en la sociedad capitalista más desarrollada, en el mundo colonizado y dominado por el imperialismo y en muchos de los países socialistas de la época de transición. De ahí que no sea exagerado decir que se trata de un fenómeno profundo, orgánico, de la sociedad contemporánea.

Significado político y universalidad del fenómeno son dos cuestiones que han de ser aclaradas, así como sus causas y raíces. Frente al hecho de la protesta y de la rebelión estudiantil hemos visto que las interpretaciones oscilan, con frecuencia, entre el lugar común y la emotividad. Desde el punto de vista de las ciencias sociales es evidente la necesidad de una explicación estructural en función de los sistemas sociales en que tales movimientos se han generado, así como es evidente la necesidad de analizar críticamente las cualidades, las alternativas, las limitaciones y posibilidades objetivas del movimiento estudiantil, y su significado en el complejo de la sociedad moderna.

Pensamos que hoy, a pesar de la proximidad del fenómeno y de su vigencia en más de un sentido, contamos ya con la suficiente distancia histórica para precisar límites, posibilidades y características. Más allá de la pasión y con el método del análisis racional y científico, no porque sea posible o deseable desprendernos de un hecho que nos concierne y en-

vuelve, sino precisamente porque las alternativas inmediatas y futuras del movimiento en todas partes del mundo, si han de ser positivas y constructivas en el sentido de una sociedad más justa y racional, requieren de su estudio reflexivo. Lo que parece necesario y urgente es que el análisis se desprenda del rechazo y la condena incomprensiva de algunos, así como de la exaltación de otros, ya que ambas actitudes tienden a oscurecer la realidad y a opacar uno de los hechos más vivos y significativos de esta segunda mitad del siglo XX.

Deseamos subrayar que las luchas recientes de los jóvenes estudiantes mexicanos han inspirado de alguna manera y están en el origen de los trabajos que aquí se publican. Por ello, no podemos dejar de recordar aquí a quienes en ellas perdieron la vida o la libertad, por ideales hondamente vividos y sentidos. Ni aludir a quienes luchan todavía por esos ideales, precisamente para que sus batallas, políticas e intelectuales, se den a niveles cada vez más elevados y rigurosos; para que prosigan sus fines con lucidez y sean conscientes de que en todo proceso político asoman los peligros de la provocación y la anarquía, y sean capaces de evitarlos sin abandonar los principios y las convicciones; y, en fin, para que todo ese esfuerzo, coincidente con el de muchos otros millones de mexicanos, redunde en beneficio de un país subordinado todavía a las formas estructurales de la dependencia, la explotación y la ausencia de una democracia auténtica y definitiva. En esas luchas hemos de mostrar que somos dignos del privilegio de ser universitarios y responsables ante una comunidad; me refiero sobre todo a las clases populares, que esperan de nosotros el servicio de la técnica, de la ciencia, e inclusive de una militancia política y crítica en favor de sus mejores causas y de sus exigencias históricas profundas. Esperamos que el presente volumen contribuya a despejar el camino dentro de la responsabilidad que nos concierne.

Víctor Flores Olea

LA PROLETARIZACIÓN DEL TRABAJO INTELECTUAL Y LAS CRISIS DE LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA*

Ernest Mandel

I

La proletarización del trabajo intelectual

El neocapitalismo, como tercera fase de desarrollo del modo de producción capitalista, está fundado en una revolución tecnológica, de la misma manera que estaban basadas las dos fases que le precedieron. Esta revolución tecnológica tiene como eje la automatización, la electrónica y la energía nuclear, en tanto que la primera revolución tecnológica giraba en torno al motor de vapor y la segunda al motor eléctrico. El hecho de que el neocapitalismo haya permitido una nueva fase de desarrollo de las fuerzas productivas —desarrollo que se ha reducido cada vez más a partir de 1966-1967— no está en modo alguno en contradicción con la caracterización general de la época abierta por la Primera Guerra Mundial, como época de la decadencia del capitalismo. La tercera revolución tecnológica no constituye una prueba de la vitalidad del capitalismo internacional. No es simplemente un producto de la ciencia sino que también es un producto de la lucha de clases.

El motor del modo de producción capitalista es la acumulación de capital mediante la realización de la ganancia. Los descubrimientos científicos sólo se traducen en innovaciones tecnológicas a condición de que sea redituable aplicarlos en el proceso de producción. En consecuencia, es falso afirmar que, bajo el neocapitalismo, la ciencia se ha convertido en una fuerza productiva inmediata: su aplicación productiva en la actualidad está subordinada más que nunca al imperativo

*Tradujeron: Manuel Aguilar Mora y Carlos Sevilla González.

de la ganancia. Muchos de los descubrimientos científicos que están en la base de la tercera revolución tecnológica se habían realizado antes de la Segunda Guerra Mundial. El hecho de que no se hayan aplicado entonces, no fue debido a obstáculos tecnológicos, sino a su rentabilidad insuficiente. Fueron las grandes derrotas de la clase obrera internacional por el fascismo y por la guerra, las que permitieron la recuperación del crecimiento económico imperialista en 1945, después de veinte o veinticinco años de estancamiento. Estas derrotas hicieron posible acrecentar considerablemente la tasa de plusvalía de los capitalistas, y con ello la tasa de ganancia. Y es esta alza de la tasa de ganancia la que ha permitido la recuperación del crecimiento económico.

Producto de las derrotas históricas de la clase obrera en los años treinta y cuarenta, el neocapitalismo debe enfrentarse forzosamente al fortalecimiento de la fuerza de choque del proletariado internacional que ha tenido lugar en el curso de los sesentas, y que está simbolizada por la explosión revolucionaria de 1968; producto a su vez de una nueva revolución tecnológica que exige, por toda su lógica, una elección consciente de las prioridades económicas y sociales, una planificación socialista mundial del empleo de los recursos materiales. El neocapitalismo no puede sino acentuar todas las contradicciones que son sustanciales al sistema. Ustedes como mexicanos conocen un aspecto esencial: su incapacidad para asegurar un desarrollo equilibrado de la economía de los países de América Latina, de Asia y de África. El colosal escándalo que constituye el contraste entre el desperdicio creciente de los recursos materiales en el hemisferio septentrional, y la miseria, el hambre, la insalubridad, el analfabetismo, la subocupación crónica que siguen siendo comunes para la gran mayoría de los habitantes del hemisferio meridional. El desarrollo imperialista determina y nutre el subdesarrollo semicolonial. La rebelión casi permanente de los países llamados del Tercer Mundo contra la explotación neocolonial es el resultado inevitable de la expansión imperialista.

Me ocuparé en este ensayo de un aspecto de la crisis de la decadencia del modo de producción capitalista a escala internacional: la crisis de las relaciones de producción capitalistas,

y especialmente las contradicciones crecientes que resultan de la proletarización del trabajo intelectual. A nivel histórico, el decline del capitalismo ha estallado en dos fenómenos esenciales de nuestra época que se complementan mutuamente: su incapacidad de desarrollar el llamado Tercer Mundo, y su incapacidad para integrar en forma permanente el trabajo intelectual, es decir, la ciencia, al proceso de la producción.

El capitalismo no desarrolla la producción más que bajo el imperativo de la ganancia; la competencia tiende a igualar la tasa de ganancia de las empresas capitalistas; el desarrollo de las fuerzas productivas tiende a reducir globalmente la tasa media de beneficio, y la concentración de los capitales desencadena, por parte de los grandes monopolios, una continua carrera hacia la obtención de superganancias. En la época clásica del imperialismo, entre el último cuarto del siglo XIX y el principio de la Segunda Guerra, las superganancias coloniales eran la forma principal de las superganancias en general, que subsisten todavía hoy y que para numerosos monopolios son, en cifras absolutas, más importantes incluso que antes de 1939 o antes de 1914. Pero el empobrecimiento relativo de los países semicoloniales que han contribuido a crear estas superganancias, la extensión de la revolución antiimperialista y su transformación en revolución permanente, deben inevitablemente reducir el peso relativo de las superganancias coloniales en el conjunto de los beneficios de los monopolios imperialistas. En nuestra época, *son las superganancias monopolistas, fundadas sobre las rentas tecnológicas, las que ocupan el primer lugar entre las superganancias.*

El neocapitalismo apareció, así, como una fase del modo de producción capitalista caracterizada por una carrera constante hacia la obtención de las rentas tecnológicas. Ello determina un aceleramiento de la innovación tecnológica, que se expande a partir de 1940 a los Estados Unidos, y desde 1945 al resto de los países imperialistas. Del aceleramiento de la innovación tecnológica se derivan dos aspectos cruciales del neocapitalismo, tanto a nivel económico como a nivel social.

Por una parte, esta aceleración conduce a un rápido deterioro de las máquinas y el equipo. Estos pasan de moda más rápidamente. Es verdad que los monopolios imperialistas con-

servan la posibilidad de exportar estas máquinas en desuso hacia los países llamados del Tercer Mundo. Pero en el cuadro de la competencia monopolista acentuada se verán de todas maneras obligados a amortizar el capital fijo en un periodo más breve que antes. De allí la necesidad de una planificación más estricta de las amortizaciones, inversiones, costos y ganancias en el seno de cada monopolio, que conduce al esfuerzo de programación económica de los Estados burgueses, es decir, al intento de coordinar nacionalmente estos planes privados de los monopolios.

De allí también la necesidad de una intervención creciente del Estado en la vida económica en general.

Por otra parte, la carrera efectuada hacia las rentas tecnológicas implica un crecimiento colosal de los gastos de investigación y desarrollo. Estos gastos han pasado en EUA de 100 millones de dólares en 1928, a 5 000 millones de dólares en 1953, a 12 000 millones de dólares en 1959 y 21 000 millones de dólares en 1970. Este crecimiento enorme de inversiones de capitales en el sector de investigación, implica un crecimiento no menos sensacional del personal encargado de la investigación y sus aplicaciones tecnológicas. No es por azar que el número de sabios estadounidenses ocupados en la investigación haya aumentado de 87 000 en 1941, a 387 000 en 1961, y a más de 500 000 en 1970.

Pero en el régimen capitalista, en el régimen de producción mercantil generalizada, es inevitable que una expansión de tal amplitud desemboque en una nueva división del trabajo en el seno de las empresas monopolistas. No sólo se ha visto aparecer en el seno de cada gran monopolio un departamento especial para la investigación del desarrollo, sino que estos departamentos pueden hacerse autónomos, convertirse en laboratorios independientes que venden sus invenciones y descubrimientos al mejor postor. Así se realiza una predicción de Marx, contenida en los *Grundrisse* de 1858, donde demuestra la tendencia del capitalismo a transformar a todas las ciencias en prisioneras del capital, y de hacer de la invención un *business* independiente.

Estos dos aspectos del neocapitalismo, que acabamos de poner de relieve, tienen implicaciones importantes sobre la

tendencia característica del neocapitalismo de proletarizar cada vez más el trabajo intelectual.

El aceleramiento de la innovación tecnológica implica una integración en gran escala del trabajo intelectual al proceso de producción. Mientras que en las fases precedentes del capitalismo el trabajo intelectual se limitó a la esfera de la superestructura social, actualmente está orientado, cada vez más, hacia la infraestructura de la sociedad. Esta reintegración del trabajo intelectual al proceso de producción no sólo reviste la forma de constante crecimiento de ingenieros químicos, físicos, economistas, sociólogos, médicos, administradores, todos de formación universitaria, que son empleados por las grandes empresas capitalistas. Las actividades de todos estos universitarios se encuentran todavía vinculadas, unas más y otras menos, alrededor del proceso de producción propiamente dicho. Pero esta reintegración del trabajo intelectual se expresa también en el crecimiento del número de personas incorporadas a la producción en el sentido más estricto del término (que en general son de formación secundaria y de formación superior universitaria y no universitaria). El ejemplo más extraordinario a este respecto es el de uno de los más grandes éxitos de la competencia mundial interimperialista en el curso de la última década. La industria japonesa de construcción naval, que ha logrado conquistar más del 50 % de los pedidos mundiales de este sector, emplea un personal del cual más de la mitad tiene formación universitaria o semiuniversitaria.

Por otra parte, los imperativos de la planificación creciente en el interior de la empresa monopolista y de programación económica a escala estatal, conducen a un crecimiento no menos impresionante del trabajo intelectual en las esferas de la reproducción y de la superestructura, acompañado de una modificación radical del status: mientras que en el pasado el intelectual tipo activo en estas esferas era un independiente, un representante de las profesiones liberales, hoy en día se ha convertido en un asalariado.

El neocapitalismo implica una tendencia a la organización sistemática de todas estas esferas de la superestructura. Allí también la ciencia penetra en forma masiva, aunque se trata

frecuentemente menos de las ciencias naturales que de las ciencias sociales, que son todavía, en su mayoría, ideologías de clase en el régimen capitalista.

Se constata esto más claramente en el dominio de la administración de las empresas. Lo que antes correspondía a la actividad de un único patrón-administrador, o del consejo de administración de la sociedad por acciones, se ha convertido en una organización estructurada y jerarquizada. Cada esfera de la actividad de la gestión produce sus propias especializaciones. Los ingenieros de la producción y los especialistas de la organización del trabajo, reciben una formación universitaria aparte de los técnicos del *Market-Research* o del *Marketing*. Los expertos en actividades monetarias, bancarias y financieras, los organizadores de la especulación permanente de divisas extranjeras —y cada gran sociedad multinacional tiene tales expertos a su disposición—, no tienen gran cosa en común con los sabios ocupados en los diferentes campos de la investigación aplicada, para no hablar de aquellos expertos del *industrial design*, de la estética de las formas, etcétera. Las necesidades que los médicos del trabajo, los psicólogos del trabajo, los supuestos especialistas en “relaciones humanas” deben satisfacer —y a veces hay psiquiatras en la empresa, y también expertos en organizar el relajamiento y los placeres de los *managers*—, son opuestas a las exigencias que determinan las actividades de los especialistas en la reproducción de capital, de los que recorren el mundo para determinar el país, la región y la ciudad en que será más útil construir la siguiente sucursal, los problemas de comunicaciones y transportes que plantearán los vínculos de esta sucursal con la matriz, y los cálculos de financiamiento y de rentabilidad que en el régimen capitalista deben presidir a estas elecciones.

Todos estos expertos son directamente integrados a las empresas de la esfera de la producción propiamente dicha. Pero los imperativos de la programación y la organización económica que se desprenden, en el capitalismo monopolista contemporáneo, de la aceleración del ritmo de innovación tecnológica, se extienden inevitablemente hasta convertirse en imperativos de programación y de organización de todas las

esferas de la actividad social, en una palabra, de toda la sociedad.

El neocapitalismo no puede hacer la planificación de los costos si no hace al mismo tiempo una planificación de los costos de los salarios, o sea, no hay programación económica sin programación de los aumentos de los salarios nominales. Es necesario hacer aceptar a los trabajadores lo bien fundado de esta programación que, en el régimen capitalista, está subordinada siempre a los imperativos de la ganancia capitalista. Es necesario, pues, poner bajo el control y la organización del capital monopolista a los grandes medios de comunicación, los *mass media* (televisión, radio, prensa, publicidad), la enseñanza, incluso la burocracia sindical. Todos deben ser organizados de tal modo que manipulen al máximo las convicciones, necesidades, esperanzas y sueños de los trabajadores, de orientarlos de tal manera que sirvan a las exigencias de la reproducción ampliada del capital, de tal modo que integren al proletariado para impedir la desintegración de la sociedad burguesa.

Pero aquí se revelan una vez más, los límites del régimen capitalista, su incapacidad de superar sus propias contradicciones. Todas estas técnicas de integración, cuya eficacia relativa y temporal está fuera de duda, no pueden ser aplicadas sino a condición de transformar cada vez más a los intelectuales en trabajadores asalariados; es decir, a extender de manera prodigiosa la amplitud del sistema asalariado, y de incrementar considerablemente la masa y la calificación del proletariado. La tendencia a la amplificación constante del trabajo intelectual calificado, tanto en la esfera de la producción como en la de la reproducción y superestructura —tendencia característica del neocapitalismo—, es al mismo tiempo la tendencia a la proletarización creciente del trabajo intelectual. El neocapitalismo es la fase del desarrollo del capitalismo en la cual el sistema asalariado comienza a generalizarse igualmente fuera de la esfera de la producción propiamente dicha. *Lejos de ser una sociedad post-industrial, el neocapitalismo significa la industrialización cada vez más acabada de todas las actividades humanas.*

Las características fundamentales de la industrialización

son: la mecanización, el empleo de un equipo cada vez más complejo, la división del trabajo y, en consecuencia, la supresión de todo carácter privado, autónomo, del trabajo individual, su socialización progresiva. Ahora bien, si vemos en torno nuestro, constataremos que estos fenómenos han aparecido en el curso de los últimos veinticinco años en toda una serie de esferas de la vida social donde estaban ausentes o poco desarrollados antes de la Segunda Guerra Mundial.

La industrialización de la agricultura en los países imperialistas es conocida ampliamente. Después de diez años el capital invertido en maquinaria agrícola superó al valor del capital invertido en tierras agrícolas de los Estados Unidos. También la mecanización del trabajo de oficina es conocido; máquinas calculadoras electrónicas, máquinas contabilizadoras, máquinas para verificar los cheques bancarios, proliferan más y más. En el comercio los distribuidores automáticos se introducen crecientemente. Los alimentos prefabricados se difunden en el campo de la alimentación. En lugar del abogado privado se forman firmas de consejeros jurídicos; en lugar del médico familiar omniprático surge el equipo de especialistas en torno a la policlínica. La mecanización penetra la esfera artística con el cine, la televisión y mañana en los video-cassette. También penetra en la enseñanza a través de las mismas técnicas.

La proletarización del trabajo intelectual es una parte, la otra es la generalización del salario y de la economía mercantil y monetaria. Toda una serie de servicios personales que se sustraían de las leyes de maximación de la ganancia en el siglo XIX, se convierten en empresas capitalistas. El ejemplo más típico es la sirvienta reemplazada por el refrigerador, la máquina de lavar ropa y trastos, la calefacción central y el aparato acondicionador de aire. Pero esta tendencia va mucho más lejos. Los servicios personales que se consideraban como los más nobles, como los de la salud, la cultura, el arte, son arrastrados en el mismo torbellino de la producción mecanizada, en masa, y por tanto comercializados al extremo.

Esta naturaleza de la industrialización general de toda actividad humana bajo el neocapitalismo, todos los rasgos tradicionales de la proletarización del trabajo que en el pasado se aplicaban sobre todo al trabajo de la gran fábrica moderna, se

aplican ahora cada vez en mayor medida al trabajo intelectual, es decir, a todo trabajo asalariado que se efectúa en el seno e incluso fuera de la esfera de la producción propiamente dicha.

La proletarización del trabajo intelectual implica su especialización, incluso su parcelamiento, su atomización al extremo. En la época de la glorificación de los expertos, adquirir dicha capacitación sólo es posible en dominios cada vez más estrechos del saber. Conocer a fondo un sector minúsculo de una rama científica, sin tener sino datos demasiado vagos acerca de toda esa rama, y careciendo de toda noción acerca de las otras ramas científicas, es la suerte a la que está condenado cada vez más el trabajo intelectual. Semejante trabajo intelectual parcelado, fragmentario, que ha perdido toda visión de conjunto de las actividades sociales en que está insertado, no puede ser sino un trabajo enajenado. La proletarización del trabajo intelectual en las condiciones de trabajo asalariado y de la producción mercantil generalizada, conduce inevitablemente a una enajenación del trabajo intelectual.

Esto se puede comprobar al nivel material más inmediato. La proletarización del trabajo intelectual implica la aparición de un mercado del trabajo intelectual. En dicho mercado la fuerza de trabajo intelectual se compra y se vende como una mercancía vulgar, de igual modo que ha ocurrido con la fuerza de trabajo manual desde los orígenes del capitalismo. La fuerza del trabajo intelectual adquiere un precio de mercado que fluctúa conforme a las leyes del mercado, es decir, conforme a las leyes de la oferta y la demanda, como habremos de verlo en el capítulo II.

Además, es necesario reconocer que la economía política burguesa sigue y refleja perfectamente el desarrollo real de esta proletarización. Han nacido nuevas ramas de esta ideología que, con el profesor Schults, elabora el concepto de "capital humano", calculan el "valor agregado" de este "capital" en el curso del "proceso de producción de la calificación intelectual", es decir, en el curso de los estudios universitarios; con el profesor Balug evalúan la "eficacia" y la "productividad" de la "producción universitaria". Otros, particularmente los profesores Harry Johnson y Kershaw, deducen de la oferta y

la demanda de calificaciones intelectuales específicas, el “producto marginal” variable de estas actividades. Se puede así captar, en vivo, la ilusión de todos los abogados y críticos limitados de la tecnocracia, comenzando por el profesor Galbraith, que han deducido apresuradamente de la importancia creciente de los trabajadores científicos en las empresas —lo que es indiscutible—, la posición predominante que esta pretendida “tecnoestructura” ocuparía actualmente en el seno de la sociedad neocapitalista. La experiencia dolorosa que actualmente atraviesan los administradores, sabios e ingenieros del sector espacial en Estados Unidos, junto con decenas de miles de desocupados, con viejos y antiguos directores de fábricas obligados a vivir de la asistencia pública (Welfare) para poder dar de comer a sus hijos, con el envío de víveres de Japón hacia Seattle, el centro más afectado por el paro intelectual, confirma esta ley fundamental del régimen capitalista que ha sido olvidada por tantos ideólogos durante los años de expansión: ningún asalariado de una empresa capitalista, por elevada que pueda ser su posición dentro de la jerarquía y por valedera que pueda ser su calificación, no tiene ninguna seguridad de mantener su empleo. No existe otra estabilidad de ingresos y de nivel de vida en el régimen capitalista que la que se desprende de la propiedad del capital. Por eso es que, contrariamente a las afirmaciones de los abogados de “la revolución de los administradores”, los empleados colocados en los más altos puestos de los monopolios, incluidos los administradores más poderosos, no tienen más que un móvil fundamental; adquirir acciones y otras formas de propiedad capitalista que les pongan al abrigo de la inseguridad y de las fluctuaciones coyunturales.

Pero la enajenación del trabajo intelectual, la transformación de la fuerza de trabajo intelectual en una mercancía, no se expresa solamente en la inseguridad de la existencia clásica del proletario, que actualmente golpea también al intelectual. Asimismo tiene consecuencias extremadamente importantes al nivel de ideología, de moral y de conciencia de los intelectuales.

El neocapitalismo, en tanto tentativa de combinar la economía generalizada de mercancías, la comercialización uni-

versal, con la organización que reclama la programación económica, y el control sobre todas las actividades sociales, todo bajo las riendas de los grandes monopolios, constituye una combinación bastarda y plena de contradicciones entre la racionalidad tecnocrática y la irracionalidad socioeconómica global. La glorificación de los expertos se combina, lógicamente, con el rechazo a plantear la cuestión del *porqué* de sus actividades, condenada como “ideología o politización”. La filosofía neopositivista es la expresión más perfecta, en el dominio de las ideas sublimadas, de esta combinación apologética e inhumana.

El neopositivismo hunde sus raíces en la naturaleza misma de la mercancía, de la producción mercantil, de la producción para la ganancia. La reificación de las relaciones humanas que se desprende de la producción mercantil, significa, en efecto, que toda actividad parcial y fragmentaria tiende a considerarse como un objetivo en sí mismo, que toda la dialéctica fundamental de los objetivos y de los medios, inherente a la actividad social del hombre, está falseada.

El ejemplo más trágico de esta contradicción entre la racionalidad parcial del monopolio y la irracionalidad social global, lo ofrecen los esfuerzos emprendidos bajo la dirección del ex-jefe tecnócrata del *trust*, McNamara, de racionalizar la producción de los armamentos en EUA. El Pentágono contrató los servicios de una serie de economistas entre los más prestigiosos de EUA, para calcular de la manera más precisa los rendimientos, tanto desde el punto de vista financiero como desde el punto de vista de la fuerza de destrucción de las diferentes producciones militares. Uno de los profesores que trabajaron en esta empresa, el profesor Frederic Sherer, en la introducción a la publicación de estos estudios, se pregunta honestamente en un momento: ¿Hay algún sentido en hacer más eficaz la producción de armas aterradoras, es decir, de hacer más racional el suicidio probable de la humanidad? Se plantea la pregunta, la deja sin respuesta y publica los resultados de sus trabajos, sin preocuparse más de la relación, totalmente elemental, entre objetivo y medios que, en este caso preciso, es notable a primera vista.

Al lado de este ejemplo extremo, ¿cuántos otros podrían

citarse? Cuando la industria química sustituye al jabón por detergentes, no busca evidentemente hacer más limpio al género humano; se trata de aumentar las ganancias de los *trusts*. Al resolver los problemas técnicos parciales planteados por la introducción de las máquinas lavadoras en el sentido de la maximación de las ganancias privadas, la química ha hecho abstracción de la contaminación de los ríos y de los océanos, incluso de la atmósfera, ya de por sí acentuada, que no le interesa, pues eso no está dentro de los costos.

Cuando se calcula la "rentabilidad" de los hospitales y de los gastos de la seguridad social, no se busca asegurar el nivel más alto posible de salud pública, sino la mejor utilización de los capitales entregados. Se llega así a la absurda situación denunciada hace algunos días por un gran médico francés, que obliga a los hospitales a conservar el mayor tiempo posible la ocupación de la misma cama por la misma persona con el mínimo posible de cuidados: es esta práctica la que da el "rendimiento financiero" más alto. Pero la naturaleza misma del trabajo intelectual hace que los aprendices de esta rama de la actividad profesional, o sea los estudiantes y practicantes que no han sucumbido a la resignación y a la apatía, sean muy sensibles al aspecto absurdo de esta parcelación y enajenación del trabajo en su esfera particular. Existe una vinculación más íntima entre el contenido del trabajo intelectual y su ejecución, que entre el contenido del trabajo manual y su ejecución. Es casi imposible adquirir una calificación en ciertos dominios científicos; prácticamente imposible adquirir una calificación artística, sin tener una relación íntima de adhesión y de interés por el objeto de ese trabajo.

Ahora bien, la parcelación y la mecanización del trabajo intelectual corren el peligro de provocar la misma *indiferencia* con respecto a la forma particular, y al objeto específico del trabajo que caracteriza desde hace mucho al trabajo manual proletarizado. La juventud intelectual no puede aceptar esta degradación, en tanto no se especialice en los campos que por su contenido mismo son conservadores y tienen por objeto la extracción y la defensa de la plusvalía capitalista.

La rebelión estudiantil es un fenómeno universal en el mundo actual que pone al desnudo sus raíces económicas y

sociales —enfocada esencialmente contra las consecuencias enajenantes de la proletarización del trabajo intelectual en la sociedad mercantil.

No es sorprendente que esta rebelión parta primero de las facultades y escuelas de ciencias sociales. Los estudiantes de estas ramas, por el contenido mismo de sus estudios, son menos víctimas de la parcelación de tareas, de la fragmentación de la visión social, de lo que son los estudiantes de las ciencias naturales. Pueden más fácilmente adquirir una visión de conjunto de la sociedad, colocar su propia miseria y sus particularidades en el cuadro de la miseria social en conjunto, y relacionar su descontento con los problemas sociales.

Pero si los estudiantes de ciencias sociales son en general los que inician la rebelión estudiantil, no son de ningún modo los únicos protagonistas. Esta rebelión se extiende progresivamente al conjunto del mundo estudiantil, y en varios países imperialistas ha llegado actualmente a las facultades de ciencias naturales e incluso a las de ingeniería y medicina —fortalezas tradicionales del conservadurismo—, en la misma medida que en las facultades de filosofía, sociología o economía.

Así llegamos al meollo de otra contradicción importante del neocapitalismo. Hemos subrayado la tendencia neocapitalista hacia la comercialización de todas las actividades humanas, incluso las actividades de la superestructura. Críticos pesimistas del capitalismo contemporáneo, como Herbert Marcuse, han concluido de la capacidad del capitalismo para integrar toda actividad social, el que pueda integrar incluso el desafío y la rebelión anticapitalista. Pero estas conclusiones reflejan una incomprensión entre el valor de cambio y el valor de uso que caracteriza al capitalismo y, más allá del capitalismo, a toda sociedad mercantil.

Lenin había expresado en el pasado esta contradicción de manera irónica diciendo que la sed de ganancias de los capitalistas era tal, que el penúltimo capitalista vendería a la revolución la soga para colgar al último capitalista.

Sería exagerar ver en esto la prueba de la capacidad del capitalismo para integrarse a la revolución: el valor de cambio de esta soga que permite al penúltimo capitalista tener una ganancia es una cosa; pero el último capitalista estará segura-

mente más interesado en el valor de uso de la soga que en su valor de cambio.

Lo mismo ocurre con los libros de bolsillo y las emisiones televisadas, en la transformación de la teoría revolucionaria en objetos de consumo. La teoría adquiere así un valor de cambio que enriquece sin duda a una fracción de la clase burguesa, pero el valor de uso de esta mercancía particular es difundir la teoría, profundizar la conciencia y encender la pasión anticapitalista. Al posesionarse de muchedumbres cada vez más amplias, este valor de uso adquiere una lógica propia que promueve e incluso desencadena las movilizaciones anticapitalistas, que no tienen absolutamente nada que ver con su valor de cambio. No comprender esta contradicción equivale a convertirse en víctima de las apariencias superficiales de la sociedad mercantil, es caer uno mismo en la apatía y en la resignación y no comprender el formidable potencial de rebelión antiimperialista, anticapitalista y antiburocrático, que la ciencia y la técnica contemporáneas contribuyen a acumular.

No es por azar que el neocapitalismo atribuya tanta importancia a los problemas de manipulación de masas y a la organización totalitaria de la vida social. Es su manera de reconocer la justeza de la fórmula de Lenin y de Trotsky según la cual el factor decisivo de la historia en la era de la decadencia del capitalismo es el factor subjetivo.

El proletariado constituye hoy una fuerza social potencialmente muy poderosa, si actúa en forma unida, colectiva y deliberada, contra la sociedad burguesa. Su fuerza de atracción, a través de esta acción, sobre las demás capas de la población es tan irresistible, que puede eliminar todo obstáculo en su camino socialista en los países imperialistas. Es necesario ver de cerca la fuerza irresistible de la huelga general francesa de mayo de 1968 para darse cuenta del margen estrecho que nos separa del advenimiento mundial del socialismo.

Este margen estrecho no está en la potencia de los explotadores ni en la fuerza de su aparato de represión, aunque sea, evidentemente, irresponsable no concederle una mayor importancia también a estos factores. El obstáculo principal en el camino de la victoria mundial del socialismo no está sin embargo ahí. Está, más bien, en el desarrollo insuficiente de

la conciencia de la clase proletaria, en la debilidad de su vanguardia y de su organización revolucionaria. Se necesita tiempo y experiencia para resolver estas dificultades. En este aspecto la rebelión estudiantil puede y debe jugar un papel importante.

Los estudiantes no pueden, por sí mismos, derribar al capitalismo; su fuerza social es absolutamente insuficiente a este respecto. Pero pueden contribuir en algunas etapas decisivas, con una aportación considerable para despertar un proletariado que ha caído parcialmente en la apatía por las derrotas del pasado y el reino de la burocracia. Pueden aportar una contribución importante para acelerar la formación de cuadros revolucionarios en el seno de la clase obrera. Pueden acelerar la formación de una organización revolucionaria, como lo han hecho los estudiantes y los intelectuales de Rusia en la época de Lenin. Los estudiantes pueden hoy ayudar a la clase obrera a escapar de una visión estrecha y corporativista, producto de la fragmentación del trabajo de la que es víctima, y ayudarle a acceder más rápidamente a la conciencia de clase, en su nivel más elevado, la conciencia de clase política revolucionaria. Pueden incrementar la lucha obrera con la contribución de sus conocimientos científicos, y pueden incrementar la lucha la fracción de jóvenes intelectuales que se esfuerzan por seguir una práctica revolucionaria después de haber dejado la universidad. En este sentido la proletarización del trabajo intelectual que hoy parece el triunfo más grande del neocapitalismo puede contribuir a acelerar su derrocamiento. Al proletarizar el trabajo intelectual, el capitalismo integra en el proletariado una capacidad duplicada de rebelión consciente contra la explotación y la opresión. Y la rebelión que se vuelve consciente después de haber sido espontánea y elemental, es la precursora de la revolución socialista.

II

La crisis de la universidad burguesa

La crisis de la universidad burguesa surge, en primer lugar, como resultado de la explosión universitaria. En el espacio de

algunos años, las universidades presenciaron un aflujo extraordinario de estudiantes. Como fábricas gigantescas de producción de conocimientos científicos, incorporan decenas y centenas de millares de estudiantes. En la Universidad de Roma hay cien mil estudiantes, en la Universidad de Madrid hay cincuenta mil, y en esta Universidad sabemos que los ~~estud~~ estudiantes son hoy más de cien mil. El número total de estudiantes ha llegado a seis millones en los Estados Unidos, a dos millones en Japón, a seiscientos mil en Francia y en Italia, a cien mil en pequeños países, como por ejemplo Suecia y los Países Bajos, y cerca de trescientos mil en este país, para no mencionar más que los ejemplos más característicos.

La explosión universitaria en la sociedad neocapitalista aparece como el resultado de una doble transformación socio-económica: la amplificación simultánea de oferta y demanda de la fuerza de trabajo intelectualmente calificada.

El crecimiento de oferta de la fuerza de trabajo intelectual es el producto de cambios no sólo a nivel económico sino también, e indudablemente, de cambios, a nivel sicosocial, a nivel de las motivaciones del trabajo. Refleja una tendencia de esfuerzos formidables de promoción social individual. Si este esfuerzo es tradicional de parte de las clases medias, es del todo reciente de parte del proletariado, por lo menos en países con conciencia de clase relativamente elevada como la mayoría de los países europeos.

La generación obrera que había llegado a la madurez antes de la Segunda Guerra Mundial, tenía una actitud francamente hostil con respecto a los estudios universitarios de sus hijos. Veía un peligro seguro para el medio familiar, de que se rompiera con su clase social. "No queremos que nuestros hijos se avergüencen de sus padres", decían los trabajadores de esa época. "No queremos que nuestros hijos se conviertan en enemigos de clase y exploten a sus padres y camaradas", agregaban muchos otros.

El cambio radical de actitud que a este propósito ha intervenido en forma decisiva en los últimos veinte años, tiene numerosas causas. La declinación relativa y temporal de la conciencia de clase, la vuelta al disfrute —en la esfera privada— del ocio, los placeres y el consumo y la desintegración acele-

rada de la familia unicelular, han contribuido indudablemente a este cambio. La elevación relativa del nivel de vida de los trabajadores y la modificación del lugar de los intelectuales en la sociedad, dos factores que han reducido la brecha entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, desempeñando un papel sensiblemente más importante para llegar a este resultado. El hecho de que la oferta de empleo aumente rápidamente para los universitarios, mientras que la oferta de obreros calificados aumenta más lentamente, si no es que se estanca o aun decrece, ejerce una presión sobre la oferta general de la fuerza de trabajo. Cada vez más frecuentemente las familias obreras comienzan a ver en la prolongación de los estudios de sus hijos el único medio de garantizarles un porvenir que escape a la miseria del subempleo, el desempleo periódico, y la existencia de infraproletarios marginados (*Drop out*). Esta es una de las razones por las que la lucha contra la discriminación en el dominio de la enseñanza, ha desempeñado un papel tan importante en el despertar político de las masas negras y chicanas en los Estados Unidos.

Pero es un fenómeno objetivo, a saber, la proletarización del trabajo intelectual, el que subyace como determinante de este cambio de actitud del proletariado con respecto a los estudios superiores. En la medida en que se efectúa esta proletarización, la promoción individual que significan estos estudios no implica que se presente automáticamente una ruptura con su clase, una promoción social propiamente dicha. Al contrario, puede y debe implicar, por lo menos a escala histórica, un reforzamiento del proletariado, tanto desde el punto de vista numérico, como desde el punto de vista de calificación y conocimientos.

No es necesario, evidentemente, exagerar la amplitud del fenómeno en lo que concierne al número de hijos e hijas de los obreros industriales propiamente dichos, que han encontrado acceso a la universidad. En la mayoría de los países imperialistas, este número sigue siendo extremadamente reducido. Indica claramente la opresión social y la discriminación de que son víctimas los obreros. A pesar de que constituyen el cincuenta por ciento de la población activa, sus hijos no constituyen más que el cinco por ciento de la población de las universidades en la mayoría de los países imperialistas, aun-

que este porcentaje es sensiblemente mayor en Estados Unidos y Suecia. La ampliación de oferta de la fuerza de trabajo intelectual ha arrastrado sobre todo a las partes privilegiadas del proletariado y de las capas medias: hijos e hijas de empleados de oficina, de técnicos y de pequeños funcionarios.

Pero no hay duda que el cambio social del medio estudiantil, resultado de esta transformación, es profundo e irreversible. Antes de la Primera Guerra Mundial la abrumadora mayoría de los estudiantes tenía un origen aristocrático, burgués y, en el mejor de los casos, de la burguesía media; los hijos de la pequeña burguesía, para no hablar de los de las capas privilegiadas del proletariado, jamás llegaban a la universidad. Hoy en día los hijos de la aristocracia y la gran y media burguesía se han vuelto minoría (en algunos países incluso una pequeña minoría) de los estudiantes universitarios.

Los cambios de demanda de la fuerza de trabajo intelectual están estrechamente ligados a las transformaciones tecnológicas y sociales que implica el neocapitalismo, como ya hemos analizado en el primer capítulo de este trabajo. Es necesario señalar aquí un factor muy importante que nos encontraremos varias veces en el curso de nuestro análisis: la proletarización del trabajo intelectual en el neocapitalismo implica, por lo menos en su primera fase desarrollada hasta ahora, una diferencia esencial con la proletarización del trabajo manual tal y como se efectuó en los albores del capitalismo, mientras que la proletarización del trabajo manual implicó cada vez más la indiferencia de la burguesía con respecto a la forma *específica* de la calificación obrera. La proletarización del trabajo intelectual implica, al contrario, que la demanda de esta fuerza de trabajo se convierta en una demanda cada vez más específica. De aquí que surjan no sólo los fenómenos de fragmentación y parcelamiento progresivo del trabajo intelectual de que ya hemos hablado, sino también la producción de diversos mercados intelectuales separados unos de otros, y en donde el precio de esta fuerza de trabajo fluctúa violentamente. Un "exceso" de profesores de sociología puede provocar una caída rápida de sus emolumentos e ingresos, en el mismo momento en que una "penuria" de ingenieros puede hacer subir rápidamente los salarios de esta categoría. La super-

abundancia y el desempleo de los electrotécnicos puede coincidir con la penuria de los dentistas; puede existir simultáneamente la sobreproducción de ingenieros de minas y aviación, y la penuria aguda de ingenieros hidráulicos y de ingenieros de puentes y carreteras.

Los especialistas de los estudios de las fluctuaciones coyunturales en el régimen capitalista han descubierto en el pasado el célebre "ciclo del cerdo" (*hog circle*). Como la producción reacciona siempre con retardo a las demandas y a los precios, ya que es necesario un periodo de tiempo para producir cerdos, se pasa regularmente de la subproducción a la sobreproducción, sin que nunca se pueda llegar al equilibrio. Sin querer hacer comparaciones gruesas, el ciclo de calificación intelectual se aproxima mucho al del cerdo: la penuria en un sector particular provoca el alza de salarios, se produce un flujo de estudiantes hacia él, pero en un plazo de cinco o seis años estos estudiantes al acabar sus estudios y llegar al mercado de trabajo intelectual encuentran que la demanda no satisfecha ha sido ya cubierta, y como la oferta supera la demanda, aparece el desempleo, bajan los salarios relativos y los estudiantes se dirigen hacia otros sectores de producción. Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Estados Unidos, han visto varios de estos movimientos cíclicos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

De esto se deriva una consecuencia significativa en lo que respecta a la naturaleza social del estudiante. Como el objeto de sus estudios está cada vez más determinado por las leyes del mercado, por las necesidades del neocapitalismo y no por preferencias, talentos y aspiraciones individuales de los estudiantes, éstos se convierten en aprendices intelectuales cada vez más enajenados. Así llegamos a constatar que la rebelión estudiantil no sólo está producida por la enajenación del trabajo intelectual propiamente dicho, sino también por la enajenación del trabajo estudiantil en sí mismo.

La definición de la naturaleza social exacta del estudiantado ha dado lugar a numerosas controversias entre marxistas, por una parte, y sociólogos en general, por otra. Decir que el estudiante es un pequeño-burgués porque no produce valor y

vive de la plusvalía, constituye un profundo error desde el punto de vista de la teoría económica marxista.

Marx ha afirmado explícitamente que todo trabajo productivo no es necesariamente trabajo asalariado, y que todo trabajo asalariado no es necesariamente trabajo productivo. Un campesino que produce víveres para el mercado y que es propietario de su tierra, es un productor de valor, pero está integrado dentro de la pequeña burguesía y no dentro del proletariado. Por lo contrario, un chofer de autobús no produce valor pero es parte evidente del proletariado y no de la pequeña burguesía.

Dos aspectos de la situación del estudiante hacen extremadamente difícil una definición rigurosa de su naturaleza social. Por una parte, la situación del estudiante es eminentemente transitoria. Normalmente no se es estudiante universitario más que durante tres, cuatro, seis o siete años de la vida, y ya. ¿Es necesario definir, por tanto, la naturaleza social del estudiante de acuerdo a sus *orígenes* sociales más que de acuerdo a su *destino* social? Un hijo de campesino que estudia en la universidad y que será un técnico industrial asalariado parece pertenecer a la pequeña burguesía por sus orígenes y al proletariado por su destino. Evidentemente no es ya un campesino pero tampoco es un asalariado todavía. Esta es la razón que está en el fondo de la dificultad de definir la naturaleza social del estudiante.

Por otra parte, la actividad de un estudiante es una actividad híbrida. No se puede decir que sea ya un productor, puesto que la producción de la calificación del trabajo es el resultado de la actividad de los profesores y no de su actividad propia. Pero tampoco se puede afirmar que sea un simple consumidor pasivo de estudios y conocimientos. La naturaleza propia de los estudios intelectuales superiores implica una cierta autoactividad, una cierta autonomía diferente del consumo pasivo de los estudios primarios y secundarios. Es por esto que el estudiante se acerca sin duda a la categoría del aprendiz, por lo que utilizamos frecuentemente la fórmula: *aprendiz de trabajo intelectual*. Esto se aplica más o menos según el momento de los estudios y según las calificaciones particulares. Un estudiante de medicina o un estudiante del

politécnico en la parte final de sus estudios, está cada vez más absorbido en el trabajo socialmente útil y necesario, incluso si en algún caso no es un trabajo productor de valor de cambio, como en el caso de un médico. Esto no es, sin duda, el caso de los estudiantes de letras que comienzan sus estudios.

La naturaleza híbrida de la actividad estudiantil aparece claramente cuando se examina la integración progresiva de ciertas facultades en la producción normal de mercancías, incluso una integración que horroriza: la de los laboratorios universitarios en Estados Unidos o Gran Bretaña para la producción de armas biológicas del ejército. Los estudiantes de estos laboratorios participan ya en la producción presente o futura, pero todavía no están obligados a vender su fuerza de trabajo. La libertad relativa de que gozan, con respecto al proletariado definitivo, les da entre otras cosas también la capacidad de rebeldía durable, continua, que está ausente en el proletariado propiamente dicho.

Nuestra definición del medio estudiantil como un medio de aprendices de trabajadores intelectuales implica la intervinculación de tres factores principales:

Primero, el hecho de que la definición de los intelectuales como pequeño-burgueses era correcta en el pasado pero incorrecta en función de la naturaleza social del trabajo intelectual de esta época, pues la mayoría de los estudiantes no serán futuros pequeño-burgueses sino futuros trabajadores intelectuales proletarizados.

Segundo, el hecho de que la existencia estudiantil es una existencia temporal, pasajera, híbrida, con características flotantes y frecuentemente contradictorias; y que sería falso concluir de esta existencia, características definitivas de comportamiento social. Es cierto, una parte importante de los estudiantes puede identificarse con el proletariado y el campesinado pobre. Este es un cambio extremadamente importante. En el siglo que va de 1848 a 1948, los estudiantes fueron en Europa, Japón y parcialmente en Estados Unidos, una fuerza que evolucionó políticamente hacia la derecha, anti-obrera y antisocialista. En numerosas ocasiones los estudiantes intervinieron como rompedores. Desde hace 10 años esto ha cambiado radicalmente. Los estudiantes intervienen

en casi todo el mundo como organizadores de huelgas y de piquetes de huelgas, y nunca como rompehuelgas. Esto me parece un hecho irreversible.

Pero al lado de los estudiantes que en función de su rebeldía cada vez más consciente, son arrastrados hacia su clase futura, existen también los estudiantes que, tanto por motivos de ideología individual como debido al contenido mismo de sus estudios, están condenados a colocarse al otro lado de la barricada. No se puede ser un fiscal en el régimen capitalista y trabajar en favor de los presos, y contra medidas represivas de la sociedad burguesa; no se puede pedir un trabajo de cronometrador de tiempos y movimientos y buscar sistemáticamente disminuir el ritmo del trabajo.

Es necesario comprender la naturaleza socialmente híbrida del contenido de los estudios universitarios y superiores en general, para comprender las divisiones inevitables que sufren la totalidad de los estudiantes para comprender las posibilidades limitadas pero reales de la burguesía de dividir el movimiento estudiantil y de reintegrar a la larga por lo menos una fracción del mismo.

Por último, el hecho de que el medio estudiantil, a consecuencia de la explosión universitaria, de la masificación de las universidades, tiende a *homogeneizar temporalmente* una masa no homogénea desde el punto de vista de sus orígenes y su destino social. Esta tendencia de un medio estudiantil específico y homogéneo aunque profundamente discontinuo, es uno de los resortes que han ayudado a la explosión de la rebelión estudiantil. Aquí la excepción confirma la regla: uno de los países más peculiares en donde la burguesía ha tratado deliberadamente de evitar la masificación de las universidades, de fragmentar la masa estudiantil, es también uno de los pocos países donde la rebelión estudiantil no ha pasado hasta ahora de un modesto comienzo. Me refiero a la Gran Bretaña.

De esta homogeneización temporal del medio estudiantil se deriva uno de los aspectos esenciales de la inadaptación de la universidad actual a las necesidades de los estudiantes. Esto constituye otro resorte esencial de la rebelión estudiantil.

En el pasado la universidad burguesa era la universidad de estudiantes burgueses, organizada para servir a los hijos de la

burguesía y destinados a ser burgueses, o funcionarios del estado burgués, o cuadros de la clase burguesa en su conjunto. Todo esto era lógico, todo se adaptaba a este fin, en todo había una coherencia natural. No había infraestructura material que sirviera a las necesidades inmediatas de los estudiantes; sus padres podían satisfacer estas necesidades. Había, por el contrario, una infraestructura técnica muy grande, a veces abundante, para satisfacer las necesidades de estudio de los estudiantes. La función social que tenía que desempeñar la sociedad se vinculaba a estos recursos.

Cuando el reclutamiento social de los estudiantes se modificó en forma radical, la insuficiencia de la infraestructura material se hizo sentir cruelmente. Los estudiantes en su mayoría, si no casi exclusivamente, becados, tienen necesidad de viviendas, alimentación, recreación, que no son en ninguna forma capaces de satisfacer por las estructuras tradicionales de la universidad burguesa. La insuficiencia de la infraestructura técnica se ha hecho sentir, pues no fue adaptada a la explosión universitaria. Esta es la raíz de otra forma de enajenación estudiantil: la verdadera "lucha por la vida" que se deriva de la insuficiencia de lugar en los auditorios, en los laboratorios, en las salas de cirugía, en la falta de libros en las bibliotecas. En suma, una crónica carencia de recursos, una insuficiencia de medios, son frecuentemente, si no siempre, el origen de las primeras explosiones estudiantiles.

La universidad burguesa clásica debió formar un futuro burgués o un lugarteniente de la burguesía. Estaba enteramente centrada en esta función social. La acumulación de conocimientos precisos era menos importante que la formación de un juicio —adaptado a los valores que guiaban a la sociedad burguesa—, y sobre todo al desarrollo de la capacidad de juzgar. La universidad liberal clásica no era inútil para la burguesía, como lo pretenden algunas veces los tecnócratas miopes. Para un industrial, un banquero o un exportador del siglo pasado, esta capacidad de juzgar, y especialmente la capacidad de reaccionar con seguridad e inteligencia en un medio nuevo y desconocido, frente a situaciones sin precedente, era mucho más útil que la acumulación de todos los conoci-

mientos existentes en materia de química, de física o de hidrografía.

La universidad burguesa en la época neocapitalista debe cumplir otra función y satisfacer otras necesidades de la clase burguesa. La carrera de las innovaciones tecnológicas, la organización sistemática de todas las esferas de la vida social, reclaman una especialización cada vez más pronunciada en la formación de expertos tecnocráticos. Por ello la actitud neopositivista sustituye al liberalismo clásico. La universidad burguesa masificada se convierte así en una verdadera "máquina de diplomas", en una fábrica de especializaciones. Como se trata de especializaciones no sólo cada vez más fragmentarias sino también cada vez más fluctuantes, resulta, desde el punto de vista de la misma burguesía neocapitalista, una crisis profunda de la universidad tradicional. Sus estructuras administrativas, el contenido de su enseñanza, su rutina y su organización, no se adaptan ya a las necesidades de los grandes monopolios, de la misma manera que tampoco se adaptan a las necesidades de la masa estudiantil.

De ahí la coincidencia, de ninguna manera fortuita, entre la rebelión estudiantil y la tendencia del gran capital hacia una reforma tecnocrática global de la universidad. Los dos movimientos responden a imperativos radicalmente diferentes. Pero sus esfuerzos conjuntos prácticamente han destruido la vieja universidad burguesa, liberal y tradicional.

¿Significa esto que la rebelión estudiantil ha ayudado objetivamente, o incluso deliberadamente, a que se realice la reforma tecnocrática de la universidad? Sería apresurado sacar esta conclusión pesimista y un poco cínica. Por el momento, los dos movimientos se entrecruzan y algunas veces se apoyan entre sí, pero lo que ocurre más frecuentemente es que entren en conflicto. Se puede incluso afirmar que en algunos países, especialmente en Francia, en Alemania, en Bélgica, el movimiento estudiantil experimenta un "segundo aliento", para citar una bella fórmula de mi compañero Daniel Bensaid, en la lucha contra las consecuencias enajenantes de la reforma tecnocrática de la universidad.

El objetivo de esta reforma es muy claro: la transformación de la universidad burguesa masificada, de una fábrica no

adaptada a las necesidades del mercado del trabajo intelectual, a una fábrica perfectamente adaptada a estas necesidades, es decir a las necesidades de las grandes empresas y del Estado de la época neocapitalista. Fabricar las calificaciones intelectuales que la burguesía necesita, en las proporciones fluctuantes de acuerdo con las fluctuaciones del mercado, haciendo a un lado toda preferencia o aspiración individual del estudiante. Las técnicas económicas, financieras y organizativas que se derivan de esta reforma tecnocrática son igualmente bien conocidas, y sólo las mencionaremos de memoria: la rentabilidad sistemática de las inversiones universitarias, es decir la distribución de los gastos entre las diferentes facultades y disciplinas conforme a las "necesidades" del mercado del trabajo, y los ingresos previsibles para los propietarios de los diplomas universitarios de estas diferentes ramas. Selección cada vez más estricta y cada vez más común que tiende a cerrar las puertas de la universidad a una masa de aspirantes, y que tiende a condenar a una fracción importante de los estudiantes a interrumpir irremediablemente sus estudios si éstos no son coronados con el "éxito" exigido después de un periodo de tiempo estrictamente limitado; cláusulas aberrantes impuestas a ciertas facultades, cada vez más numerosas, con el fin de conservar y extender los privilegios materiales exorbitantes de ciertas profesiones (el ejemplo de los médicos en EUA es el más asombroso). En lugar de adaptar la expansión universitaria a las necesidades sociales, se le adapta a la rentabilidad financiera máxima del equipo técnico existente de la universidad.

Por todos estos aspectos, la reforma tecnocrática de la universidad burguesa debe "enfrentarse frontalmente" no sólo a los intereses materiales de un gran número de estudiantes, sino también y sobre todo a su orientación sociopolítica y a los intereses de la gran mayoría de las masas trabajadoras. Es importante subrayar aquí, una vez más, la aparición de una nueva contradicción del neocapitalismo que acentúa la explosividad del sistema, al menos desde el punto de vista de la superestructura.

Dominada por la búsqueda de las rentas tecnológicas, caracterizada por una aceleración en el ritmo de la innovación

tecnológica, la sociedad neocapitalista crea necesariamente un interés creciente y universal por la ciencia. Por ejemplo, obsérvese la evolución de los juguetes infantiles, el desarrollo de la literatura de la ciencia-ficción, la pasión desencadenada por los viajes espaciales. Siempre encontramos un culto a la ciencia natural en todos los niveles de la realidad social contemporánea. Basta observar la publicidad que hace uso ampliamente de la técnica de referencia a las pretendidas cualidades científicamente "demostradas" para vender tal o cual mercancía mediocre.

Como ocurre con todo movimiento ideológico fundamental, no se trata obviamente de un complot o de una conspiración diabólica por parte de los monopolistas sedientos de ganancias, sino de la reproducción en la mente de los hombres de una realidad social tangible, reproducción que es ideológica y no científica debido a que pasa por el filtro de estructuras mentales conformadas en función de intereses de clase definidos.

La pasión que una gran parte de la juventud contemporánea siente por la ciencia, a pesar de los pesimistas, es profundamente sana. La juventud capta de golpe las enormes potencialidades emancipadoras de la ciencia y de la técnica, potencialidades que no tienen nada que ver con las formas monstruosas, destructivas y esclavizadoras, que revisten esa misma técnica y esa misma ciencia bajo el dominio de la sociedad mercantil y de la producción para la ganancia.

Pero en esta atmósfera sobresaturada de cientificismo, la obstaculización brutal de los conductos de acceso a los conocimientos científicos a través de la reforma tecnocrática de la universidad, se viene a agregar a la fragmentación y parcelación cada vez más profundas de la enseñanza universitaria, lo que no puede sino provocar reacciones profundas y durables, por lo menos de parte de un sector de los estudiantes. La clarinada de la *mass media* atrae a todo el mundo a las maravillas, pero después la preselección dice a la mitad o a más de la mitad de quienes han sido atraídos: "las maravillas no son para ustedes"

La reforma tecnocrática crea de este modo entre la juventud lo mismo que la publicidad desbordante ha creado entre

los consumidores adultos: un clima permanente de insatisfacción y de frustración que necesariamente habrá de desembocar en una profunda crisis de conciencia y de moral, si no es que en una angustia permanente.

De esta angustia se derivan dos salidas: la rebelión que conduce hacia la conciencia, la actividad y la organización revolucionarias que constituyen la salida positiva; y la droga, la desmoralización y la criminalidad que constituyen la salida negativa. Pero las dos salidas son hijas legítimas de la crisis de la educación neocapitalista. Y si la burguesía trata de encontrar a los responsables de estas tendencias, no podrá incriminar ni a los agitadores, ni a los profetas del comunismo ateo, sino ha de verse en el espejo y reconocer: "yo soy la gran productora de revolucionarios, del mismo modo que también soy productora de una desmoralización social de tal amplitud como no se había visto en el mundo desde la decadencia del régimen semifeudal".

Así, a través de la rebelión contra la inadaptación fundamental de la universidad burguesa a las necesidades del mundo estudiantil, se desarrolla una rebelión contra la adaptación de la enseñanza universitaria a las necesidades de la maximización de la ganancia monopolista, y a través de ella una rebelión contra el contenido mismo de esa enseñanza. Ya sea una rebelión contra la parcelación excesiva de la enseñanza de las ciencias naturales y su ruptura total con toda visión de conjunto de la sociedad; ya sea una rebelión contra la utilización y la subordinación cínica de fracciones de esa enseñanza a las necesidades egoístas de las empresas privadas o de los proyectos inhumanos de los Estados; ya sea contra la deformación neopositivista, ideológica y apologética de la enseñanza de las ciencias humanas; es esta rebelión la que da al movimiento estudiantil un sentido más general y también más profundo que lo diferencia tajantemente de una simple campaña reivindicativa en favor de los intereses estrechamente corporatistas de los estudiantes.

En la medida que reclaman más ciudades y restoranes universitarios gratuitos o más baratos, en la medida que reclaman más lugares en laboratorios y bibliotecas, un acceso más fácil y más libre a los medios técnicos de enseñanza de alto nivel,

los movimientos estudiantiles están todavía en lo que podríamos llamar el equivalente de la forma economicista de las luchas obreras. Estas luchas son progresistas y absolutamente necesarias para llegar a un nivel primario de toma de conciencia y organización; pero por ello mismo son insuficientes para integrar la rebelión estudiantil dentro de un movimiento universal de emancipación revolucionaria.

En este contexto existen dos vías paralelas que a veces se entrecruzan y conducen hacia adelante. Una es la de la politización extrema que entraña para la vanguardia del movimiento estudiantil hacerse cargo de las causas políticas generales que las organizaciones del movimiento obrero, ya sea por degeneración o por debilidad, no han sabido asumir suficientemente. De este modo el movimiento estudiantil ha desempeñado el papel precursor en la lucha en Francia contra la guerra colonialista de Argelia del imperialismo francés. De este modo el movimiento estudiantil ha desempeñado en el mundo entero y en primer lugar en los propios Estados Unidos, un papel detonador de la lucha contra la guerra de agresión del imperialismo yanqui contra los pueblos de Indochina. Esta politización del movimiento estudiantil, eminentemente progresista, desemboca en la construcción y el reforzamiento de las organizaciones revolucionarias. Más adelante volveremos sobre este problema.

Esta primera salida del movimiento estudiantil fuera del cuadro de la lucha economicista y corporatista, está necesariamente limitada a una vanguardia bastante restringida. Pero la rebelión estudiantil, sobre todo como consecuencia de las reformas tecnocráticas de la universidad, tiene la tendencia a movilizar potencialmente capas de estudiantes mucho más amplias que la vanguardia extremadamente politizada y radicalizada. Para estas capas estudiantiles masivas, incluso cuando continúan siendo una minoría dentro de la masa total de estudiantes, la salida que lleva más allá del economismo, más allá de las reivindicaciones inmediatas, es la lucha en contra del contenido de la enseñanza universitaria, la lucha contra la forma y la administración de esta enseñanza, elementos no menos enajenantes que su contenido; en resumen, la lucha que nosotros hemos denominado en Europa, del mismo mo-

do que lo hacen nuestros compañeros en Estados Unidos y en Japón, *la lucha por la universidad roja*.

Tratar de establecer una universidad socialista en el seno de la sociedad burguesa es un propósito tan utópico como el de tratar de establecer fábricas socialistas aisladas, bajo el control de sus trabajadores, en medio de la economía capitalista. La universidad no produce sus propios recursos, sino que vive de los recursos que la sociedad pone a su disposición; esta sociedad está dirigida por la clase dominante, cuya dominación se caracteriza justamente por el hecho de que ella detenta el control sobre el plusproducto social que financia las actividades de la superestructura tales como la enseñanza.

En consecuencia, a la larga, la universidad no puede escapar al control de la clase dominante sin que ésta le retire sus medios de existencia. Una universidad sujeta a la administración de los estudiantes, el personal técnico y los profesores, en el seno de la sociedad burguesa, es una universidad en la que los estudiantes se verán obligados a realizar su gestión con medios cada vez más miserables, es decir, se verán obligados a administrar su propia miseria.

Pero de la imposibilidad que existe para los estudiantes de administrar permanentemente la universidad en el seno de la sociedad burguesa no se sigue, en modo alguno, la imposibilidad de impugnar globalmente, y con éxito algunas veces espectacular pero de duración limitada, la subordinación de la universidad a los intereses de la burguesía. Por el contrario, justamente a través de semejante impugnación global contra el contenido, la forma, la organización y la estructura de la enseñanza universitaria burguesa, es que el movimiento estudiantil adquiere el valor de una rebelión piloto para toda la sociedad, el valor de una revuelta que anuncia y hace presentir los objetivos de la rebelión social global, que despunta y que tiene por objeto cambiar no sólo las formas de propiedad, sino también las relaciones de producción y el contenido, organización y estructura mismos de todo el trabajo humano.

Al rebelarse en contra de la rentabilidad, la selección, el parcelamiento y el alejamiento de la enseñanza universitaria de todo fin social y humano, la vanguardia del movimiento

estudiantil proclama valores nuevos que tienen vigencia universal, que interesan tanto a los obreros como a los intelectuales, y a los campesinos productores como a los profesores. La vanguardia estudiantil proclama que es inhumano, irracional, determinar a través del mercado y la demanda solvente, las prioridades fundamentales para el empleo de los recursos materiales. Proclama, asimismo, que satisfacer la sed de conocimientos, la defensa de la salud, las necesidades elementales, la protección de la humanidad y de la naturaleza, debe tener prioridad sobre la satisfacción de necesidades de lujos superfluos y de necesidades artificiales, algunas de las cuales afectan directamente la salud mental del ser humano. La vanguardia estudiantil proclama que no debe ser el mercado, sino los objetivos consciente y democráticamente establecidos por la razón humana y por los intereses de las masas trabajadoras, los que deben gobernar la orientación de la economía.

Proclama que la emancipación del trabajo —incluido el de los estudiantes— debe efectuarse mediante los productores asociados, para usar la famosa fórmula de Marx, es decir por productores que trabajan libremente para satisfacer las necesidades colectivamente establecidas, y no bajo la compulsión económica, bajo el dominio de leyes aparentemente fatales, o para enriquecer a una pequeña minoría dominante.

Proclama que existe una interacción dialéctica inevitable entre la forma de la producción y su contenido, y que un trabajo que se realiza sujeto a la compulsión exterior no será nunca un trabajo que desemboque en la realización del hombre que lo lleve a cabo.

Si el movimiento estudiantil aprende a tomar conciencia de esta significación histórica y universal de que es portador; si se organiza de manera tan amplia, tan democrática y tan unida como sea posible; si mantiene decididamente su independencia en relación al Estado, a las clases dominantes y a los valores burgueses, los éxitos necesariamente temporales serán una luz que iluminará el camino de la lucha de masas populares mucho más amplias. Si los estudiantes logran elegir, aunque no sea más que por seis o doce meses, a sus profesores, si logran determinar las materias a enseñarle, si logran suprimir todo constreñimiento mecánico y absurdo, para reemplazarlo

por una autodisciplina libremente aceptada, los trabajadores comprenderán más rápidamente que ellos podrán también, y para siempre, convertirse en los dueños de sus propias empresas, podrán elegir sus propios comités de gestión, abolir la jerarquía opresiva y extenuante del proceso del trabajo, y podrán determinar, a través de su propia colectividad, los objetivos y el contenido de la producción económica y la vida social en su conjunto.

III

La unidad de la teoría y la práctica

La rebelión estudiantil toma ante todo la forma de un movimiento espontáneo. En los capítulos I y II hemos tratado de descubrir sus raíces en la proletarización y la enajenación crecientes del trabajo intelectual en general y del trabajo estudiantil en particular, en función de la crisis de la universidad burguesa, tanto clásica como tecnocrática. La rebelión estudiantil surge siempre de lo inmediato, como todos los movimientos espontáneos de masas. Ya sea como reacción contra la inadaptación de la universidad a las necesidades materiales de los estudiantes; como reacción a las estructuras y el contenido de la enseñanza universitaria, o como movimiento que se hace cargo de las luchas políticas y sociales candentes que las organizaciones políticas tradicionales han descuidado, la rebelión estudiantil expresa siempre este carácter inmediato.

Frecuentemente se olvida este carácter inmediato del movimiento estudiantil espontáneo cuando se consideran sus repercusiones impresionantes. ¿Es necesario recordar que la rebelión de los estudiantes parisinos en mayo de 1968 tenía como objetivo inmediato la liberación de algunos dirigentes estudiantiles arrestados por la policía? Si este movimiento de protesta ha podido desembocar en la noche de las barricadas; en la enorme manifestación obrera de solidaridad con los estudiantes, y después en la huelga general con ocupación de fábricas, la razón no puede encontrarse en la naturaleza social del medio estudiantil, y aún menos en la naturaleza de la reivindicación que ha desencadenado el movimiento. La razón

reside en la función de detonador que un nuevo movimiento político de masas puede desempeñar en una coyuntura particular.

Ninguna persona sensata podrá creer realmente que diez millones de trabajadores se hayan puesto en huelga, hayan ocupado sus fábricas y hayan creado una situación prerrevolucionaria en Francia, enfrentándose a un gobierno tan estable como el de De Gaulle, simplemente porque hayan sido manipulados por algunos agitadores —de preferencia extranjeros—, o porque el país era víctima de un complot diabólico, preferiblemente también gestado en el extranjero. Los movimientos sociales de tal amplitud no son comprensibles más que en función de hondos descontentos, es decir, de contradicciones profundas, que se van acumulando durante mucho tiempo. El hecho de que a partir de la rebelión estudiantil hayan estallado, expresa además la presencia de fuerzas no menos poderosas que han logrado comprimir, ahogar, la aparición abierta de estas contradicciones durante un largo periodo.

Así pues, el vínculo de la rebelión estudiantil y de las fuerzas sociales que engloban la mayoría de las masas trabajadoras, se reduce esencialmente a lo siguiente: el movimiento estudiantil espontáneo ha desempeñado un papel de revelador y detonador de un profundo malestar social, que las estructuras políticas inadecuadas —ante todo las del mismo movimiento obrero— habían velado durante largo tiempo, es decir, canalizado hacia reformas anodinas que no correspondían de ninguna manera a la agudeza de las contradicciones sociales.

¿Por qué en ciertos momentos puede el movimiento estudiantil desempeñar tal papel de revelador y detonador de movimientos de rebelión social mucho más amplios? Ante todo porque es un movimiento de masas de tal amplitud que su acción necesariamente impacta al conjunto de la sociedad. Encontramos aquí los resultados de la explosión universitaria y del crecimiento cualitativo de la misma masa estudiantil, cuyos orígenes habíamos establecido en las necesidades del neocapitalismo, es decir en la evolución del modo de producción capitalista mismo. Algunos millares de estudiantes que

manifiestan pueden pasar inadvertidos, treinta mil estudiantes que construyen barricadas en el centro de París no pueden pasar inadvertidos.

En segundo lugar, porque es un movimiento espontáneo, no encuadrado, controlado o teleguiado por las organizaciones políticas tradicionales, que se han desprestigiado entre la juventud por su inadaptación evidente a los problemas fundamentales de nuestra época.

En la espontaneidad del movimiento de masas estudiantil se manifiesta un enorme potencial emancipador. Partiendo de un denominador común —la reivindicación inmediata que ha desencadenado el movimiento—, esta fuerza de emancipación espontánea puede expandirse a todas las esferas de la sociedad. Todas las capas de la población trabajadora descubren de repente que el rey está desnudo. Los estudiantes lo proclaman a voz en cuello, haciendo que la población se percate claramente de algo que sentía confusamente pero que no osaba expresar. Así, toda la regimentación opresiva de la vida política se pone en cuestión, y de los fondos de las contradicciones sociales, por todas partes suben a la superficie las reivindicaciones más radicales.

Finalmente, porque es un movimiento político de masas, en la medida en que se enfrenta solamente a las autoridades universitarias o a una estructura política secundaria, la fuerza detonadora del movimiento estudiantil sigue siendo muy limitada. Desde el momento en que se enfrenta al estado burgués, es decir a la sociedad burguesa en su conjunto, la confrontación adquiere toda su fuerza detonadora. En este plano el ejemplo juega un papel importante, pero más allá del papel del ejemplo y su atracción, el hecho de que la politización rápida del movimiento de masas, que parte de su nivel de reivindicación inmediata, se extiende incesantemente y transforma al movimiento en una fuerza impugnadora global de la sociedad capitalista. Esta impugnación desempeña, a su vez, un papel eminentemente centralizador, es decir, atrae y tiende a integrar las reivindicaciones de otras capas sociales descontentas, convirtiéndose en un polo cuasi-revolucionario de fuerzas políticas y sociales, opuesto al polo del *establishment* con todo lo que ello implica.

Se puede a este respecto subrayar el papel contradictorio de la *mass media*, papel mucho más complejo de lo que creen algunos críticos pesimistas de la civilización contemporánea. Es verdad que normalmente la televisión es una poderosa fuerza de conformismo y de integración social neocapitalista. Pero en la medida en que los periodistas y técnicos de la televisión son arrastrados en el movimiento general de impugnación, como fue el caso de mayo de 1968 en Francia, la televisión revela una dimensión hasta entonces desconocida de esta nueva técnica: su capacidad de transmitir instantáneamente las imágenes de los acontecimientos en un radio muy vasto.

Se transforma así, de medio de información, a medio de movilización: mayo de 1968 ha sido el primer movimiento revolucionario de la historia en que las masas estaban informadas no cada semana o cada día, sino cada minuto. De este modo se podía tomar parte en una manifestación porque se veía en la televisión la imagen de su iniciación.

Pero por otra parte, todas las potencialidades del movimiento estudiantil, en tanto movimiento de masas político, se enfrenta a un límite que proviene de la fuente misma de su fuerza. Todo movimiento de masas espontáneo es por su misma naturaleza discontinuo. Tiende incluso a desgastarse en objetivos conjuntos cada vez más incoherentes, en la medida en que se politiza. La fuerza de atracción centralizadora del movimiento de masas no puede sustituir por mucho tiempo la ausencia de estructuras centralizadoras. El enorme capital acumulado en el espacio de algunas semanas, si no es que algunos días, tiende a disiparse al llegar a un cierto punto en que la situación da un vuelco.

¿Por qué sucede así? Dos razones fundamentales explican estos límites inevitables de una explosión espontánea; razones que los acontecimientos de los últimos años han puesto cruelmente de relieve una vez más.

En primer lugar, es necesario darse cuenta del carácter estructural de las relaciones de producción. El marxismo revolucionario se opone a las diferentes variantes del reformismo, sobre todo por la comprensión que tiene de este carácter estructural básico de la sociedad neocapitalista. Esto quiere decir, concretamente, que una economía capitalista no puede

funcionar más si desaparece la ganancia. Si por tanto los trabajadores ocupan las fábricas, comenzando a paralizar al lado de los estudiantes todos los mecanismos tradicionales de la sociedad burguesa, no hay más que dos salidas posibles: o bien la estructura capitalista de la economía se mantiene, o bien nuevas relaciones de producción sustituyen a las antiguas. En el primer caso toda la vida económica, en especial la producción, se desorganizará profundamente e incluso cesará. En el segundo caso la producción puede reiniciarse dentro de una base social nueva.

Ahora bien, ningún pueblo puede sobrevivir si toda la producción se detiene; esta regla elemental, que ya era cierta para otras sociedades, lo es diez veces más en la sociedad contemporánea, donde la técnica extremadamente compleja hace al aparato de producción mucho más vulnerable a cualquier detención de alguno de sus mecanismos. Si por tanto no se ponen en su lugar nuevas estructuras económicas, el retorno a la normalidad, es decir, a la producción sobre la base capitalista, es casi inevitable después de un cierto tiempo. Esto no significa que la combatividad de las masas caiga fatalmente, o que las relaciones de fuerza políticas y sociales vuelvan a lo que eran antes de la explosión revolucionaria. Frecuentemente esta vuelta al funcionamiento capitalista de la economía está acompañado de una continuación de las luchas políticas y sociales muy duras, que impondrán a la actividad productiva una serie de convulsiones. Se puede abrir así una fase pre-revolucionaria, algunas veces incluso muy larga.

Pero una fase pre-revolucionaria no es la revolución, y una revolución social significa el reemplazamiento de las relaciones de producción capitalistas por nuevas relaciones de producción.

De aquí se concluye que un movimiento espontáneo de masas que no logre una serie de victorias decisivas, tanto contra del Estado como contra de la clase capitalista, está condenado a un reflujo, por lo menos temporal. Y la concentración de todos los esfuerzos sobre algunos objetivos centrales, reclama un grado de coordinación y de eficacia de la acción de cientos de millares, si no es que de millones de personas cuya sola espontaneidad es incapaz de lograr. Exige dos

estructuras organizativas: en primer lugar, la estructura de los comités electos desde la base, los consejos obreros, estudiantiles y campesinos, capaces de movilizar de común acuerdo a amplias masas, y, en segundo lugar, la estructura del partido revolucionario capaz de dotar a la primera estructura de una perspectiva clara de los objetivos a lograr y de los caminos por los que pueden ser realizados.

Por este medio, hemos llegado al segundo límite inevitable a que se enfrenta todo movimiento de masas espontáneo. Un movimiento espontáneo despierta, como un torbellino, miles de pasiones, esperanzas e ideas del todo contradictorias. No hay ninguna garantía de que los denominadores comunes que resultarán de la interacción de todas estas fuerzas ideológicas y morales corresponda exactamente a las necesidades objetivas de la revolución. La transformación socialista de la sociedad es una tarea eminentemente consciente, la empresa más consciente que se haya jamás planteado al género humano. Tratar de realizarla sin conocer a fondo las leyes de la evolución social, las razones profundas de la decadencia capitalista, las bases sobre las que debe construirse la nueva sociedad, es decir haciendo abstracción de todo lo aportado por el socialismo científico, es precipitarse a una catástrofe segura.

En nuestra época, pues, una revolución socialista victoriosa no puede ser resultado sino de la fusión creciente de dos fuerzas esenciales que son: el movimiento espontáneo de masas cada vez más amplias que liberan inmensas energías y un capital incalculable de iniciativas populares e individuales, por una parte, y, por otra parte, un partido revolucionario, es decir un programa científico de la revolución encarnado en un número elevado de cuadros que han ganado ya la confianza de un sector de las masas, gracias a sus actividades pasadas, a las que pueden ahora conducir hacia un movimiento que desemboque en la victoria de la revolución.

Debido a que el movimiento estudiantil es intrínsecamente incapaz de sustituir a un partido revolucionario de esta naturaleza, es incapaz de resolver por sí mismo las tareas que se plantean al movimiento de masas que ha ayudado a desencadenar. Si no desemboca en la construcción o el reforzamiento de una organización revolucionaria, habrá fracasado funda-

mentalmente en su tarea de contribuir a la emancipación de las masas trabajadoras en su conjunto.

La vanguardia que poco a poco se desprende del movimiento estudiantil, se ve confrontada de este modo con uno de los problemas claves del mundo moderno, problema que ha dominado ampliamente la evolución de todas las ciencias humanas desde hace dos siglos, y cuya solución ha dado el marxismo: el problema de la relación entre la teoría y la práctica. Dentro del marco de este ensayo no examinaremos el aspecto epistemológico (o sea la teoría del conocimiento) de este problema. Lo que nos interesa en primer lugar ahora, son las relaciones entre la teoría revolucionaria y la práctica del mismo contenido.

Uno de los resortes psicológicos de la rebelión estudiantil, y en general de toda la radicalización de la juventud que caracteriza a nuestra época, es el rechazo perentorio de la hipocresía que marca con su sello la mayor parte de las actividades sociales, comenzando por las de la superestructura. Las fuerzas políticas, los valores morales, las instituciones sociales, todos ellos aparecen como factores enmascarados a los que hay que comenzar a desenmascarar para encontrar los verdaderos mecanismos que efectivamente hacen funcionar a la sociedad. Tras los grandes principios se descubren las furias del egoísmo privado y la sed insaciable de ganancias; tras los nobles ideales están la corrupción, el carrerismo y la avidez de poder y privilegios.

En la base de toda esta hipocresía está una separación cada vez más profunda entre los principios y la práctica, es decir, se encuentra una práctica sin principios que se atreve a confesar. Una barrera infranqueable separa los programas, los ideales proclamados, los fundamentos de la moral y la práctica cotidiana; barrera que todo mundo puede constatar. Esta corrupción, por supuesto, tiene sus raíces en la misma naturaleza de la sociedad burguesa y ha afectado profundamente al movimiento obrero tradicional, y también a las prácticas de las burocracias que gobiernan los llamados países socialistas.

La rebelión de los jóvenes contra esta hipocresía es del todo sana y digna de elogios. Crea la posibilidad de un nuevo impulso irreversible de la marcha hacia una sociedad sin ex-

plotación ni opresión. Desemboca en la voluntad, no menos valiosa, de poner a la práctica social, y en especial a la práctica política, en consonancia con los ideales. Pero corre el riesgo de volverse estéril, si no se funda en la unidad entre la práctica y la teoría revolucionarias, que engloba toda la compleja dialéctica de estas dos dimensiones.

Hemos dicho que la transformación socialista de la sociedad representa la empresa más consciente que jamás haya concebido la humanidad. Para tener posibilidades de éxito, debe partir de una concepción global de todos los sectores de la actividad social, es decir, de una globalización de los resultados de las ciencias humanas. Ha sido el marxismo la única corriente que, hasta ahora, ha logrado dicha globalización, que por lo demás no puede considerarse, por su propia naturaleza, como un resultado adquirido ya de una vez por todas, sino que exige un constante cuestionamiento y enriquecimiento.

Una práctica revolucionaria que no parta de esta perspectiva global de la sociedad contemporánea, de las contradicciones que la desgarran y las fuerzas motrices de su transformación, corre el riesgo de caer en el empirismo, el dogmatismo y el activismo estéril. Los ejemplos abundan a este respecto. Es notable, por otra parte, que toda práctica revolucionaria que no esté guiada y promovida por una asimilación de la teoría revolucionaria, cae inevitablemente prisionera de los prejuicios y las ideologías de la burguesía contra las que trata desesperadamente de rebelarse.

Todavía en 1968 mis compañeros y yo hemos debido de conducir una lucha política muy dura en el seno del movimiento estudiantil de Alemania Occidental y Estados Unidos, contra todos aquellos que proclamaban que la clase obrera de estos países ha sido definitivamente integrada a la sociedad neocapitalista, incapacitada para rebelarse y, por esta razón, inútil ya como fuerza esencial de transformación revolucionaria.

Los revolucionarios que defendían esta idea eran en verdad sinceros y estaban guiados por las mejores intenciones. Pero no se percataban de que en realidad eran prisioneros de las ideas fundamentales de la burguesía neocapitalista, ideas se-

gún las cuales el neocapitalismo ha logrado superar todas sus contradicciones económicas, y que por tanto garantizaría a los trabajadores un nivel de vida perpetuamente creciente, y al hacer esto ahogaría durable y definitivamente toda conciencia de clase.

Con una perspectiva del conjunto de las leyes económicas y sociales que rigen la dinámica neocapitalista, era posible prever que las contradicciones de esta sociedad iban a agravarse, incluso en los países imperialistas más ricos. Era posible prever que incluso en ellos los trabajadores iban a rebelarse en contra de la intensificación del trabajo, de la aceleración de los ritmos, del ahogo de la libertad de huelga, de su enajenación creciente como productores y consumidores, todo esto resultado inevitable del funcionamiento del capitalismo. Era pues posible prever con una seguridad total que una nueva oleada de luchas obreras, incluso de luchas obreras explosivas, iba a producirse también en esos países.

De la ausencia de una perspectiva global de la sociedad capitalista, es decir de la ausencia de la asimilación del marxismo revolucionario, se deriva por tanto un análisis concreto erróneo de las fuerzas sociales, que a su vez produce una perspectiva errónea en cuanto al comportamiento futuro de estas fuerzas y que conduce, por último, a una orientación política falsa.

Por lo demás, una teoría revolucionaria sin práctica revolucionaria está condenada a la esterilidad. Afirmar, como lo hacen algunos, que antes es necesario profundizar el análisis teórico durante un largo periodo, y dedicarse exclusivamente a la práctica teórica, al tiempo que poderosos movimientos estallan y se desarrollan en numerosos países, igual que en otros se desarrollaron luchas obreras importantes que tienen un potencial revolucionario indudable, es hacerse cómplice de todos aquellos que de una manera u otra trabajan para impedir que este potencial desemboque en una revolución socialista victoriosa. Aún peor, retirarse a la torre de marfil de la teoría pura, significa condenar esta teoría a hacerse cada vez menos revolucionaria. Pues sin la mediación de una verificación práctica permanente, la teoría corre el riesgo de perder el contacto con la realidad. Sus abstracciones

pueden convertirse en subjetivas y arbitrarias, cada vez más alejadas de la realidad objetiva, es decir falsas. La visión de conjunto de la realidad social incluye la dimensión de la práctica revolucionaria, y si esta última se elimina, la perspectiva teórica se vuelve parcial, deja de ser global. En resumen, deja de ser teoría para convertirse en una concepción ideológica.

Pero la unidad de teoría y práctica revolucionarias no se puede realizar en el plano individual. Ningún hombre, por más genial que sea, puede asimilar con la ayuda del método marxista todos los datos de las ciencias humanas, seguir la realidad de la lucha de clases en más de cien países diferentes, participar personalmente en la lucha para someter sus concepciones a la prueba suprema de la práctica. Sólo la organización revolucionaria es capaz de globalizar las prácticas, experiencias y conocimientos necesarios que permiten lograr esta unidad.

Al denunciar la ruptura radical existente en la actualidad entre realidad e ideales proclamados, al rebelarse en contra de la hipocresía universal que no es más que la máscara de la explotación y la opresión universales, el movimiento de la juventud radicalizada no hace todavía más que *soñar* en esta síntesis de teoría y práctica. La *realización* de esta síntesis que la teoría puede concebir, se da sólo en la práctica revolucionaria, o sea en la transformación revolucionaria de la sociedad.

La capacidad del movimiento estudiantil para desempeñar el papel de revelador y detonador de la crisis social, está estrechamente vinculada a la analogía entre la crisis de la universidad burguesa y la crisis de las relaciones de producción capitalistas. Esta crisis es el fundamento de todos los grandes conflictos que desgarran hoy en día la sociedad de los países imperialistas. Sus rasgos principales son: la crisis de la economía mercantil, la crisis de la propiedad privada y de la ganancia, la crisis de las estructuras autoritarias y jerarquizadas en el seno de las empresas, la crisis de la división social del trabajo, es decir la crisis del trabajo parcelado y enajenado.

La solución socialista revolucionaria de esta crisis general va en dirección de la apropiación colectiva de los medios de producción y de cambio, de su gestión por los productores

asociados, es decir de autogestión democráticamente centralizada de los trabajadores; la selección deliberada de prioridades en el empleo de recursos materiales; la reducción radical de la jornada de trabajo profesional para que los productores dispongan de tiempo libre para administrar sus propios asuntos, y la desaparición progresiva de la economía mercantil y monetaria.

Ahora bien, si examinamos más de cerca cada aspecto de esta crisis y cada aspecto de la solución que debe corresponderle, nos damos cuenta que esta solución no consiste más que en la reunificación progresiva de los diversos aspectos de la vida social del hombre, que han sido violentamente separados por la evolución económica y que exigen en la actualidad su fusión urgente. Encontramos así que la reunificación de teoría y práctica se halla en la reunificación del trabajo objetivamente socializado con la planificación consciente. La encontramos en la fusión de la técnica y las ciencias sociales, que dictara la primacía de los objetivos sociales a los que la tecnología debe someterse. Se encontrará en la fusión de la práctica social y la auto-realización de las aspiraciones y los talentos de cada individuo humano. La célebre fórmula del *Manifiesto comunista* ha adquirido toda su significación en la época de la automatización, cuya generalización exige la generalización de la enseñanza universitaria: el desarrollo de cada uno se convierte en la condición del desarrollo de todos. Se encuentra, en fin, en esta necesidad de fusionar la enseñanza y el trabajo durante toda la vida humana, la extensión universal de la enseñanza superior universitaria, de una actividad estrictamente limitada a cuatro o cinco años de la juventud, en una actividad que se prolongue intermitentemente durante toda la vida adulta.

En la lucha contra la hipocresía y el cinismo que la juventud radical ha emprendido en la actualidad, está el reflejo, aunque parcial, de necesidades absolutamente fundamentales y esenciales para superar las contradicciones más peligrosas por la supervivencia de la humanidad, contradicciones que son el producto del capitalismo. La lucha por la unidad de teoría y práctica revolucionarias no es más que una etapa preparatoria de la lucha por la reunificación de teoría y prác-

tica en la vida cotidiana del género humano, o sea la lucha por la reunificación del trabajo intelectual y manual, la lucha por la desaparición del trabajo enajenado y enajenador, y su reemplazo por una praxis humana universal en todos los hombres.

Al encontrar en los orígenes y la dinámica del movimiento estudiantil resortes análogos, si no idénticos, a los que desencadenan la lucha de emancipación de las masas trabajadoras, no afirmamos que sea inevitable la fusión entre la rebelión estudiantil y la revolución socialista en gestación. Aún menos queremos afirmar que la vanguardia del movimiento está llamada a garantizar automáticamente el nuevo impulso del movimiento obrero y antiimperialista, que han sido encarrilados durante largo tiempo en el oportunismo sin principios y en el reformismo debilitador de las organizaciones obreras tradicionales. No hacemos más que bosquejar la posibilidad de que el movimiento estudiantil realice tales funciones. Lo demás depende de la práctica revolucionaria, es decir, depende igualmente, en primer lugar, de la asimilación, o mejor aún, de la elaboración de una teoría revolucionaria adecuada.

El fracaso del movimiento obrero y antiimperialista tradicional puede ser circunscrito socialmente en la categoría de la burocratización: el acaparamiento de la dirección de estas organizaciones por capas privilegiadas que identifican la defensa de las organizaciones con la defensa de sus propios privilegios. Desde el punto de vista ideológico, nos vemos confrontados con la dialéctica de la defensa de las conquistas parciales, que subordina la realización del objetivo final a la defensa de estas conquistas parciales. La explicación sociológica coincide con la crítica ideológica; en un mundo que continúa estando dominado por la producción mercantil, toda institución que encarna una función particular de la vida social tiende a hacerse autónoma, y a concebirse como un objetivo en sí misma, en lugar de tener conciencia del hecho que no es sino un instrumento menor para lograr un objetivo más general. Este destino ha sido el que ha golpeado a las organizaciones de masas burocratizadas, del mismo modo que ha marcado también a los Estados que han surgido de las primeras victorias parciales de la revolución mundial.

Para escapar a este parcelamiento de la práctica política, cuya expresión notable es el reformismo socialdemócrata, estalinista y nacionalista en los países semicoloniales, es necesario conservar ante todo la orientación hacia el objetivo global. Por muy importantes que puedan ser los objetivos inmediatos y parciales, la emancipación de la humanidad exige que el proceso de revolución permanente llegue a su término a escala mundial. Cualquiera que sea la importancia de la defensa de todo lo que ya se ha logrado, de toda conquista parcial, y de hacer retroceder toda tentativa contrarrevolucionaria de la reacción, siempre es necesario tener la mirada fija en el horizonte a alcanzar, superar toda etapa transitoria, toda satisfacción parcial, toda victoria fragmentaria, y mantener el curso hacia el objetivo final. Aquí el papel de la teoría revolucionaria es absolutamente esencial, ya que ésta es la que permite el papel crítico y autocrático sin compromiso que es propio de los movimientos de emancipación proletaria y sin el cual la realización del objetivo final escapa siempre hacia un porvenir inalcanzable.

Pero una mirada fija en el horizonte puede convertirse en una mirada vacía si no se combina con una conciencia clara de todos los obstáculos que es necesario vencer. El dogmático está condenado a sufrir tropiezos de la misma manera que el oportunista. En consecuencia, es necesario asimilar en la práctica cotidiana esa ciencia de la revolución que es el marxismo y sin la cual la unidad de teoría y práctica revolucionarias constituye un espejismo y no una realidad en devenir.

Es a través de un esfuerzo consciente para superar sus propias limitaciones inevitables, como la vanguardia del movimiento estudiantil podrá desempeñar un importante papel en la construcción y reforzamiento de las nuevas organizaciones revolucionarias. Comprender el lugar específico del intelectual y del estudiante en el seno de la sociedad capitalista; comprender la proletarianización del trabajo intelectual en tanto fase de proletarianización de todo trabajo por el capital; comprender la naturaleza del capitalismo y del imperialismo, y de los movimientos de emancipación que se emprenden en contra de ellos; comprender la dialéctica de las revoluciones contemporáneas y el papel central que la conciencia desempeña

ña en su seno; subordinar la búsqueda de una carrera individual a la contribución que se puede hacer en este vasto movimiento emancipador; consagrarse a la construcción de organizaciones revolucionarias normadas por una praxis revolucionaria universal, éstas son las etapas de dicho proceso de clarificación. Construir una organización revolucionaria de vanguardia, que tenga por objeto la liberación de todos los explotados, de ningún modo significa abandonar la tarea parcial de ayudar a la autoorganización y a la autoeducación de las masas estudiantiles. Simplemente significa integrar esa tarea parcial dentro de una perspectiva más amplia.

No existe actividad que pueda brindar mayor satisfacción a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que la de consagrar sus vidas a la liberación de sus pueblos y a la de todos los pueblos. No existe tarea más exaltante en nuestra época que la de construir un mundo sin guerra ni violencias, un mundo de abundancia y bienestar para todos, un mundo que ponga fin a la prehistoria de la humanidad y que haga aparecer, por primera vez, toda la magnífica potencia colectiva de la humanidad. El mundo de la sociedad sin clases, el mundo del socialismo.

LOS ESTUDIANTES: ¿EL FIN DE LA NUEVA IZQUIERDA? *

Robin Blackburn

I

Surgimiento y decadencia de la "nueva izquierda"

La década de los años sesenta atestiguó la aparición de un nuevo fenómeno político ampliamente conocido como "nueva izquierda". Hacia el final de esta década, casi todos los países capitalistas avanzados habían producido una variante de "nueva izquierda", y se podían encontrar movimientos políticos análogos tanto en algunos países comunistas como en ciertos lugares del tercer mundo. Los estudiantes, y en general la gente joven, formaron la base social principal de esta ola de radicalización, aunque de acuerdo con las condiciones existentes en cada país, hubo con frecuencia una interacción entre la revuelta estudiantil y las luchas de otros grupos sociales que se encontraban en conflicto con el sistema sociopolítico prevaleciente. Al iniciarse los setentas, la fuerza de esta revuelta juvenil en los países capitalistas avanzados se ha agotado a sí misma, al punto de que ahora parece haber expirado. Esta aparición y desaparición meteóricas no han dejado sino el recuerdo de una ardiente llamarada, cuya momentánea brillantez consumió rápidamente las energías sociales que representaba. Más aún, la atención que los medios masivos de comunicación prodigaron a la revuelta juvenil, tal vez ayudó a hundirla y a invalidar su fuerza política. Lejos de representar un desafío mortal para el capitalismo, o para el imperialismo, los estudiantes sencillamente se convirtieron en otro ingrediente del espectáculo con que la burguesía intenta distraer al grueso de la población. La misma frase "nueva izquierda" fue

*Tradujo del inglés Félix Blanco.

más una conveniencia periodística que una categoría política científica; un artificio mediante el cual el comentarista burgués podía darle unidad a movimientos diversos y heterogéneos.

En este ensayo intento argumentar que el término “nueva izquierda” continúa siendo una categoría descriptiva utilizable para analizar las políticas que animaron a la revuelta juvenil, pero también que su significado es muy distinto del que le atribuyeron quienes en una época fueron sus partidarios ideológicos o sus oponentes.

Existieron rasgos subyacentes de gran importancia, que unieron las diferentes variedades del movimiento de nueva izquierda. Más adelante estos movimientos reaparecerán, aunque necesariamente en formas diferentes, ya que la nueva izquierda está cambiando, más que extinguiéndose. Trataré de explicar que la nueva izquierda fue, en esencia, el reavivamiento confuso y parcial de las políticas revolucionarias, en aquellas sociedades donde la misma idea de revolución había sido eliminada o por lo menos completamente suavizada. Este renacimiento de la revolución como concepto político, se originó en la irrupción de nuevas contradicciones sociales que los mecanismos existentes de control social eran incapaces de resolver. Dada la extensión de las movilizaciones contrarrevolucionarias en los países capitalistas durante la guerra fría, y dadas las extremas variedades de degeneración de los partidos de izquierda, ya fueran democráticos o estalinistas, no es sorprendente que la reacción inicial contra todos estos fenómenos proviniera de la juventud, y fuera la mezcla confusa y contradictoria de un número tal de ideologías y tradiciones políticas que parecían antagónicas al orden prevaleciente. En otras palabras, la revuelta juvenil provocó el surgimiento no sólo de la idea de revolución en el sentido marxista, sino también de todo tipo de ideas utópicas, anarquistas y populistas al mismo tiempo. Antes de iniciar la clasificación de las diversas tendencias del pensamiento de la nueva izquierda, será apropiado comparar la “nueva” con la “vieja” izquierda y proporcionar algunos datos del surgimiento de la segunda. Esta será la primera parte de mi ensayo; en la segunda trazaré

la evolución de la nueva izquierda y explicaré tanto su decadencia como su perdurable significado.

La vieja izquierda y la nueva izquierda

Se requiere inicialmente de una clarificación de términos. En la actualidad “vieja izquierda” se identifica con los partidos socialdemócratas o comunistas, que dominaron casi exclusivamente la política de la clase trabajadora de los países capitalistas durante el periodo de la posguerra. Estos partidos tenían muchas diferencias entre sí. Los partidos socialdemócratas y sus primos del Atlántico del Norte situados a la izquierda del Partido Democrático, se dedicaron a obtener reformas sociales mediante la ampliación de su esfera de actividades en la maquinaria estatal existente, es decir, a través de la agencia del aparato de Estado burgués. (Aunque por supuesto ellos no reconocieran el carácter clasista de este aparato.) Los partidos comunistas se opusieron totalmente, en teoría, al reformismo y afirmaron que apoyaban el camino revolucionario para la emancipación de los trabajadores. El hecho de que los partidos comunistas europeos jugaran un papel relevante en los movimientos partisanos, y en la Resistencia, prestó cierto crédito a sus pretensiones. Con el advenimiento de la guerra fría al final de los cuarenta, la brecha entre las dos alas del movimiento obrero se amplió drásticamente. En todas partes los socialdemócratas dieron un apoyo vociferante a los Estados Unidos, que asumían el liderazgo en el campo del imperialismo y del capitalismo. Por ejemplo, fue el gobierno laborista británico quien tomó la iniciativa para fundar la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) y otras alianzas militares regionales, y también jugó un papel preponderante en el establecimiento de la expedición contrarrevolucionaria de los Estados Unidos en Corea. Por otra parte los partidos comunistas le dieron un sostén indiscriminado a la Unión Soviética, en cuanto se inició la guerra fría, lo que les trajo como consecuencia el conflicto con los gobiernos de sus propios países.

Sin embargo, bajo estas orientaciones políticas, opuestas en apariencia, había ciertos elementos comunes muy impor-

tantes. Ya que la “nueva izquierda” había de aparecer sobre la base de un creciente rechazo a lo que la vieja izquierda tuvo en común, será conveniente examinar cuáles fueron estas afinidades, que como veremos se encuentran en el campo de la organización, la ideología y la práctica políticas.

El rasgo sobresaliente del mundo de la posguerra fue el restablecimiento económico y político del capitalismo y del imperialismo con excepción de Europa Oriental y China. La gran depresión capitalista con sus ejércitos de desempleados y su carga de miseria social en todo el mundo capitalista, minó grandemente el orden social. El hecho de que el fascismo se haya desarrollado dentro del capitalismo, como respuesta a la amenaza revolucionaria del movimiento obrero, también ayudó a desacreditar a las clases dominantes establecidas. La tolerancia manifestada con respecto al fascismo comprometió seriamente hasta a los más respetables políticos burgueses demócratas. Además, el despertar del orden político burgués no fue puramente ideológico; en toda Europa continental y en Japón, la mezcla de ocupación y derrota *militares* asestó un duro golpe a los instrumentos políticos tradicionales de dominio de clase. Al mismo tiempo, los movimientos de la Resistencia colocaron a los obreros en una posición muy fuerte. Una situación de cardinal importancia fue que en esta época tanto los partidos socialdemócratas como los comunistas ayudaron a reconstruir el debilitado orden político burgués. Aun cuando los partidos comunistas esgrimieron enormes recursos políticos logrados en su participación en la Resistencia, aceptaron establecer coaliciones burguesas, como se vio en el trato efectuado entre Stalin y las fuerzas imperialistas en Yalta. Stalin tenía muy poca confianza en la resistencia popular y en los movimientos guerrilleros, así que en los países donde estos movimientos tuvieron éxito como Yugoslavia y China, fue en virtud de que ignoraron las consignas del jefe soviético. En todas partes se intentó persuadir a los guerrilleros para que depusieran las armas y ayudaran a la restauración del Estado burgués neocolonial.

Los ejemplos más sorprendentes de este desarrollo se encontraron en Grecia, Filipinas, Italia y Francia, aunque en todo el mundo, incluyendo a la América Latina, se exigió a

los comunistas que participaran en los gobiernos burgueses. En esta época se habló mucho de perpetuar en el mundo de la posguerra, la alianza antifascista establecida durante la guerra. La necesidad de preservar este gran frente progresista significaba que debía olvidarse la idea de un movimiento obrero opuesto al capitalismo y al imperialismo. Pronto se hizo claro que los imperialistas respetaban mucho menos los términos del trato llevado a cabo en Yalta, que a Stalin y el movimiento comunista; mas para entonces el daño ya estaba hecho, y la tarea de restaurar políticamente al orden burgués hacía tiempo que se había cumplido. Aunque en actos posteriores los partidos comunistas se opusieron fuertemente a los gobiernos existentes en sus países, esto no significó que rechazaran el sistema de la legalidad burguesa. Así en 1950 el Partido Comunista Inglés proclamaba, con la aprobación de Stalin, que en Inglaterra era factible la vía parlamentaria al socialismo.

Frente a estos antecedentes históricos y políticos, la práctica de los partidos socialdemócratas y comunistas se desarrolló con un modelo similar a pesar del virulento antagonismo que había entre ambos.

Ahora quisiera identificar el modelo aludido y compararlo con las políticas de nueva izquierda que habrían de surgir en los sesentas.

Primero hablaremos de las formas de organización. La definición de miembro del partido, tanto en los socialdemócratas como en los comunistas, fue cada vez menos la del *militante* y cada vez más la del poseedor de una tarjeta de afiliación, de una barba falsa, y que pagaba regularmente sus cuotas al partido. Naturalmente había un grupo de activistas en ambos tipos de organización, pero estaban rodeados de una gran masa de simpatizantes relativamente inactivos y de miembros nominales. La polarización de la segunda guerra acentuó este desarrollo en ambas partes y la competencia con respecto al reclutamiento se intensificó. En las dos clases de partidos se dio una completa burocratización del liderazgo; lo típico de esta burocracia en los partidos comunistas fue la alianza con el control central sin tomar en cuenta a los miembros, y en los partidos socialdemócratas fue la fragmentación de los miembros. Sin embargo, en ambos casos la iniciativa se confió

a pequeños grupos dirigentes. La creciente masa de miembros inactivos constituyó un apoyo inerte a los líderes de los partidos, en tanto que ellos nunca intentaron ninguna movilización seria de la membresía en contra del orden burgués. De este modo, los líderes del Partido Comunista Francés descubrieron que la masa inactiva de miembros era inapreciable en su capacidad para derrotar cualquier oposición interna; pero que no se podía confiar en ella si el objetivo del Buró Político era tomar las calles.

Los movimientos de la nueva izquierda asumieron una estructura totalmente distinta. La membresía en el sentido formal no existió, no hubo tarjetas de afiliación, ni un directorio político establecido en forma burocrática. Los miembros de dichos movimientos se definieron por su participación en la actividad política y no porque pagaran sus cuotas; por esta razón también fueron fluctuantes. Los movimientos tendieron a estructurarse no sobre la base de una creencia política abstracta, sino por la situación común de un grupo social específico, o bien como reacción contra un acto en extremo represivo de la clase dominante, ya fuera interno o externo. Los primeros grupos que se encontraron en esta situación fueron estudiantes y otras agrupaciones de juventud radical cercanas a ellos. El estilo político de la nueva izquierda se esparció de los estudiantes a otros grupos sociales que habían estado al margen de la política organizada, especialmente las minorías étnicas oprimidas como los negros y chicanos en los Estados Unidos. Sólo cuando tuvo mayor éxito, el movimiento de nueva izquierda logró hacer algún contacto con el cuerpo principal de la clase trabajadora.

El rompimiento radical entre nueva y vieja izquierda se aclara al referirnos a problemas de ideología y práctica. Puesto que la vieja izquierda ha llegado a vivir en un mundo netamente verbal y separado de la experiencia cotidiana de las masas, la nueva izquierda inició un retorno a la acción directa en contra de aquellos males sociales que se identifican con mayor rapidez. Para el activista socialdemócrata, aun siendo de izquierda, las actividades más importantes eran presionar a favor de soluciones correctas en las conferencias del partido, escribir panfletos y manifiestos persuasivos y buscar periódicamente el apoyo de las masas para las elecciones. Para muchos socialistas sinceros pero subjetivos que llevaban a cabo este tipo de actividades, el modelo de transformación social consistiría en convencer a las masas de votar por uno u otro programa que representara una mayoría, y que fuera ejecutado por un grupo especializado de representantes políticos en las instituciones parlamentarias establecidas por el Estado burgués. Estos socialistas no parecían darse cuenta que aun los Estados burgueses más democráticos estaban edificados sobre el principio de *exclure a las masas de la política*, y que cualquier movimiento reformista que persuadiera a sus seguidores de abandonar su iniciativa política en favor de una institución representativa burguesa, estaba liquidando la única fuerza política con que hubiera podido llevar a cabo su programa. La experiencia total de lo que sucedió en 1945 con el gobierno laborista inglés, fue un ejemplo particularmente notable de que creer que las instituciones de un Estado burgués pueden utilizarse para reformar el capitalismo, es una noción política muy ilusoria. En efecto, al acostumbrar a los trabajadores a que esperaran que las reformas les vinieran desde arriba, sin que ellos hicieran nada por sí mismos, el gobierno laborista brindó una ayuda decisiva al orden burgués, reforzando la liga que existía entre la clase trabajadora y el Estado, que ya había perdido la confianza de los obreros.

Durante este periodo tanto los partidos comunistas como los socialdemócratas desarrollaron una gran firmeza verbal. Las actividades por las que los miembros del partido recibían mayor crédito, consistían en vender el periódico o reunir firmas para la campaña, a la sazón más favorecida por Moscú, como fue la Conferencia de Paz de Estocolmo. Mientras que los socialdemócratas permitían que la lucha de clases se subordinara a la lealtad subyacente que le tenían a su propio Estado burgués, los partidos comunistas concebían la lucha de clases como una transferencia del nivel nacional al internacional; es decir, que estaban preparados para sacrificar la lucha de clases local con el objeto de habilitar cierta solidaridad hacia la Unión Soviética durante la guerra fría. Los partidos comunistas rara vez actuaban como si la solidaridad concreta que existe entre obreros, pudiera servir para continuar la lu-

cha revolucionaria en sus propios países. Algunas veces los socialistas de izquierda o los partidos comunistas se ocupaban, como táctica izquierdista, de algún asunto central de la lucha contra el capitalismo o contra el imperialismo; pero cuando así lo hacían era por motivos puramente propagandísticos, ya que combatían al capitalismo sólo con palabras en el papel o en las bocas de los oradores en los mítines de protesta. El surgimiento de la nueva izquierda atestiguó el final de esta política de papeles burocráticos, en favor de una política de acción directa. Mientras que las palabras de la vieja izquierda afectaban muy poco la rutina de la sociedad burguesa, las acciones directas de la nueva izquierda invariablemente la desorganizaron. Además, así como ellos se lanzaron a contrapelo de la sociedad burguesa, así también intentaron prefigurar en forma parcial el tipo de equilibrio social que pretendían producir. Las actividades de la vieja izquierda fueron amortiguadas con una relación puramente instrumental con sus metas nominales; a pesar de que contemplaron la transformación de las relaciones en la sociedad, sus actividades nunca abarcaron realmente en ninguna forma tangible el cambio al que aspiraban; ya que vender el periódico del partido o tomar parte en una manifestación o un mitin disciplinado, ni cambió al poder burgués ni señaló algún signo del advenimiento del socialismo. Por otra parte, los estudiantes que ocupaban sus universidades intentaron invariablemente proscribir las formas establecidas de enseñanza y de administración académica, e incorporaron alternativas concretas para conseguirlo. Con tales tácticas los jóvenes se enfrentaron rápidamente a la represión, pero por lo menos se evidenció que poseían un valor ejemplar y se demostró que este ejemplo iba más allá de la simple comunicación verbal. Al mismo tiempo, la acción directa escogida sólo afectaba a la institución burguesa en la que se llevaba a cabo; por esta razón no podía ser ignorada ni contenida con la misma facilidad con que lo fueron las formas tradicionales y legales de protesta y de manifestación.

Uno de los primeros movimientos juveniles radicales de este periodo fue la Campaña por el Desarme Nuclear que se inició en Inglaterra al final de los cincuentas, como una protesta generalizada contra la guerra fría y los peligros de ani-

quilación nuclear que ésta envolvía. Al principio este movimiento expresó tradiciones políticas inglesas liberales y pacifistas. Una sección de la burguesía y de la clase media inglesas, había sido muy propensa a hacer propaganda de un modo muy intelectual y moralista, aludiendo a éste o a aquel aspecto del imperialismo, sin intentar ir nunca a las raíces del asunto o combatirlos. La Campaña por el Desarme Nuclear seguía esta tradición y realizó tareas en forma legal y consagrada. Sin embargo, para el principio de los sesentas había atraído a grandes grupos de gente joven, especialmente estudiantes, que iniciaron prácticas propagandísticas más vigorosas, como por ejemplo: en vez de organizar marchas en la forma legalmente establecida, formularon planes para obstruir a la máquina de guerra. Así, dispusieron mítines masivos de jóvenes sentados (*sit ins*) en las afueras del Ministerio de la Defensa, para evitar que éste funcionara; más tarde organizaron otras reuniones de este tipo en aeropuertos militares e intentaron penetrar en los centros de investigación de la guerra biológica; también allanaron oficinas militares de donde robaron secretos de la defensa, que los llamados "espías de la paz" posteriormente publicaron.

En Japón, un movimiento similar contra la guerra nuclear y la alianza con los Estados Unidos desarrolló tácticas aún más agresivas. En el sur de los Estados Unidos, el Movimiento de Derechos Civiles empleó la acción directa organizando *sit ins* en los comedores públicos.

En 1964 aconteció el primer *sit-in* universitario en Berkeley, con respecto al derecho que tenían los estudiantes de vender literatura política dentro de los terrenos escolares (*Free Speak Movement*). Con el desarrollo del movimiento contra la guerra de Vietnam, las mismas formas de acción directa se utilizaron para evitar la comparecencia de equipos reclutadores del ejército dentro de las universidades, y para desafiar el compromiso contraído por las universidades como instituciones de agresión imperialista; mismo que se daba a través de contratos de investigación para la defensa, o bien la connivencia con la discriminación racial en cuanto a la construcción de alojamientos en terrenos universitarios.

Así como el ejemplo de la Campaña por el Desarme Nu-

clear tuvo alguna influencia en el desarrollo del movimiento estudiantil estadounidense, éste influyó recíprocamente en la ascensión del movimiento estudiantil europeo. En 1966 y 1967 la organización Estudiantes por una Sociedad Democrática (Students for Democratic Society, SDS) inició en Alemania una campaña, apoyada en la acción directa, contra los rasgos autoritarios de la vida social dentro y fuera de la universidad y contra la política imperialista de su gobierno en el Tercer Mundo. Durante una manifestación llevada a cabo en 1967 en contra de la visita oficial del Sha de Irán, un estudiante fue muerto de un tiro por la policía, indicando así que las rutinas normales de protesta habían sido sobrepasadas. En abril de 1968, después de los virulentos ataques que la prensa burguesa lanzó contra el líder estudiantil Rudi Dutschke, hubo un intento de asesinarlo; en los días que precedieron al intento, el grupo periodístico Springer que controla el 90 % de la prensa dominical y el 40 % de la prensa diaria de la República Federal Alemana, había estado publicando encabezados tales como: "Dutschke, enemigo público número uno" y "No debemos dejar todo el trabajo sucio a la policía y a sus cañones de agua." La respuesta estudiantil al intento de asesinato fue atacar a los periódicos Springer donde y cada vez que podían, quemando sus transportes de distribución y saqueando las oficinas en toda la República. En Colonia, Hamburgo, Frankfurt y Munich, grupos masivos de estudiantes y de algunos jóvenes obreros rodearon las oficinas de Springer, y evitaron su distribución en todos los centros principales. Doquiera que las nuevas tácticas aparecieron fueron aprovechadas por grupos distintos a los estudiantiles pero que también sufrían una agresión muy directa y tangible, y que habían escapado de los mecanismos prevalecientes de control social. La política del Movimiento de Liberación de los Negros, en los Estados Unidos, también fue influida por el estilo político de la nueva izquierda.

En Inglaterra se extendió un movimiento de "paracaidistas" surgido de aquellos que no tenían hogar; quienes, con la ayuda de algunos estudiantes activistas, ocupaban los edificios abandonados por los especuladores de grandes propiedades. Las tácticas de acción directa y de ocupación se desplaza-

ron de los estudiantes a los obreros para dar origen a la histórica contienda de mayo de 1968; el año siguiente, en Italia tuvo lugar el mismo tipo de desarrollo del movimiento, aunque a una escala más difusa.

En un principio, los movimientos de nueva izquierda carecieron no sólo de organización, sino también de una teoría clara. Los primeros exponentes de las políticas de la nueva izquierda en los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania Occidental, funcionaron en un medio ambiente político que llegó a ser casi unidimensional; en estos países la guerra fría había producido un anticomunismo fanático que intentaba desenraizar todas las ideas de oposición. La revuelta de la nueva izquierda se articuló, en forma ineludible, en términos de una ideología liberal muy confusa. En esencia, la nueva izquierda inicial luchó en nombre de aquellos valores que la sociedad burguesa proclamaba, pero que no practicaba. Donde la sociedad burguesa violaba los valores liberales mediante el apoyo a dictaduras militares en el Tercer Mundo, a través de prácticas de discriminación racial, por medio de actos de censura, etcétera, surgían movimientos estudiantiles que llevaban a cabo acciones directas contra la violación. Además, aunque se luchaba contra el contenido mismo de las formas democráticas burguesas, éstas se manifestaron invariablemente en una sociedad que toleraba el pensamiento crítico pero no la acción crítica. Durante algún tiempo la nueva izquierda no se autonombró socialista, no obstante que en la práctica constituía un desafío fundamental hacia las instituciones capitalistas existentes, más que la mayoría de los partidos de izquierda que se proclamaban enteramente marxistas. En una fase posterior, los movimientos de nueva izquierda gravitaron con rapidez hacia distintos tipos de pensamiento marxista, pero con énfasis en la acción revolucionaria, en la teoría de la guerra de guerrillas, más que en las teorías del ciclo de cambio. De acuerdo con las ideas de muchas secciones de la vieja izquierda, el arribo de la revolución sería un acontecimiento casi automático proveniente del desarrollo de la misma sociedad capitalista. Para algunos viejos izquierdistas la catástrofe económica sería la antecámara de la revolución; para otros, la competencia pacífica entre los sistemas sociales del capitalis-

mo y del socialismo, daría la respuesta. Cualquiera de las dos teorías que se respaldaran, la consecuencia práctica fue la de imbuir en el militante político una pasiva actitud de espera; aquellos miembros de la vieja izquierda que sinceramente deseaban transformar la sociedad como un todo, consideraban inútil desarrollar un trabajo fragmentario, ya que conceptuaban al capitalismo y al imperialismo como sistemas cerrados que desnaturalizarían y confiscarían cualquier reforma parcial que contra ellos se intentara. Mientras tanto en el Tercer Mundo los movimientos de liberación nacional estaban preparados para servirse de las reformas que ayudaran a la lucha contra el imperialismo, reformas contra el sistema desde abajo, y no reformas dentro del sistema y desde arriba. Así, mucho del apoyo popular que tuvieron los movimientos guerrilleros, surgió del hecho de que fueron capaces de ofrecer al campesino o al trabajador rural, oportunidades inmediatas para recobrar la tierra que les pertenecía y de asegurar facilidades de salubridad y educación, por más rudimentarias que éstas fueran. La nueva izquierda pensaba que se estaba copiando a los movimientos de liberación al utilizar las escuelas y universidades como base de zonas liberadas. Pero aun entre la nueva izquierda que invocaba los nombres de Marx y Lenin, se hizo un esfuerzo muy poco sostenido por relacionar a las tácticas de acción directa con alguna teoría social sistemática. Su error fue no advertir que la guerra de guerrillas exitosa estaba basada tanto en un análisis científico de las clases sociales, como en la acción política guiada por un programa revolucionario.

La comparación precedente entre los partidos burocratizados de la vieja izquierda con los movimientos de la nueva izquierda, y entre los programas abstractos de la vieja izquierda con las acciones directas de la nueva, parece haber sentado un punto en el que tal confrontación no se sostiene. La fuerza principal de la vieja izquierda estaba centrada en la clase trabajadora, los sindicatos y partidos políticos que abarcaba. Los sindicatos burocratizados tendían a responder mejor a las presiones de las masas que los partidos políticos, y hasta el más degenerado de ellos recurría a una forma de acción directa que alteraba al capitalismo en forma específica, es decir, a

la huelga. Además, la utilización de las huelgas o aun de la huelga general con propósitos políticos, no estaba dirigida completamente por la vieja izquierda, aunque este recurso se usaba con grandes restricciones. El hecho de que los grandes partidos de la vieja izquierda estuviesen ligados a los sindicatos fue una gran fuente de su fuerza, y el hecho de que los sindicatos estuvieran necesariamente comprometidos en forma directa con la lucha de clases económica, significaba que había una conexión entre la existencia cotidiana de las masas trabajadoras por una parte, y las maniobras, en apariencia remotas, de los líderes políticos por la otra. Es digno de notarse que las políticas de la nueva izquierda atrajeron en primer lugar a aquellos sectores de la población que eran periféricos con respecto a la lucha de clases económica y que no estaban integrados a ningún sindicato. Debe decirse también que la forma de acción directa que sostuvo a la vieja izquierda no fue más allá de las relaciones sociales del capitalismo. Para las más grandes federaciones de sindicatos del periodo de posguerra, la huelga no fue más que el paro convencional de la industria para exigir mayores salarios o mejores condiciones *de trabajo*. Aunque estas luchas eran esenciales para la defensa del estándar de vida de los obreros, no fueron utilizadas como medio efectivo de movilización de los trabajadores contra sus enemigos de clase, en un nivel político. La concepción de la huelga que prevaleció aun entre las secciones más militantes de la vieja izquierda, era aquella en la que los obreros debían permanecer inactivos hasta que sus representantes tuvieran éxito o fracasaran en la negociación de los distintos términos de explotación de su fuerza de trabajo. La huelga general a menudo fue considerada simplemente como la capacidad de los obreros para detener todo, y no como la necesidad de que ellos obtuvieran el control de algún aspecto de la vida social, aunque fuese de su propia organización dentro de la fábrica. Siendo que la revolución significaba *fundamentalmente* la actividad masiva en gran escala, la huelga general en estos años no significó sino la inactividad de las masas y la iniciativa reservada a unos cuantos líderes políticos y sindicales. No es sorprendente que cuando los obreros franceses, en mayo de 1968, comprendieron el estilo de las tácticas de la

nueva izquierda, redescubrieron toda la teoría revolucionaria y la forma de la *huelga masiva*; así, en lugar de permanecer en sus casas, los trabajadores ocuparon sus fábricas y cuando el Partido Comunista pretendió que esta ocupación solamente fuera simbólica, los obreros de la Renault, Sud-Aviation y otras partes, que se encontraban a la vanguardia de la lucha, rechazaron indignados la idea e insistieron en que la mayor cantidad posible de trabajadores permanecieran en la fábrica y la usaran como centro político. En sitios tales como Nantes, donde la huelga fue más poderosa, los obreros continuaron produciendo, aunque no para sus patrones sino para la huelga. En esta forma una fábrica de radiotransistores produjo equipos de intercomunicación que servirían para mejorar la comunicación entre los huelguistas. Esta acción fue el preludio del establecimiento de una fuerza revolucionaria dual, que empezaría a asegurar el control proletario de la producción y distribución de bienes para los huelguistas y sus familias, e iniciaría también la organización de una fuerza de defensa popular. Tal vez las formas de lucha más avanzadas en los países capitalistas se han visto recientemente en Irlanda del Norte. El contenido político de la lucha en Irlanda ha sido limitado con severidad por la forma religiosa del nacionalismo burgués irlandés, pero los métodos de lucha de las poblaciones católicas del norte han sido, en ciertos aspectos, muy desarrolladas. Así, cuando en agosto de 1969 los católicos irlandeses erigieron barricadas en sus áreas, fueron capaces de impedir la entrada de la policía y de las unidades paramilitares (*B-Specials*). El Comité de Defensa que constituyeron estableció un control sobre las actividades económicas esenciales detrás de las barricadas y fue elegido por la población de los ghettos católicos. Durante esta época, visité Belfast y las cinco áreas que habían elegido a sus comités y donde las barricadas no eran simbólicas como en otras partes, sino que estaban hechas de autobuses volcados que bloqueaban las calles, y eran defendidas por toda la población mediante bombas de gasolina. Una de las imágenes más extraordinarias que he visto fue en la embotelladora de Coca-Cola en el distrito de Falls Road, en Belfast, donde la maquinaria había sido readaptada por los obreros, de tal manera que en lugar de em-

botellar Coca-Cola, se había convertido en la primera fábrica semiautomática de bombas molotov en el mundo. En este caso y en otros, los irlandeses aprovecharon los recursos materiales del imperialismo y los volvieron contra él. En Irlanda como en Francia el resurgimiento de tácticas revolucionarias había sido extendido mediante las acciones del movimiento estudiantil, la llamada democracia del pueblo.

Había indicado antes que el origen de lo que ahora se conoce como "la vieja izquierda" fue la estabilización, posterior a la guerra, del capitalismo en los países avanzados y el acuerdo de Yalta entre Stalin y los Estados imperialistas más poderosos. La combinación de estos factores durante la guerra fría había creado una mala situación para el movimiento obrero y había prolongado el periodo de degeneración política. El relativo éxito económico de los Estados capitalistas había llevado a los partidos socialdemócratas hacia una capitulación mayor y más drástica, si bien habían apoyado tradicionalmente la creación de una sociedad socialista por medios reformistas, ahora tendían, tanto en teoría como en la práctica, a abandonar para siempre la idea de reemplazar al capitalismo por algún otro orden social. Mientras tanto los partidos comunistas estaban formalmente comprometidos con el derrocamiento del capitalismo, visto en forma creciente como un proceso pacífico en el que la construcción de una sociedad socialista modelo en la Unión Soviética, impresionaría de tal modo a las masas trabajadoras del occidente, que éstas se levantarían y exigirían soluciones socialistas a sus problemas. Esta habría sido una visión idealista delirante de cómo surgen las grandes revoluciones, aun cuando la Unión Soviética hubiera sido tal modelo de sociedad que construye el socialismo; pero como en realidad era la caricatura estalinista del socialismo, con su recurrente necesidad de apoyarse en la represión abierta contra obreros y comunistas opositores, en ninguna forma encendió el entusiasmo de las masas trabajadoras de occidente, ya que entonces como ahora fue un factor que inhibió el desarrollo político del movimiento obrero. Sin embargo, otros factores empezaron a minar la influencia de los partidos socialdemócratas y del estalinismo. El discurso de Krushchev durante el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la

Unión Soviética y el levantamiento húngaro de 1956, socavaron la monolítica autoridad del movimiento comunista mundial y de la unidad burocrática que Stalin le impuso durante los años veinte; el surgimiento de la disputa chino-soviética y los crecientes signos de cooperación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, al iniciarse la década de los sesentas, fueron factores que debilitaron la base ideológica de la "vieja izquierda", ya fuera comunista o anticomunista. Sin embargo, las verdaderas condiciones que dieron origen a la nueva izquierda fueron la agudización de contradicciones dentro y entre los Estados capitalistas más avanzados, y la exitosa continuidad de la lucha por la liberación nacional en Cuba y en Vietnam. Durante la guerra fría, la complaciente ratificación al capitalismo de bienestar de los socialdemócratas, y la absoluta lealtad a los intereses del Estado de la burocracia dirigente en la Unión Soviética, provocaron que las fuerzas de izquierda descuidaran las crecientes contradicciones internas y externas del capitalismo. Dentro de estas sociedades, nuevas formas de pobreza industrial acompañaban a las desigualdades que permanecían sin disminuir, y en cada Estado capitalista poderoso un subproletariado superexplotado experimentaba opresiones específicas y discriminaciones. Compuesto por lo general de trabajadores inmigrantes de países coloniales y atrasados, este subproletariado era una reserva de trabajo móvil que podía ser engañado fácilmente respecto a sus derechos sindicales: negros y chicanos en los Estados Unidos, hindúes en Inglaterra, argelinos en Francia, coreanos en Japón, europeos del sur en Alemania, Suiza y otras partes. Al mismo tiempo el desarrollo del capitalismo había creado categorías de trabajadores completamente distintas, proletariando al estrato de burócratas y técnicos. El incremento de educación superior masiva fue una consecuencia necesaria de esta creciente demanda de distintos tipos de trabajo técnico altamente calificado. Al lado de los técnicos del consumo apareció un ejército de técnicos del consumo y de ingenieros de la burocracia política. Los nuevos intentos de controlar y manipular las contradicciones internas del capitalismo, trajeron como resultado la necesidad de adiestrar legiones de antropólogos, economistas, sociólogos, psicólogos, diseñadores,

publicistas, planificadores de los medios masivos de comunicación, expertos en relaciones industriales así como a más científicos y técnicos. Esta fue la causa subyacente de la gran expansión de la educación superior en los países capitalistas avanzados que transformó a las universidades, de coto privilegiado de unos cuantos, en industrias de producción masiva de graduados.

En las primeras épocas del capitalismo las universidades tenían la función de proveer la élite política y cultural; desde la Segunda Guerra Mundial su función ha estado ligada de manera más directa con las fuerzas de producción y con la involución de las relaciones de la producción. La revuelta estudiantil de los sesentas fue la expresión del hecho de que el orden social capitalista aún no había desarrollado los mecanismos necesarios para mantener este nuevo fenómeno social bajo su control. La misma naturaleza de las materias que estudiaban forzó a los estudiantes a comprender algo acerca del mundo en el que vivían. Aun cuando la sociedad burguesa censuraba la enseñanza de la economía, la sociología y hasta las ciencias naturales, las mayores contradicciones dentro del mundo capitalista no pudieron ser totalmente eludidas. El éxito de la revolución cubana y la heroica lucha del pueblo vietnamita imprimieron en toda una generación de estudiantes la amarga verdad de la agresión y el pillaje imperialistas; además de proporcionar un ejemplo inspirador de la lucha de las guerrillas campesinas que se enfrentaban con éxito a los productos más viciados de la moderna tecnología militar. Tales acontecimientos exhibieron los mitos de la guerra fría acerca del mundo libre, y al mismo tiempo demostraron el principio superior de organización social que animaba a los movimientos revolucionarios antiimperialistas. Mientras que el socialismo de los cuarentas y cincuentas había sido identificado con la burocracia estalinista conservadora y terrorista, en los sesentas empezó a ser identificado con las acciones ejemplares de los luchadores por la liberación del sureste de Asia y de América Latina. Mientras que el sistema estalinista había sido presentado como un camino alternativo para organizar una sociedad industrial avanzada, alternativa que fue incapaz de atraer a los trabajadores por sus múltiples defor-

maciones burocráticas, el ejemplo que ofrecieron los movimientos de liberación fue de carácter totalmente distinto, ya que consistía en el requerimiento de luchar contra la fuerza opresiva del imperialismo y no en la invitación a copiar el modelo estalinista de sociedad socialista. La combinación de las contradicciones sociales en aumento dentro de los países capitalistas avanzados, y de la lucha exitosa que se libraba contra ellos desde afuera, fueron condiciones decisivas para la fundación de la nueva izquierda.

Los rasgos característicos de la nueva izquierda indican que fue un movimiento muy parecido a los movimientos anarquistas y populistas del pasado, a saber: el énfasis en una organización amorfa y poco estructurada o, en su opuesto complementario, la conspiración terrorista; la informalidad en el liderazgo; la atracción por el liberalismo ultrademocrático a nivel de ideología; el énfasis en la acción directa, etcétera. Además, algunas de las características del contexto político que dio origen a la nueva izquierda recuerdan los episodios del anarquismo del pasado. Se recordará que Lenin escribió en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*: “El anarquismo es, con frecuencia, una especie de castigo para los pecados oportunistas del movimiento obrero.”

Toda la comparación de la nueva con la vieja izquierda intenta demostrar que la primera surgió como una especie de castigo contra los pecados oportunistas de la segunda. Sin embargo, en otros aspectos, sería un error asimilar la nueva izquierda a movimientos anarco-populistas previos, porque el ambiente social de ambos movimientos fue muy distinto. Los movimientos anarquistas fueron más bien producto de sociedades rurales que de sociedades urbanas y ocurrieron en contextos preindustriales o semiindustriales. Los movimientos de nueva izquierda fueron producidos, en contraste, por las economías más avanzadas y aun por las economías posindustriales, surgidas de un grupo social que habita las grandes ciudades. En ambos casos, la contienda entre nuevas y viejas formas de sociedad y de economía explica el rompimiento de los mecanismos de control social. Por otra parte, hay una evidencia de que al igual que las revueltas anarco-populistas previas, el movimiento estudiantil tampoco tendrá a su favor nin-

gún logro político positivo y sustancioso, ya que puede haber desarrollado cierta fuerza negativa de veto, pero esto es muy distinto del poder de transformar radicalmente a la sociedad. Así como los anarco-populistas nunca hicieron la revolución, tampoco es probable que la reciente ola de anarquismo la lleve a cabo. La frase de Lenin que se citó con anterioridad es muy precisa; la revuelta anarquista castiga a las formaciones oportunistas del movimiento obrero, pero no castiga a las clases poseedoras, aunque pueda asustarlas un poco. El ataque ejecutado contra los oportunistas no significa una sentencia de muerte; de hecho las organizaciones de la vieja izquierda han sobrevivido a las de la nueva, pero no podría decirse que no hayan sufrido graves daños. Toda una generación de jóvenes, a lo largo de los países capitalistas avanzados, se liberó de los grilletes ideológicos y organizativos de la socialdemocracia y del estalinismo. Los partidos de la vieja izquierda sobrevivieron y hasta pudieron montar un espectáculo respetable en épocas electorales, pero sobrevivieron como fósiles de una era primitiva: para unos fue la época del reformismo social imperialista; para otros, la etapa del frente popular contra el fascismo; para otros más, el periodo anticomunista de la guerra fría o la lealtad incondicional a la Unión Soviética. Cualquiera que haya sido la experiencia formativa de estos partidos, no les equipó para confrontar las realidades políticas existentes, es decir, la crisis del imperialismo, el surgimiento de nuevas contradicciones capitalistas en la tierra natal del imperialismo; los sismos que periódicamente sacuden a los Estados “socialistas” burocráticos.

El desarrollo de la nueva izquierda ayudó a que todo esto se hiciera más visible, y representó la energía liberada de millones de jóvenes que ya no pueden ser capturados por las fórmulas decadentes de la vieja izquierda. La misma fluidez de la organización, la ideología y la teoría de la nueva izquierda significa que, por lo menos, está capacitada para desarrollarse bajo una dirección revolucionaria genuina. En otras palabras, la nueva izquierda no ha probado que, por sí misma, sea la fuerza política capaz de sostener la causa de la revolución en los países avanzados, pero bien podría ser la *precursora* de un movimiento verdaderamente revolucionario. Debe recordarse que

la efervescencia del anarco-populismo entre los estudiantes de la Rusia del siglo XIX fue el origen político directo del marxismo revolucionario. Además, la contribución específica de Lenin mediante escritos como *¿Qué hacer?*, hizo que se extendiera la voluntad de actuar que animó a los Narodniks y que sirvió como correctivo al fatalismo de los marxistas legales y de los economistas. En años posteriores escribió *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, que no fue simplemente un anatema contra la desviación que atacaba, sino que insistía en que el admirable espíritu de los ultraizquierdistas debería ser cuidadosamente templado por medio de la ciencia marxista y de la organización y estrategia bolcheviques.

El análisis anterior trata de identificar las razones del surgimiento de la nueva izquierda y sus diferencias con la vieja izquierda. He intentado demostrar que la revuelta estudiantil de nueva izquierda tuvo sus raíces en las contradicciones reales y continuadas de los países capitalistas avanzados, contradicciones que en algún grado se presentan en todo el mundo capitalista, incluyendo la parte atrasada y oprimida. Debemos esperar que surjan movimientos de insurgencia estudiantil ahí donde el capitalismo frustra el desarrollo de las fuerzas de producción, ya que las universidades son parte vital de esas fuerzas. Con mayor razón debemos esperar que la insurgencia estudiantil irrumpa de nuevo donde las organizaciones de izquierda fracasen en el intento de llevar adelante la causa de los oprimidos y de los explotados, y en el veto directo al sistema responsable de esta explotación y opresión. Así, la juventud no volverá a ser materia prima de las clases dominantes, y seguirá buscando formas más efectivas de organización y acción política.

II

La decadencia de la nueva izquierda

Para 1972 la nueva izquierda ha desaparecido casi completamente de la escena política, ya sea como entidad organizada o como fuerza capaz de precipitar una crisis política por sí

misma. En 1968 la importancia política de la nueva izquierda fue tal, que cuando organizó las más grandes manifestaciones en Berlín (febrero), París (mayo), Chicago (agosto) o Londres (octubre), éstas llegaron a ser los mayores acontecimientos en la vida política de las naciones implicadas. Las actividades agitadoras de la oposición estudiantil jugaron un papel decisivo en el proceso que obligó al presidente Johnson, como al general De Gaulle, a abandonar el poder. Los estudiantes fueron también un factor, aunque no el primordial, en la derrota del gobierno de la gran coalición de Kiesinger en Alemania del Este, y del fracaso del gobierno laborista de Wilson en Inglaterra. Los estudiantes perturbaron con brusquedad el dócil consenso de la política burguesa en los países imperialistas, no obstante que a la larga sus logros fueron negativos como lo demostrara la naturaleza de los regímenes y administraciones que sucedieron a aquellos que los estudiantes ayudaron a derrocar. En todos los casos hubo una continuación de la política esencial y de las estructuras que intentaron destruir. Nixon reemplazó a Johnson y continuó con la agresión imperialista en contra de los pueblos del sudeste de Asia; Pompidou reemplazó a De Gaulle y fue, con mucho, un representante más resuelto y efectivo del gran capital francés. Por estas razones, no es sorprendente que en los años que siguieron a 1968, la nueva izquierda enfrentara su crisis y su decadencia.

Uno de los indicios de decadencia de la nueva izquierda fue la dispersión de sus núcleos organizativos más característicos. Así, en 1969 los Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS) de los Estados Unidos se disgregaron, y en Alemania el mismo grupo anunció su desaparición; en Inglaterra la RSSF se desintegró, y en Francia se desarticuló el Movimiento 22 de Mayo.

Aunque la desaparición de estas organizaciones no tenía por qué ser un signo de la decadencia de la política de la nueva izquierda, los grupos militantes habían sido demasiado permisivos y poco estructurados y habían carecido de una clara guía teórica.

Las organizaciones que inmediatamente les sucedieron intentaron desarrollar una política más estricta y coherente de la que prevaleció en el movimiento estudiantil original, algu-

nos estudiantes activistas empezaron a reagruparse en nuevos núcleos y pretendieron llevar la retórica política de la nueva izquierda a su conclusión lógica más extrema. Así, el grupo *Weathermen* en los Estados Unidos, afirmaba que la oposición a la guerra de Vietnam debía cambiar fundamentalmente su naturaleza: el lema debía cambiar de *traigan las tropas a casa* a *traigan la guerra a casa*. La guerra imperialista, decían, debe convertirse en una guerra civil en las calles de la madre patria imperialista. Si se objetaba que en los Estados Unidos no había una situación revolucionaria y que la masa de la población, incluyendo a la clase obrera, era hostil a la nueva izquierda, entonces la réplica consistía en que las acciones de la vanguardia podían crear las condiciones necesarias para una situación revolucionaria y que para servir al pueblo algunas veces era necesario combatirlo. Los del *Weathermen* insistían en que la guerra se había iniciado entre el imperialismo, de un lado, y los pueblos del Tercer Mundo, del otro, incluyéndose en este bando las minorías oprimidas de los Estados Unidos. En opinión de los militantes del *Weathermen*, los viejos movimientos pacifistas actuaban con mentalidad de perdedores porque sólo representaban a la golpeada conciencia del liberal blanco y no tenían intención de destruir a la estructura del poder, sino únicamente de expresar su protesta contra ella; por lo que al ser derrotados con honor, se retiraron de la batalla. Los *Weathermen* pensaban en forma distinta, porque sabían que cualquier cosa que les sucediera personalmente, estaban del lado del ganador, en una guerra que ya tenía lugar en aquel momento y que su privilegio especial consistía en traer la guerra a casa, donde debía llevarse a cabo. De aquí su violenta agitación durante los "días de la ira" en 1969, después de la cual trabajaron en la clandestinidad y se dedicaron a una campaña de sabotaje y destrucción contra el poder material de la clase dominante norteamericana. En el curso de 1970, el FBI informó que los grupos radicales habían hecho explotar cerca de 3 000 bombas en todo el territorio norteamericano y que los objetivos principales fueron los bancos, los establecimientos de investigación militar, las oficinas corporativas y los cuarteles de policía. Aunque los activistas del *Weathermen* no fueron responsables de todas las acciones,

ellas expresaban la política de este tipo de grupos, es decir: acción directa de nueva izquierda llevada a su conclusión lógica por una organización que había expulsado de sus filas a los débiles de corazón, y a aquellos para quienes la revolución no era su propia vida. Era tal la disciplina del *Weathermen*, que a la fecha sólo uno o dos de sus miembros han sido detenidos. La cultura juvenil proporcionó un medio ambiente perfecto en el cual pudieron desaparecer. Sin embargo, precisamente porque actuaban en la clandestinidad se separaron del resto del movimiento radical y de las masas. Cuando se organizaron las grandes manifestaciones contra la guerra de Cambodia, los *Weathermen* casi no participaron en ellas. Después de esto, las grandes movilizaciones masivas empezaron a decrecer. Hacia fines de 1970, el *Weatherbureau*, órgano directivo del *Weathermen*, anunció en su comunicado "New Morning" (Nueva Mañana), que había sido un acto de aventurerismo poner tanto énfasis en la lucha armada, acto que los había aislado. Sin embargo, siendo una banda de hombres fuera de la ley y perseguidos, tenían muy pocas posibilidades de trabajar abiertamente. Durante el año pasado se oyó hablar muy poco a los *Weathermen*, aunque en la actualidad hacen un llamamiento para el regreso a la política de coalición. Ni aun las grandes escaladas de la guerra en el sudeste de Asia, como los recientes bombardeos masivos a Vietnam, provocaron una respuesta militante del movimiento de la nueva izquierda. Este movimiento ya no manifiesta ni efectúa ocupaciones como las del final de los sesentas, y aun cuando llega a hacerlo ya nadie se percata de ello.

Al concentrar la potencia de la política de la nueva izquierda los *Weathermen* la quemaron, y las energías del movimiento que quedaban se consumieron en la última campaña desesperada.

En otros países capitalistas mayores, el modelo ha sido similar. En Francia, la *Gauche Proletarienne* (Izquierda Proletaria) anunció que había llegado el tiempo de la lucha civil. Francia era de nuevo un país ocupado, después de 1968, como después de 1940, y era el deber de todo mundo unirse a la nueva resistencia. Si bien Francia había sido ocupada por fascistas extranjeros durante la guerra, la ocupación actual la

llevaban a cabo los capitalistas franceses, pero la necesidad de resistir era la misma. Las eficientes fuerzas represivas del Estado francés inmediatamente empezaron a arrestar a los militantes claves de la G. P. y a desmembrar la organización. Se llevaron a cabo un cierto número de acciones espectaculares pero no las pudieron sostener. Pronto, la preocupación principal fue defender a aquellos que habían sido arrestados en lugar de ir a la ofensiva. En Italia la *Lotta Continua* (Lucha Continua), en Alemania la *Red Army Faction* (Facción del Ejército Rojo), en Inglaterra la *Angry Brigade* (Brigada Iracunda); todas estas organizaciones desarrollaron variantes del estilo *Weathermen/G.P.* que consistía en el asalto militar directo contra el orden existente. Aun ahí donde las acciones de la nueva izquierda tuvieron éxito, nadie se comprometió con ella, porque nunca lograron una revuelta espontánea de masas como la obtenida mediante las acciones de mayo de 1968. Más bien, las fuerzas que pudieron movilizar contra el Estado burgués fueron lamentablemente pequeñas; unos pocos cientos de militantes que no gastaban la mayor parte de su tiempo peleando contra el enemigo, sino sencillamente intentando sobrevivir evadiendo la represión.

El veloz surgimiento y la rápida decadencia de los grupúsculos de ultraizquierda fueron en parte una respuesta a la sensación de impotencia que la nueva izquierda experimentó después del levantamiento de 1968. Pero la situación no fue de retroceso y derrota en todas partes. Aunque el estilo político de la nueva izquierda enfrentó serios retrocesos en lo que concernía al movimiento estudiantil, hubo una marcada tendencia a que esta política se desarrollara en otras direcciones. Dentro del medio ambiente estudiantil, el énfasis que la nueva izquierda daba a la opresión que sufrían directamente los estudiantes produjo un movimiento militante de liberación femenina, que rápidamente se extendió de los círculos estudiantiles a otros estratos de la sociedad. Inspirado por la militancia femenina surgió un movimiento de liberación "gay", que peleaba contra la opresión hacia los homosexuales. Si bien el movimiento estudiantil hubo de replegarse a las universidades, en otros ambientes hubo nuevas y espectaculares revueltas de aquellos a quienes la sociedad capitalista había

pisoteado. En todo el mundo capitalista aumentaron los índices de la militancia de la clase obrera y aunque durante los sesentas el principal foco de la lucha fueron las universidades, para 1970 la lucha se trasladó a las escuelas, las prisiones, las fábricas. Además, así como la fuente principal de inspiración para los de la nueva izquierda fueron los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, así al final de la década de los sesentas y al principio de los setentas, la ola de revuelta estudiantil retrocedió de los países capitalistas avanzados a los países capitalistas atrasados. Tras aparecer en Europa y los Estados Unidos, la tormenta estudiantil se extendió a México, Pakistán, Filipinas, Argentina y Ceylán. Una investigación apropiada del significado de las rebeliones estudiantiles en estos países me alejaría del tema que estoy tratando, que consiste en el destino de la nueva izquierda en los países capitalistas avanzados; será suficiente decir que la imagen convencional de que los países capitalistas atrasados son la campiña del mundo es cada vez más inadecuada. Dentro de las ciudades del Tercer Mundo se aglomera una población oprimida y explotada por las corporaciones imperialistas, por los capitalistas nativos, por los empleados públicos corruptos y por toda la diversa gama de políticos neocoloniales. Tanto las universidades con sus miles de estudiantes para quienes no hay trabajos apropiados, como las masas de subempleados de los tugurios, las *favelas*, las *calampas* y las villas-miseria, expresan el retraso de las fuerzas de producción en estas tierras debido a la interrelación de las fuerzas del capitalismo nativo. No obstante las muchas diferencias importantes que hay entre los países capitalistas avanzados y atrasados, existe ahora una cierta zona intermedia donde las contradicciones de ambos se trasladan.

El desarrollo del subdesarrollo en el Tercer Mundo ha producido contradicciones sociales que tienen extraordinaria semejanza con las de los estados imperialistas. En estos casos, particularmente, la vieja izquierda ha fracasado en el intento de articular la frustración masiva que produce la explotación imperialista y la corrupción nativa.

Sin embargo, a pesar de que las acciones de la nueva izquierda parecen haber alimentado una corriente de revueltas

dentro y fuera de los países avanzados, esto no disminuye el hecho de que la nueva izquierda en gran medida se ha desintegrado.

La nueva izquierda de los sesentas fue como una piedra lanzada a una alberca con agua estancada y fétida. Se creó una gran salpicadura y sus olas continúan alterando la otrora plácida superficie; pero mientras tanto la roca se hundió hasta el fondo. El origen de la decadencia de la nueva izquierda, tras una tan breve existencia, debe buscarse en la inapropiada fórmula que ésta representó para la política revolucionaria. Su mérito consiste en haber situado el problema de la revolución nuevamente en la agenda, aunque esto se hizo sobre la base de una crítica muy parcial e incompleta de la vieja izquierda. De hecho, no obstante que la nueva izquierda nunca estructuró una teoría política general, no es difícil articular las corrientes más características de este pensamiento, para demostrar los supuestos sobre los que se apoyaba y para indicar las confusiones e incongruencias que produjo esta teoría semi-consciente.

La nueva izquierda evitó la formulación de una teoría bien estructurada al nivel de las ideas, porque la que empleaba a nivel operativo fue suficientemente clara en sus métodos de acción y de organización. Debe recordarse que la idea básica de la nueva izquierda fue construida sobre la base del rechazo a las organizaciones burocráticas de la vieja izquierda, y se prefirieron asociaciones flexibles organizadas en el trabajo local de los grupos que constituyeron su base. La meta de la nueva izquierda fue reemplazar el vacío concepto abstracto de la democracia liberal, por la práctica íntegra de la democracia participante, e intentó incorporar este fin a sus propias organizaciones. Sin embargo, tan pronto como la nueva izquierda se vio envuelta en la lucha auténtica contra el orden social prevaleciente, la práctica interna, en sus organizaciones, se apartó más y más de su teoría ultra-democrática. Ya fuera que el enfrentamiento tuviera lugar en una universidad o en una ciudad, o bien por la intervención en la arena política nacional, la necesidad del liderazgo político se acentuó. Desde luego que hubo intentos para determinar estas cuestiones en el curso de largas reuniones plenarias, en las cuales podían

estar presentes todos aquellos que tomaban parte en las acciones. Sin embargo, no todos podían tomar la palabra y quienes lo hacían no todos eran igualmente experimentados. Inevitablemente surgieron portavoces aunque no elegidos mediante un proceso formal y muy a menudo fue la prensa burguesa quien señaló a los portavoces radicales como líderes del movimiento. No obstante que hubo persistentes negativas en cuanto a la necesidad de líderes que experimentó el movimiento, unos cuantos individuos llegaron a ejercer una influencia desproporcionada; ellos fueron Rudi Dutschke, Daniel Cohn Bedit, Mark Rudd, Tarig Ali y otros. Los militantes comunes de la nueva izquierda no tenían medios para controlar a estos portavoces porque en realidad ellos no los habían elegido; pero después de todo, los líderes que surgieron en esta forma tan caprichosa no lo hicieron tan mal, ya que articulaban una auténtica orientación política para las masas estudiantiles y tomaron ciertas decisiones mínimas necesarias para enfrentar las situaciones en las que se encontró el movimiento. Sin embargo, hubo un resentimiento contra estas "estrellas" y una necesidad urgente de encontrar formas organizativas más coherentes y severas. En algunas de las organizaciones que sucedieron a los primeros grupos estudiantiles radicales, la ultra-democracia fue reemplazada por lo opuesto, es decir, por un liderazgo centralizado y arbitrario que dominaba y manipulaba a los miembros comunes. Cada vez más la prematura aversión a la teoría dio lugar a las más rígidas y doctrinarias versiones de la ortodoxia marxista-leninista. De este modo, las organizaciones como *Progressive Labour* (Trabajo Progresista), que ganara la mayoría en la convención del SDS norteamericano, en 1969, eran extremadamente jerárquicas, centralizadas y poseídas por una idea simplista del marxismo-leninismo. En una etapa posterior será necesario discutir la tendencia de los primeros militantes de la nueva izquierda e intentar redescubrir un marxismo y un leninismo más adecuados y más creativos; por el momento es suficiente hacer notar que la presión de las luchas que libró la nueva izquierda, originó el abandono de toda organización a nivel nacional y el retiro a pequeñas congregaciones locales, o la

adopción de grupos conspiradores y centralistas desprovistos de democracia y discusión teórica.

La insuficiencia de las formas organizativas características de la nueva izquierda en su primera época, se infiere también por la forma en que se relacionaron con los principales organismos de la vieja izquierda. Si se analiza el surgimiento de la nueva izquierda, es interesante hacer notar que ésta apareció primero en los países donde la vieja izquierda estaba más degenerada y ya no ofrecía ninguna oposición a la forma de sociedad establecida. Es decir, emergió en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania Occidental y después en Francia e Italia donde hay partidos comunistas de masas. Si bien la capitulación y la degeneración del reformismo fueron condiciones que dieron lugar al nacimiento de la nueva izquierda, los caracteres opositores residuales de la vieja izquierda hicieron posible las condiciones de las acciones más espectaculares de la nueva. De esta manera la existencia de grandes partidos comunistas en Italia y en Francia, en parte preservó, pero también deformó, las tradiciones de los obreros revolucionarios de esos países; por ello cuando estalló el movimiento estudiantil, éste fue capaz de encontrar una respuesta entre los obreros. Esta respuesta no fue producida por una agitación cuidadosamente preparada, sino que más bien fue la herencia de un pasado en el que el movimiento obrero fue militante y aun revolucionario. Los acontecimientos, sin embargo, habrían de mostrar los límites estrictos de la respuesta proletaria; aun cuando en Francia e Italia se produjeron ofensivas totales contra el capital, éstas fueron efectivamente controladas por los partidos comunistas y sus sindicatos, que nunca tuvieron intención de llevarlas a una conclusión revolucionaria.

Los grupos de la nueva izquierda que se beneficiaron de las fosilizadas tradiciones políticas que encarnaban los partidos comunistas, fueron incapaces de acabar con la influencia de la vieja izquierda cuando fue claro que los intereses de la revolución así lo demandaban. Un análisis similar con ciertas distinciones necesarias se puede aplicar al desarrollo de la lucha en Irlanda del Norte. Al principio un grupo estudiantil, inspirado en la nueva izquierda norteamericana, organizó la agitación a

favor de la población católica oprimida; a este grupo lo ayudaba un ala del movimiento republicano que había caído bajo la influencia de las ideas marxistas. Sin embargo, una vez que tuvieron lugar los grandes enfrentamientos de 1969, se dejó sentir la preeminencia del republicanismo de viejo estilo, confesional y sectario. Esto tuvo resultados ambiguos. De una parte, proporcionó al movimiento los considerables recursos organizativos y técnicos de un grupo nacionalista que había peleado muy duramente y durante mucho tiempo por su independencia nacional. Pero al mismo tiempo hubo que pagar un precio político por este extraordinario reforzamiento de poder, ya que las viejas tradiciones republicanas hubieron de aceptar la división religiosa de las masas obreras y campesinas en el norte del país. Este desarrollo ejemplifica la dependencia negativa que experimentó la nueva izquierda en Francia e Italia con respecto a las formaciones políticas de la vieja izquierda en ambas naciones.

Los retrocesos de 1968 persuadieron a muchos activistas de la nueva izquierda de que el medio para las confrontaciones nacionales era en todo caso inapropiado o prematuro. Ahora se ponía énfasis en la organización de pequeñas congregaciones locales que combatían las opresiones específicas que les eran cercanas. El lema se convirtió en "organízate alrededor de tu propia opresión", y al mismo tiempo se confiaba en las revueltas espontáneas de los oprimidos en contra de sus intolerables condiciones. Fue durante esta época que las tácticas de la nueva izquierda progresaron tanto entre las mujeres y otras minorías especialmente oprimidas. Pero a pesar de estos alentadores desarrollos existían serenos límites para esta forma de construir movimientos revolucionarios; límites que provienen de una teoría implícita muy errónea de las estructuras de opresión y de explotación en una sociedad capitalista.

Lo que podría llamarse la ideología del movimiento en nuestros días, es un sustituto que la nueva izquierda le ha buscado a una teoría desarrollada adecuadamente de las formaciones sociales que está tratando de destruir. Esta ideología plantea que la forma de organización más efectiva son los pequeños grupos de personas sujetas a una opresión común

que poseen una base íntima de confianza mutua. Un movimiento más amplio se puede edificar mediante la asociación de estos pequeños grupos con propósitos comunes, en vista de que la clase dirigente es también el enemigo común. Además se insiste en la confianza que se debe dar a la capacidad espontánea para rebelarse que tienen los diferentes sectores de oprimidos y explotados. Los dos problemas que esta forma de pensar elude son: la verdadera naturaleza del poder capitalista y la inmensa dificultad para proporcionar una perspectiva común a las fuerzas sociales oprimidas en diferentes formas por el mismo sistema.

La nueva izquierda elaboró un modelo de poder capitalista en el que dio gran importancia a la forma más directa de dominación, es decir, al autoritarismo de la burocracia ya sea en la universidad, la escuela, la oficina o la fábrica. Lo que olvidó fue el hecho de que la opresión y la explotación de las relaciones de producción capitalistas no están contenidas únicamente en las relaciones cotidianas. La explotación del obrero abarca muchos otros aspectos diferentes a la autoridad que ejerce su capataz. La extracción de la plusvalía requiere de un complejo mecanismo que el obrero no ve directamente; además, los propietarios y los principales beneficiarios de la explotación de los trabajadores en la corporación moderna están alejados del verdadero proceso de la extracción del trabajo no pagado a los obreros. La naturaleza sistemática del capitalismo requiere, por lo tanto, de una estrategia más compleja y perspicaz que la simple revuelta contra los representantes más visibles del orden capitalista.

Uno de los métodos por los que el capitalismo se mantiene consiste en enfrentar, unos contra otros, a los diferentes grupos de oprimidos y explotados. Así, en el mercado de trabajo se enfrentan obreros organizados contra obreros sin organización, mujeres contra hombres, blancos contra negros. El mercado de trabajo capitalista invariablemente dividirá a la clase obrera en contra de sí misma. Esta no es una astuta conspiración orientada por la clase dirigente, sino la consecuencia ineluctable de la competencia entre distintas categorías de obreros, en una sociedad donde la fuerza de trabajo se ha convertido en una mercancía. En términos puramente econó-

micos puede ser racional que un trabajador promueva aquellas distinciones que lo mantendrán en una posición privilegiada. En última instancia es más racional que los obreros expropien a los expropiadores, pero en las situaciones donde esta posibilidad parece remota, la racionalidad menor prevalecerá. El capitalismo cuenta con estos mecanismos defensivos no sólo dentro del mercado de trabajo sino dentro de toda la formación social. La nueva izquierda intentó disolver las verdaderas contradicciones (aunque éstas fuesen secundarias) existentes entre diversas categorías de oprimidos y explotados, mediante lemas tales como: "El poder al pueblo" que afirmaba en forma retórica la meta que perseguía. Por supuesto que hubo enfrentamientos entre las secciones de lo que se suponía debería ser un solo movimiento. La actitud de los negros hacia las mujeres, o de éstas hacia los obreros, producía fricciones que fueron inevitables pero también saludables, ya que choques de este tipo son educativos para los involucrados. Pero aun cuando las discrepancias más obvias fueron resueltas y trascendidas, la tarea de elaborar un programa y una estrategia que pudiera unir realmente a las masas contra sus opresores, permanecía sin ejecutarse; tal vez porque hacía pensar en la vieja izquierda y en sus fijaciones verbales. La nueva izquierda fracasó en el intento de examinar —o lo hizo hasta una etapa posterior— la posibilidad de que los partidos comunistas y los socialdemócratas, lejos de representar lo mejor del movimiento obrero, fueron más bien una degeneración extrema de tal movimiento. Por tanto, un programa revolucionario no hubiera sido una simple plataforma electoral como lo era para los partidos socialdemócratas, ni tampoco el mínimo denominador común de un frente popular como llegó a ser para los comunistas; sino un cuerpo de perspectivas y demandas concretas que unieron a las masas en su asalto contra el capital y contra el Estado.

"Pan, tierra, paz, control obrero", estos lemas que surgieron del programa bolchevique de 1917, sugerían la tarea unificadora que debe preceder a cualquier toma del poder por el pueblo. Es indudable que la formulación de un programa requiere de una organización donde el contenido del programa sea elaborado por quienes están más familiarizados con las

distintas condiciones en que se encuentran las masas. En los partidos revolucionarios de Rusia, China y Vietnam tuvo lugar este desarrollo programático. No hay razón para creer que los problemas a que se enfrentan los revolucionarios de hoy, en todo el mundo, requieran de menor esfuerzo del realizado por la revolución en estos países.

Otro problema que la nueva izquierda no pudo resolver adecuadamente fue el de la violencia revolucionaria. Muchas secciones de ella veían con claridad que no se podía llevar a cabo ningún avance social verdadero sin desafiar al monopolio de la violencia de la clase dirigente; pero la decisión de cómo y dónde desafiarlo con efectividad fue un asunto muy delicado.

Muchos de los fracasos en teoría, organización y práctica de los movimientos de nueva izquierda pueden ser ejemplificados por su poca habilidad para aceptar las condiciones de la clase obrera como un elemento fundamental de la alianza revolucionaria. Como hemos visto, la nueva izquierda surgió del medio estudiantil y rara vez hizo contacto con los trabajadores, de no ser mediante las organizaciones establecidas por la vieja izquierda.

A través de las agitaciones por los derechos civiles, por medio de la organización comunitaria y más reciente debido a la liberación femenina, el estudiante radicalizado o el movimiento ex-estudiantil hicieron contacto con grupos explotados en forma específica, que las organizaciones establecidas siempre habían rechazado. Sin embargo, con pocas excepciones, la nueva izquierda nunca pudo penetrar a la fábrica, a pesar de una cierta influencia indirecta de los obreros y no obstante la creciente militancia de los mismos en todo el mundo capitalista. La forma característica de organización en la nueva izquierda, o sea el pequeño grupo, no alentó a los estudiantes de clase media para que establecieran ligas con la clase obrera. El énfasis puesto por la nueva izquierda en la dominación burocrática y en el autoritarismo, no tuvo relación con la explotación económica de los trabajadores.

La afirmación ideológica de que el capitalismo produce espontáneamente las condiciones necesarias para su propio derrocamiento, chocó con la conciencia instintiva de los obre-

ros, quienes creían en la necesidad de una organización apropiada para enfrentar a un enemigo de clase altamente organizado por el Estado burgués y por los medios de comunicación capitalistas. Para la nueva izquierda la revolución era una revuelta contra la degradación y miseria de la sociedad capitalista; para los obreros, la revolución debe ser algo más positivo. Su actividad cotidiana les recuerda que ellos son la fuerza propulsora dentro de una empresa gigantesca de cooperación social. No obstante que el mercado de trabajo separa a los diferentes grupos de trabajadores unos de otros, el sistema productivo une y ensambla los elementos necesarios para una forma más alta de sociedad. En el núcleo de los viejos programas revolucionarios estaba la noción de que el papel creativo histórico de la clase obrera y su habilidad para encabezar las luchas de los oprimidos y explotados provienen de su posición como motor de las fuerzas de producción social. No debe pensarse que la nueva izquierda no tuviera conciencia de todo esto; más aún, sus militantes empezaron a romper, en forma individual, con sus formas de organización y su ideología precisamente cuando esta conciencia se desarrolló; al mismo tiempo comenzaron a darse cuenta de que la destrucción del capitalismo requiere de la organización consciente de los revolucionarios, quienes deben de organizarse alrededor de ideas políticas claras y de la concepción del singular potencial revolucionario de los obreros. Asimismo, estos militantes comprendieron que el capitalismo no produce las alianzas de los oprimidos necesarias para su derrocamiento, sino que es indispensable desarrollar un programa revolucionario que ayude a hacer posible todo esto, sobre la base de un análisis de clases científico, y no apoyarse en una simple retórica populista.

Otro problema que enfrentó la nueva izquierda, pero que no resolvió en forma adecuada, fue el de la violencia revolucionaria. La mayoría de las secciones de la nueva izquierda veían claramente que no se podía alcanzar un avance político auténtico sin desafiar el monopolio de la violencia de los Estados burgueses. Pero decidir cómo y cuándo romper este monopolio fue un asunto delicado.

Así, los activistas estuvieron condenados a enfrentarse des-

armados a los cuerpos represivos del Estado burgués; separados de las masas, fácilmente eran reducidos a la inacción por las fuerzas de la ley y el orden. El aceptar la separación que establece el Estado burgués entre la política por una parte y la fuerza por la otra, conduce al parlamentarismo o al aventurerismo. Es de notarse que algunos de los grupos implicados en el aventurerismo, tales como *Gauche Proletarienne* o *Black Panthers* (Panteras Negras), han ido de las armas a la urna electoral, de la pequeña banda de terroristas, al más amplio de los frentes populares.

Como en muchas otras cuestiones previas, la nueva izquierda parece haber actuado bajo la presunción de que la inventiva espontánea de las masas en la revuelta arrojaría las soluciones de problemas tales como la necesidad de intervención consciente de los revolucionarios ante la imposibilidad de que el desarrollo espontáneo del capitalismo generara las alianzas necesarias entre los oprimidos y los explotados. Es claro que el desarrollo de cualquier movimiento de masas genuino arroja todo tipo de soluciones que nunca se le hubiesen ocurrido a un grupo aislado de revolucionarios cuya orientación teórica fuera correcta, por más que ellos se apoyasen en los textos sagrados. Por ello Lenin siempre insistió en que los revolucionarios *deben aprender de las masas*. Sin embargo las lecciones que proporcionan las luchas masivas son muy diversas y debe haber un criterio que distinga aquellas tácticas que produzcan un avance genuino a la lucha, de las que sólo la retarden. Es interesante que las verdaderas lecciones de formación de los soviets por los obreros rusos no fueran tomadas de aquellos que exaltaban la espontaneidad de las masas, sino de Lenin y Trotsky que insistían en llevar a cabo un escrutinio crítico y científico de esta espontaneidad. Fueron ellos quienes se dieron cuenta de que los soviets eran el germen de un nuevo orden social; de la dictadura revolucionaria del proletariado. Además ésta fue la razón de que todo el proceso de la revolución de octubre se hiciera pasar a través de los soviets, ya que fueron estas instituciones las que les dieron el mandato popular para la organización del Ejército Rojo y para la toma del poder. Fue el comité militar revolucionario del Soviet de Petrogrado el que realizó las acciones de octubre, y no solamen-

te el Comité Central del Partido Bolchevique. Desde luego que fueron los bolcheviques la guía y el elemento animador de los soviets, pero ganaron esta posición de liderazgo mediante sus acciones y no porque se autonombraran la vanguardia obrera.

Muchos de los grupúsculos de la nueva izquierda actuaron como si pudieran haber sido ellos, y no las masas, quienes hicieran la revolución. No entendieron la necesidad de una división de funciones entre el partido revolucionario, por una parte, y la institución transitoria de poder popular, por la otra. Por supuesto, hubo mayores consecuencias de estas diferentes debilidades. Un movimiento revolucionario requiere de un partido revolucionario porque éste debe elaborar el programa revolucionario, base de la alianza de clases alrededor de la clase obrera. Dentro de un partido centralizado y democrático, los errores y los fracasos pueden ser evaluados correctamente y la teoría y la práctica pueden corregirse y clarificarse mutuamente. La nueva izquierda no fue capaz de desarrollar organizaciones autocríticas. El modelo común consistió en abandonar sin mayor dificultad, las tácticas o las organizaciones que fracasaban, con los consecuentes bandazos de un error a otro. Hubo muy poca acumulación de experiencias, a excepción de la época en que la nueva izquierda intentó transformarse estudiando la historia y las experiencias del movimiento obrero, y cesó de imaginar que podía inventar *ab novo* la estrategia y las tácticas indispensables para hacer la revolución, como lo pensó en los primeros días.

Se podrá observar que este movimiento, que se inició con un poderoso sentido de su propia novedad, ahora está descubriendo que la vieja izquierda que rechazó, en realidad escamoteó de su vista la antigua y genuina tradición de los obreros del ala izquierda. Las ideas de Lenin y Trotsky, de Gramsci y del joven Lukács son las que ahora fascinan a la juventud revolucionaria. Al mismo tiempo, desean integrarse a las luchas de la clase obrera y encontrar verdaderas formas de solidaridad con aquellos que pelean contra el imperialismo en el Tercer Mundo, o también quieren luchar contra la deformación burocrática del socialismo. Los intereses y las perspectivas de la juventud radicalizada de los Estados capitalistas

avanzados son totalmente distintos de los que dominaban a los jóvenes en los años que precedieron al surgimiento de la nueva izquierda. La tendencia de este desarrollo ha sido ciertamente desigual, porque si bien los retrocesos y las derrotas han producido el desarrollo político de algunos sectores del movimiento, también han traído como consecuencia la retirada de quienes se desilusionaron y desorientaron por la derrota, hacia caminos de salvación personal como el misticismo o las drogas. Pero siendo que en los cincuenta las traiciones de la socialdemocracia y del estalinismo lograron confinar la idea de la revolución proletaria a unos cuantos grupitos de propaganda, en la actualidad hay miles de jóvenes militantes buscando los medios de preparar la revolución socialista; que quieren organizar una revolución obrera *aquí y ahora*, sin esperar que surja un milagro socialista de la Unión Soviética, y sin esperar a que todas las ciudades sean sitiadas por la campaña del mundo. En una forma corregida, todo esto nos devuelve a una de las ideas originales de la nueva izquierda, es decir, a la idea, expresada brevemente por Guevara, de que el deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Dentro de los Estados imperialistas de nuestros días, esto quiere decir que se debe formular un programa revolucionario y una organización alrededor de la única clase que puede hacer la revolución, o sea la clase obrera, y que se debe rechazar todo fatalismo revolucionario que prometa una liberación extrema al proletariado de estas tierras.

LA CRISIS DEL MOVIMIENTO OBRERO OCCIDENTAL Y LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES *

Franz Marek

I

Influencia de la crisis del movimiento obrero en el movimiento estudiantil de Europa occidental

Las condiciones que privan en las universidades de Europa occidental nos permiten lanzar una mirada retrospectiva y también hacer un análisis de las formas que tomó el movimiento estudiantil en los años de 1967 a 1969, y que en nuestra opinión se debieron en gran parte a la crisis del movimiento obrero del occidente europeo. Hoy parecen muy alejadas las explosiones que estremecieron los viejos muros de las universidades. ¿Quién habla todavía de Rudi Dutschke, a cuyo llamado se convocaron diez mil estudiantes en la berlinesa *Kurfürstendamm*? La organización estudiantil SDS, que llevaba el sello de su carisma, ya no existe; innumerables grupos de estudiantes se desgastan en “organizaciones de cuadros”, que se combaten entre sí violentamente; y algunos tratan de demostrar su “entrismo” en las organizaciones obreras establecidas. ¿Quién canta hoy todavía en Francia la canción de los días de mayo de 1968? : “¿Cómo nos ha dicho Cohn-Bendit que se hace la revolución?” Cuando se producen movimientos estudiantiles de importancia —como hace poco en las facultades de medicina—, se trata de determinaciones selectivas de la reforma escolar, y sólo tienen carácter realmente de masas, y claramente político, las demostraciones de los alumnos de la primaria superior. Otro tanto puede decirse de Italia, donde por cierto el *movimento studentesco*, a diferencia de Alemania y Francia, demostró ser muy fuerte y resistente.

*Tradujo del alemán Félix Blanco.

Vemos ahí una confirmación del hecho de que la problemática del movimiento estudiantil sólo puede entenderse en relación con el movimiento obrero. Algunos de estos aspectos son los que vamos a ver aquí.

En el movimiento obrero no faltaron funcionarios expertos que en los años de las grandes luchas estudiantiles se cubrieron la cabeza como el vidente ciego Tiresias y predijeron con "atormentado saber" el fin de la gran tempestad, particularmente porque contradecía todo cuanto habían aprendido y enseñado; pero era visible que su experiencia y sus conocimientos no les bastaron para predecir la borrasca. Ciertamente hubieran podido leer en la introducción a la *Filosofía de la historia mundial* de Hegel, a quien en cierto modo tienen por uno de sus antepasados, cuán problemático es ese lugar común de que los pueblos aprenden con las experiencias de la historia. La experiencia y la historia enseñan, corrige Hegel, que los pueblos nunca han aprendido de la historia y nunca toman en consideración las enseñanzas que podrían sacar de ella. Cada época es según él un estado tan único, que se ha de decidir en sí y por sí.

En la corriente de los sucesos mundiales no vale ningún principio general, y un pálido recuerdo de condiciones semejantes del pasado no tiene poder en el huracán de la actualidad, ni fuerza, ni vivacidad, ni libertad. Hasta ahí Hegel. Pero aparte de eso, era precisamente la obligación del movimiento obrero, dado que las múltiples formas del movimiento estudiantil contradecían las ideas y tradiciones del movimiento obrero, y dado las múltiples formas de lucha, que podían parecer tácticamente discutibles, examinaban por sí mismas hasta qué punto podía ser en parte responsable la insuficiencia del movimiento obrero tradicional de muchas debilidades del movimiento estudiantil, hasta qué punto la breve vida, prevista y predicha del movimiento estudiantil, así como las formas y fórmulas que caracterizaron al movimiento en las universidades, estaban codeterminadas por un fenómeno que bien pudiéramos denominar la "crisis espiritual del movimiento obrero de Europa occidental".

En *Armies of the Night (Ejércitos de la noche)*, Norman

Mailer ha confrontado la imparcialidad del reportero con la izquierda tradicional y la nueva izquierda: el ritual de los mítines autorizados oficialmente, que han tomado el carácter de las procesiones por una parte, y la provocación deliberada para desenmascarar la tolerancia represiva por la otra; la rutina de la manifestación preparada hasta el último detalle por un comité central de la buena conciencia, por una parte, y frente a ella la explosión del "sistema ilustrador del *happening*"; el concepto programado sin transgresión revolucionaria, por los viejos, y la negación radical, dinámica de todas las reglas convencionales del juego, la visión de una revolución sin conceptos, por los jóvenes. Allí donde el artista captó el contraste debemos buscar las relaciones. Queremos tratar la cuestión de hasta qué punto las formas que adoptó el movimiento estudiantil en el occidente europeo en 1967-1969 estaban condicionadas por la crisis espiritual del movimiento obrero.

Suponemos conocidos los hechos sobre los que centenares de análisis del "periodo antiautoritario" del movimiento estudiantil se han puesto de acuerdo: que debe subrayarse la enorme diferencia con el periodo comprendido entre las dos guerras, en que las universidades fueron dominadas por todos los grupos estudiantiles reaccionarios, patrioterros y racistas; que esa mutación no debe atribuirse al cambio cuantitativo, porque el número de estudiantes se ha cuadruplicado, sino que el mismo cambio ha de entenderse dentro del marco de una modificación cualitativa, de un desplazamiento estructural de la población, que recibe formas aún más acentuadas de la revolución técnica y científica: el número de empleados, de trabajadores intelectuales y de técnicos dentro del "colectivo obrero" (Marx), aumenta desigualmente, y la categoría de los productores adquiere un nuevo rostro: la sociedad industrial capitalista por su parte tiene interés en la formación masiva de *asalariados de clase media (middle class salaries)*, pero no está en condiciones de emplear y honrar debidamente al egresado titulado; hoy es un lugar común decir que las antiguas ordenanzas universitarias no corresponden ya a las necesidades de la sociedad industrial desarrollada, mientras que las reformas tecnocráticas sólo sirven para añadir algún piso a las estructuras jerárquicas feudales que constituyen los

mecanismos autoritarios de manipulación de la tolerancia represiva de nuestra época; que la rebelión contra las estructuras jerárquicas universitarias se convirtió en una rebelión contra las estructuras de la sociedad, y que abrió válvulas a la profunda crisis ideológica en que se halla la sociedad del capitalismo contemporáneo. Esto, naturalmente, en un periodo en que el movimiento obrero de Europa occidental se hallaba asimismo en una crisis espiritual que inevitablemente debía colorar las formas y fórmulas del movimiento estudiantil.

Para esbozar de un modo resumido lo esencial de la crisis espiritual del movimiento obrero, podríamos decir que el evento más grande de la década de los cincuenta fue que la gran alternativa de la socialdemocracia, que resultó una variante del *establishment* capitalista, reveló su problemática por el hecho escueto de que una revolución socialista auténtica no garantiza todavía la evolución hacia el socialismo auténtico; que aquel "cambio radical de las relaciones" que declarara Marx esencia del socialismo en *La lucha de clases en Francia*, no se ha producido automáticamente a consecuencia de la pérdida de la propiedad privada capitalista en los medios de producción; que solamente se justifica el aplastamiento de la democracia parlamentaria burguesa cuando conduce a la institucionalización de una democracia directa de productores, a la realización del pensamiento de los consejos que prestó a la revolución rusa de 1917 su magna luminosidad; que de otro modo existe el peligro de que el poder se concentre y multiplique en manos de un pequeño estrato; que la fórmula de papel director del partido sea solamente una perífrasis del papel de la dirección del partido; que la declaración y aclaración de la razón de Estado, de lo que los jefes del Estado tenían por razonable, solamente era la posible quintaesencia del socialismo científico mientras un solo Estado hubiera realizado una revolución socialista; pero que se imponía plantear la cuestión del carácter de ese Estado y de otros en cuanto que, a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, se formaron más de una docena de Estados de ese tipo, con diferentes componentes nacionales, incluso con componentes de diferencias nacionales, en honda contradicción con todas las ideas del movimiento obrero revolucionario. De joven escribió

Marx que los llamados Estados cristianos no eran ninguna expresión estatal del cristianismo; y el movimiento obrero revolucionario se encontraba frente al hecho de que los llamados Estados socialistas no eran ninguna expresión estatal del socialismo.

El choque ideológico de los cincuenta condujo a los marxistas institucionales de Europa occidental a aquel Marx joven, autor de los *Manuscritos económicos y filosóficos*, y redescubierto su concepto de enajenación, no tardaron en transformarlo en el reconocimiento de que la supresión de la propiedad privada capitalista de los medios de producción no eliminaba todas las formas de enajenación, y sobre todo no constituía ninguna garantía de que no aparecerían nuevas formas de represión y de enajenación. El hecho de que los que conocían a Marx en el campo cristiano, valorizaran más o menos por la misma época el "humanismo" de Marx, ha contribuido a que el concepto de enajenación se transformara rápidamente en la gran palabra de moda de la "filosofía profesoral de los profesores de filosofía" (Schopenhauer), y a que además se facilitara el camino hacia un breve diálogo entre cristianos y marxistas.

No es casual que fuera Italia la cuna de ese diálogo. La explicación no está sólo en la extraordinaria figura de Juan XXIII, sino también en la circunstancia de que en Italia fue donde se dio aquella interpretación del socialismo científico por Gramsci, quien afirmaba los componentes activistas y humanistas frente a las variantes positivistas y mecanicistas. La variación de la atmósfera espiritual en el marxismo institucional de Europa occidental, que Louis Aragon calificó con cierta exageración de "renacimiento del marxismo", no imponía de ningún modo a sus protagonistas la obligación de entrar a machetazos en la maleza, porque encontraban claros ya abiertos por el marxismo existencialista en su crítica del "marxismo podrido" (Sartre), que podía explicar el pasado con toda precisión, pero de ningún modo lograría modificar la realidad actual en lo más mínimo. Gramsci, traducido al fin, dio respuesta a una serie de cuestiones que ni siquiera el marxismo existencialista podía resolver, porque operaba fuera del movimiento obrero. Vemos así una serie de momentos ideológicos

que formaban una parte de aquella capa de humus de los cincuenta y los sesenta sin la cual apenas sería imaginable el movimiento estudiantil.

Por lo menos es válido esto para los países latinos, Francia e Italia. La contribución alemana estuvo sobre todo relacionada con el enfrentamiento al burocratismo paternalista del movimiento obrero. Se había formado dentro del movimiento obrero revolucionario, apoyándose en la tesis leniniana de que la conciencia socialista habría de ser llevada al movimiento obrero desde fuera, ya que éste por sí solo únicamente podría formarse una conciencia sindicalista, y a partir de esa tesis se formó la legitimación de la infalibilidad, con la justificación de que se hablaba no solamente en nombre del partido sino de todos los trabajadores y aun de todo el pueblo. En su trilogía biográfica sobre Trotsky, Isaac Deutscher buscaba las huellas de la degeneración burocrática, las reediciones de un Trotsky redescubierto hicieron fructíferas las discusiones sobre la relación entre partido y trabajadores, vanguardia y masa, que fueron más allá de Trotsky, y dispersaron el mundo conceptual de la llamada oposición obrera de 1921, y finalmente —gracias en buena parte a las monografías de Lelio Basso y Peter Nettel—, se halló un terreno firme para una crítica a fondo del paternalismo burocrático en el mundo de las ideas de Rosa Luxemburgo. La polémica de ésta con el centralismo burocrático, su advertencia de que “las masas serían el coro operante, y la dirección los personajes parlantes, los intérpretes de la voluntad popular”, su saldo de cuentas con aquellos secretarios que no se conforman con ser los órganos del pueblo sino que “se autonoman representantes autorizados de la iniciativa y la dirección”, pero sobre todo sus conclusiones acerca de la revolución rusa de 1905, de que la proclamación de una huelga general o una huelga de masas no es cosa que deba decidir mecánicamente una directiva, que aprueba o prohíbe según le parece, como si fuera una navajita de bolsillo, que se tiene lista para cuando se necesite y se abre o cierra a voluntad; y eso debía inflamar a los jóvenes que tenían a los trabajadores y los partidos obreros por parte del orden establecido. Un movimiento como el de mayo de 1968

en Francia, las manifestaciones de los estudiantes alemanes en 1967-1969, las luchas en las universidades italianas en 1968-1969, anunciaban y demostraban efectivamente los pensamientos de Luxemburgo, de que Doña Historia se burla de las personas hechas con plantilla burocrática, porque para ella la lucha solamente es un producto de las organizaciones, mientras que el desarrollo dialéctico, a la inversa, saca nuevas formas de organización a manera de producto de la lucha.

Rosa Luxemburgo escribía estas palabras pensando en los soviets de la primera revolución rusa, órganos de una democracia directa de productores, surgidos espontáneamente en la lucha de masas, no previstos en ningún programa de partido ni predichos por ningún dirigente de partido. Aquellos soviets, con su significado original, fascinaban a una juventud rebelde que en la democracia de los consejos no veía sólo el rechazo del burocratismo paternalista, sino también la gran alternativa a la democracia parlamentaria burguesa.

Las ideas de Luxemburgo (por lo menos tal y como las recibimos) se hallan aquí, no precisamente en la tarea de analizar los distintos factores o de valorarlos incluso, sino para esbozar únicamente cómo las veían los rebeldes universitarios, cómo las elaboraron y presentaron —con consignas y razonamientos de Bakunin, a quien el movimiento estudiantil (por lo menos en su primera etapa) procuró un sorprendente renacimiento, uniendo las banderas rojas con las negras del anarquismo, recordando el dicho de Lenin de que el anarquismo suele ser el pago por los pecados del movimiento obrero. En el comunismo libertario de un Cohn-Bendit, sistematizado en los trabajos de Daniel Guérin, los soviets de las revoluciones de 1905 y 1917 eran apreciados como aquella “organización espontánea” (Bakunin), aquel “poder antipolítico” (Bakunin) que habían realizado “la libre organización de las masas trabajadoras de abajo hacia arriba” (Bakunin), al contrario del socialismo de Estado, el “régimen de cuartel” y la dictadura del proletariado. “Todo el poder para los consejos”, gritaban los estudiantes en las manifestaciones, en su enfrentamiento no sólo al aparato del movimiento obrero, sino también a una democracia representativa cuya libertad de opinión, para buena parte de la población, significa la li-

bertad de opinar lo que las fábricas de opinión les entregan a domicilio, listo para su uso, cuya libertad de asociación se reduce a dejarse integrar en uno de los aparatos institucionales, y cuya libertad de elección se limita frecuentemente a la participación en un concurso de belleza, donde no se decide entre programas sino entre *caras*. . . y por precaución no decimos *cabezas*. Y en el “otoño duro” de 1960 en Italia, el *movimento studentesco* halló configurado el pensamiento de la democracia de los consejos, en aquellas formas de democracia directa de los productores que en las empresas en lucha hizo volar las fronteras de las organizaciones políticas y sindicales establecidas, y en la *assemblea operaia* preparó decisiones sociopolíticas por encima de las tradicionales reivindicaciones cuantitativas, bajo el control directo de los obreros.

De la marcada valoración de la espontaneidad pueden sacarse, naturalmente, diversas conclusiones: la rebelión contra las andaderas de los aparatos pueden acabar por convertirse en la negación de toda forma de organización; el rechazo del sistema de dirección autoritaria puede conducir a la negación de toda forma de dirección y coordinación, lo cual nos explica también que el movimiento francés “22 de marzo”, después de bajar la marea de las luchas, se esfumara como una nubecilla, y que el SDS alemán pudiera anunciar su autodisolución el 22 de marzo de 1969. La valoración de la espontaneidad puede empero conducir también a una reedición de aquella interpretación mecanicista del marxismo, que ahogó la decisión de la voluntad en la legalidad objetiva. En cierto modo puede también decirse (y hablamos sobre todo de la recepción en el estudiantado) de muchas tesis del estructuralismo francés, que en la exposición del pensamiento ideológico de diversos estratos arqueológicos, se adjuntaba siempre en *epistémé* que aparece y desaparece no como producto de un desarrollo continuo sino por mutación. Althusser transmitió este modo de ver al desarrollo espiritual de Marx, a la distinción entre el joven Marx humanista, todavía no enteramente libre de la filosofía idealista, y el creador de una ciencia nueva, de una nueva red conceptual que, como toda ciencia, sería ahumanista y aun antihumanista; el socialismo sería un concepto científico y el humanismo uno ideológico, que no tendrían

relación con el conocimiento sino con la forma de comportamiento. En este sistema también desaparece la decisión de la voluntad, se ablanda (como dijo Sartre) la película de la linterna mágica que sólo conoce estructuras mentales, no anticipos ni desarrollos; se reproduce —ciertamente con otros indicios y otras premisas espirituales—, aquella “ley de bronce de la historia”, que se alimentaba otrora del perfume, marcado por el marxismo vulgar, del movimiento obrero en ascenso. Impregnado de pesimismo, como él caracteriza la crisis espiritual del movimiento obrero revolucionario en Europa occidental, de una resignación allí muy extendida, pero también de la necesidad de volver a hallar suelo firme donde asentar los pies, y descubrir en alguna parte, dentro del marco de las estructuras mentales obligatorias, posibilidades de identificación que fueron cubiertas por el desmoronamiento moral de los años cincuenta. El papel concreto del modelo estructuralista en las universidades se patentizó en mayo de 1968, cuando los estudiantes escribieron en las pizarras: “Las estructuras no están en la calle” (*Les structures ne sont pas dans la rue*). Era visible que el estructuralismo no correspondía a la estructura mental de una juventud que levantaba barricadas.

A todo esto se producía aquella penetración espiritual que dio al movimiento obrero su perfil propio en el momento culminante, y que no en balde se ha llamado tercermundismo (*tiersmondismus*). La lucha del pueblo vietnamés fue principalmente la que realizó esa penetración, destruyó todas las mallas del pesimismo impotente y condujo a aquel accionismo que entre 1967 y 1969 predominó en las universidades alemanas, francesas, italianas, belgas y (más débilmente) escandinavas. No fue casualidad el que por ejemplo en la República Federal Alemana se inflamara el movimiento cuando, con ocasión de una manifestación contra la visita del *shah* de Persia, cayó un estudiante víctima de un balazo de la policía. Ese tercermundismo no era solamente una reacción contra el eurocentrismo que dominaba en el movimiento obrero tradicional, y que medía los problemas y fenómenos de los “continentes olvidados” con las escalas y los criterios de Europa occidental; no era solamente confesión de solidaridad con los

estallidos que producían en esos países las energías acumuladas durante siglos, y que ahora les procuraban espacio y aire, no se inspiraba solamente en tesis como las de los economistas norteamericanos Baran y Sweezy, el filósofo norteamericano Marcuse, y que han hallado su expresión más fuerte en la línea general de los comunistas chinos, a saber: que las conmociones revolucionarias de nuestra época deben partir del Tercer Mundo, y que la revolución en los países desarrollados solamente debe esperarse a consecuencia de ese trastorno y sacudimiento, como una repercusión suya; tenía además el convencimiento de que las formas de combate allí ideadas eran perfectamente aplicables a Europa occidental, incluso la solución del Che Guevara (*otros dos o tres Vietnames*). El activismo iba sobre todo dirigido contra la inmovilidad que tan honda impronta había marcado en la estrategia y la táctica del movimiento obrero establecido, con sus iniciativas debidamente autorizadas por el poder —como lo describe Norman Mailer en la obra citada—, su táctica del “siguiente paso” exactamente calculado, que con demasiada frecuencia apenas alcanzaba a moverse del punto donde se estaba. Ese activismo permitió, por ejemplo, en Alemania, donde durante muchos años habían pasado los conceptos y pensamientos de Marx por el filtro de la escuela crítica de Frankfurt, la separación de aquella “dialéctica negativa” de que la teoría revolucionaria no hallaba ya a quién dirigirse, “que la práctica en cuestión está desplazada”, que la realidad actual es impenetrable “a la teoría, aun a la que hasta ahora fuera la mejor”, configurando y justificando el mero “contentamiento mental” (Adorno).

Expresión más significativa y precisa del tercermundismo fue el guevarismo, la veneración sin límites que sentían las masas estudiantiles en lucha por la fascinante personalidad en que veían hecha realidad la unidad de palabra y acción, teoría y práctica, principios y conducta, que en el movimiento obrero tradicional echaban de menos y consideraban perdida y olvidada desde hacía mucho. La teoría del foco (*focolaio*), que les transmitió Régis Debray, subraya la enorme importancia de la iniciativa estudiantil con el desencadenamiento de la lucha armada, independientemente de los partidos o de un

frente político, las formas tradicionales de la labor de masas, de la organización de masas, de la agitación de masas, con sus periódicos, conferencias y delegaciones acostumbrados, cruelmente irónicos. Decretaba aquella teoría que la juventud era revolucionaria por vocación y subrayaba la conexión entre “biología e ideología”, exponía la unidad de firmeza moral y física en la práctica del Che, y respondía al gran problema de la relación entre el factor subjetivo y objetivo, entre madurez revolucionaria subjetiva y objetiva; entre conciencia revolucionaria, organización revolucionaria y actualidad de la revolución, con la tesis de que no eran la organización revolucionaria ni la conciencia revolucionaria condiciones previas de la acción armada, sino al contrario, su consecuencia. Retrospectivamente está más que justificado preguntarse si en el movimiento estudiantil no se anunciaba ya, con el guevarismo, cierto desprendimiento de la ideología antiautoritaria, porque ciertamente entonces, como antes, y más que nunca, se rechazaba la autoridad del democratismo paternalista en el movimiento obrero, pero se manifestaba cierto entusiasmo romántico por una disciplina de tipo militar, y al contrario de la práctica propia, por discusiones y deliberaciones que duraban noches enteras, se aceptaban las seducciones de una democracia “sin vaivenes políticos, sin interminables deliberaciones” (Debray).

Esa amalgama sui géneris de antiautoritarismo y disposición a someterse a una autoridad carismática, todavía se halla más marcada en la resonancia que tuvo en el movimiento estudiantil la revolución cultural china, cuyas opciones eran las que más duradera influencia tenían en el tercermundismo. La sentencia: “la rebelión está justificada”, el torrente de millones de jóvenes contra las estructuras jerárquicas y consolidadas de los mandarinatos del Estado y del partido, los millares y millares de *tatsebaos* en que los jóvenes, y entre ellos muchos estudiantes, podrían criticar libre y despiadadamente, y el hecho también de que aquel torrente saliera de una universidad, todo debía despertar entusiasmo en un movimiento que al nacer llevaba el sello de la lucha contra las autoridades establecidas. Pero al mismo tiempo se manifestaba la necesidad de identificación con la grandeza incontestada; con la

infalibilidad carismática más bien satisfecha; con el hecho de que la revolución cultural china —muy al contrario que el guevarismo— había destrozado el elitismo intelectual y abordado de un modo nuevo el problema de las relaciones entre intelectuales y obreros, que en la ulterior crisis del movimiento estudiantil hizo a los mismos protagonistas del periodo antiautoritario efectuar giros de 180°.

Por contradictorias que fueran las formas que el tercermundismo adoptó en los diferentes países, y en las diferentes fases del movimiento estudiantil, es indiscutiblemente parte del meollo de la ideología de dicho movimiento, y explica en buena parte ese sorprendente fenómeno, el que en 1968 en la República Socialista Soviética Checoslovaca se produjera en la “primavera de Praga” y su final, de que hubiera debido esperarse una gran atraktividad; pero como se trataba de problemas de un país industrialmente desarrollado y ofrecía posibilidades de modelo para revoluciones europeas occidentales, no provocó mucho interés en el movimiento estudiantil rebelde, e incluso en sus filas se transmitía la alergia a la democracia parlamentaria burguesa a un evento que, creemos, iba mucho más allá.

El tercermundismo se nutrió de una idea que había ido de los Estados Unidos a Europa, y a ello se debe que el protagonista tradicional de la revolución, el proletariado, haya perdido su función en el capitalismo moderno, porque, en razón del desarrollo técnico y de los mecanismos de manipulación en el Estado de prosperidad, se ha integrado cabalmente en la sociedad industrial contemporánea, de modo que el movimiento obrero —como escribió el multicitado Mailer— es como un campo de fútbol donde los jugadores profesionales se arrancan la pelota unos a otros. Marcuse fue sin duda, durante dos o tres años, el contemporáneo más leído en el movimiento estudiantil de Europa occidental; sus fórmulas de la “tolerancia represiva” y del “gran rechazo” de todas las instituciones y todos los planes de reforma, justificaban una actitud de *boycot*; esto prestó a la impugnación estudiantil, en el miembro ascendente del movimiento, empuje y homogeneidad, mas pasado el punto culminante lo condujo a la inmovilidad y, me parece, más bien ha agudizado la crisis del movi-

miento. Pero en realidad, el complejo de integración que a cada reforma y cada acción constructiva, por ofensiva que sea, atribuye un carácter inmanente de sistema, va a parar a un ausentismo y una actitud de espera que al contrario del dicho de Péguy, queda en un lugar donde solamente están limpias las manos que nada tocan. El activismo febril no podía a la larga mantener aquel ritmo arrebatado, y hubo de volver en sí cuando las necesarias reflexiones sobre la relación entre reforma y revolución en el complejo de concentración se integraron.

“América, tú estás mejor que nuestro continente, el antiguo, porque no tienes castillos en ruinas”, dijo el poeta Goethe; pero muchas soluciones nacidas de la situación especial de los Estados Unidos no podían trasplantarse sin más ni más a países donde —a diferencia de los Estados Unidos— había un movimiento obrero con abundante tradición de lucha, de ideología y de terminología, que todavía operan hoy en día, en plena crisis espiritual del movimiento obrero. Los estudiantes buscaron a los *outsiders* y *outcasts* que debían servirles de orientación en ciertas ramas de la industria cuya existencia se ve amenazada por la evolución tecnológica: los trabajadores del carbón, por ejemplo. Hallaron sus “negros” en los “obreros huéspedes” de Africa, de Italia, de España, de Portugal, de Turquía; son un estrato que en Europa occidental ha dejado hace tiempo de constituir un fenómeno marginal del proletariado y que en muchos “oficios especiales” han tomado posiciones más o menos estables.

Pero el mayo francés de 1968, y aún más el “otoño duro” de 1969 en Italia, señalaron la gran potencialidad que todavía tiene el movimiento obrero, aunque están sin aplicación a causa de la crisis misma del movimiento obrero.

Hemos tratado de esbozar cómo esta crisis ha codeterminado en gran medida las formas y el mundo conceptual del movimiento estudiantil. Explica esa crisis por qué el activismo perdió ímpetu; por qué la ideología antiautoritaria se estrelló contra sus propias contradicciones, y después de un verdadero derrumbamiento se inició aquel movimiento oscilatorio que muchas veces reprodujo —aunque en proporciones mucho menores— las deformaciones que se habían lanzado a supe-

rar y a impedir el movimiento estudiantil, y a cuya superación ha contribuido esencialmente con nuevas formas de combate y nuevas reflexiones. Pero sin tener bien cubiertas las espaldas, el movimiento debía caer en la crisis que en la actualidad lo condena a ser casi totalmente insignificante (exceptuando hasta cierto punto a Italia). Y esa misma excepción apunta a la ligazón existente entre los problemas del movimiento obrero y los del movimiento estudiantil.

II

¿Cuáles son las aportaciones del movimiento estudiantil y del obrero?

Hemos señalado ya en el capítulo anterior el fenómeno característico de que inmediatamente después de la culminación del gran movimiento universitario de Europa occidental, se produjera el colapso, que atribuimos principalmente a que éste no tuvo apoyo del movimiento obrero, o lo tuvo pero insuficiente. Sin duda aceleró el colapso el hecho de que, a pesar del importante dicho de Rudi Dutschke de la “larga marcha a través de las instituciones”, en breve se produjeran grandes trastornos que necesariamente habían de agobiar al activismo. Después de cierta fase de inseguridad, caracterizada por una oscilación entre las ideas de guerrilla citadina de la élite, y un obrerismo que tomaba su vocabulario del contexto totalmente diferente del pasado, hubo un período de confusión que todavía dura y que presenta movimientos oscilatorios propios. Los antiautoritarios de ayer se transformaron en apasionados defensores de la rígida organización de los cuadros; los espontaneístas que citaban a Luxemburgo, en reconocedores de la disciplina militar que rechazaban cualquier objeción fundada en sus ideas de ayer, como seudorrevolucionarismo pequeñoburgués; las personas y los grupos que han conquistado gran popularidad en las escuelas superiores piden la estancia obligatoria en las empresas a manera de pasantía para estudiar, cual nuevos *narodniks*, cuán movilizable es el proletariado, y buscar los puntos de partida para la formación de un nuevo partido obrero revolucionario. El gran movi-

miento se escindió en una multitud de grupúsculos que se combatían unos a otros, se desenmascaraban, se descalificaban mutuamente, se multiplicaban mediante nuevas escisiones en que cada nuevo grupo se consideraba el núcleo de la revolución futura. Muchos se alistaban en las filas de los partidos obreros establecidos, con la convicción de que de este modo lograrían con los obreros la unión que en los institutos de enseñanza superior no podía tener el gran movimiento, fatigado de las largas discusiones calificadas de “proceso de aprendizaje”, de grupos cada vez más pequeños. Muchos —que por ironía recibieron el nombre de “revolucionarios de escritorio”— recomiendan la necesidad de serios análisis e investigaciones, a menudo con cierta resignación en vista de la ausencia de perspectivas más claras.

Dada esa evolución, que como ya dijimos requiere ciertas limitaciones y retoques para Italia, podemos preguntarnos si las explosiones y confrontaciones de hace dos o tres años tuvieron algún resultado; si en alguna parte y de algún modo han ejercido una acción duradera. Estamos convencidos de que así ha sido en efecto, y no solamente en las universidades y politécnicos, y en el sistema educacional, donde la urgencia de una reforma fue puesta en el orden del día definitivamente por ese movimiento; los gobiernos, parlamentos y partidos se vieron obligados a presentar reformas del régimen escolar, naturalmente recortadas con mucha preocupación, pero donde no dejaban de hallarse fórmulas y formulaciones del movimiento estudiantil. El mismo De Gaulle hubo de hablar, bajo la presión de mayo del 68, de las arcaicas estructuras de las universidades que ya no correspondían a nuestra época. Pero aparte de esta problemática de la educación, que no es el verdadero objeto de nuestro razonamiento, el movimiento estudiantil ha planteado en público (y en buena parte mediante la destrucción de tabúes), problemas, objetivos y soluciones, y ha popularizado consignas; y todo esto ha influido en la atmósfera espiritual y política del país. Muchas cosas que antes parecían perfectamente naturales, se volvieron imposibles. Cuando, por ejemplo, visitantes extranjeros declaran, como lo hacen con frecuencia, que en ningún país de Europa occidental ha variado tanto la atmósfera espiritual respecto

del periodo entre las dos guerras como en la República Federal Alemana, yo estoy convencido de que no es éste uno de los menores méritos del movimiento estudiantil. Para nosotros, que estamos ocupándonos aquí de la relación del movimiento estudiantil con el movimiento obrero, parece imponerse la afirmación de que el gran movimiento universitario ha ejercido considerable influencia en el movimiento obrero; llevando a discusión nuevos complejos de cuestiones, ha abierto nuevos ángulos visuales al movimiento obrero, ha renovado consideraciones olvidadas y en muchos respectos ha inducido un renacimiento incluso en las orientaciones revolucionarias. No sería extraño que algún historiador futuro diga alguna vez que el movimiento universitario europeo de 1967-1969, contribuyó decisivamente a superar la coincidencia de las crisis espirituales de la burguesía y del movimiento obrero.

Hemos dicho ya hasta qué punto ha dejado su impronta en el movimiento estudiantil el tercermundismo —desencadenado por la lucha del pueblo vietnamés—, que halló su más vigorosa expresión en el guevarismo y en la resonancia de la revolución cultural china. Piénsese lo que se quiera de esa orientación, que ciertamente no estaba exenta de contradicciones, me parece incontestable que tenga el mérito de haber provocado hasta cierto punto un nuevo modo de pensar, incluso en algunas partes del movimiento obrero institucional. Dominaba en éstas, en realidad, aquel eurocentrismo que juzgaba y aun condenaba todas las cuestiones y problemas del Tercer Mundo, con criterios y escalas de valores formados en los países de industria desarrollada, de manera que recordaba un poco a Colón, cuando veía en la flora y la fauna del nuevo mundo la confirmación de los mitos de la antigüedad grecorromana. En una suerte de reedición de aquella teoría de las etapas o periodos que en el movimiento obrero desempeñó tan gran papel, y que divide la evolución histórica en periodos rigurosamente separados unos de otros, de modo que resultaba muy fácil rechazar como “prematuros” las explosiones revolucionarias; y de haberse impuesto en el movimiento obrero que se creía progresista la caritativa opinión que consideraba seriamente que una cuestión fundamental de la huma-

nidad podía resolverse de modo que los países más adelantados entre los subdesarrollados de la actualidad, podrían alcanzar en doscientos o trescientos años el nivel de los menos desarrollados de los países adelantados actuales; y de ser posible, con continuas muestras de agradecimiento respecto de ayuda para el desarrollo de los países industrializados, que es ayuda sobre todo para el desarrollo de las ganancias de esos Estados, cuyos dignatarios simulan no comprender bien cuando los favorecidos, a los que se colma también de importantes enseñanzas, ven en la toga del sabio solamente el buen abrigo del saciado. Principios elementales, naturalmente en los “continentes olvidados”, fueron transmitidos al respecto por el movimiento universitario al obrero; con su visión del carácter urgente de toda la problemática, volaron en pedazos las estructuras mentales solidificadas, y las impetuosas acciones y provocaciones despertaron violentamente y sirvieron de ejemplo.

Otro tanto puede decirse del mundo de ideas de la democracia directa: la democracia de los consejos, en conflicto con el burocratismo paternalista, y el reconocimiento de que el burocratismo estatal no es ninguna alternativa atractiva a la democracia parlamentaria, fue otra idea redescubierta y lanzada a la discusión dentro del movimiento obrero. La reedición de libros hacía tiempo olvidados y agotados de Trotski, Rosa Luxemburgo, Pannekoek, Korsch, y la traducción de Gramsci, desconocido fuera de Italia, señalaron la apertura de una ventana desde donde podía echarse la mirada sobre el pensamiento original de los consejos. Ciertamente, el movimiento de ocupación de empresas en mayo de 1968 en Francia, la formación de los comités de base del personal de las fábricas en el “otoño duro” de 1969 en Italia, las “huelgas locas” de 1969 en Bélgica y Alemania, etcétera, tienen en definitiva más importancia que el movimiento en las universidades para las disputas en el movimiento obrero, para la búsqueda de una salida a la crisis espiritual del movimiento obrero y para la elaboración del mundo de ideas de la democracia directa. Pero sin duda el movimiento universitario fecundó esos eventos, como por ejemplo con el pensamiento de la organización autónoma: de la iniciativa de la base, que

deben su creciente resonancia en gran parte a la enseñanza intuitiva del movimiento estudiantil, que no sólo tomó formas concretas y aun eficaces en las universidades entre los grupos de base y de proyección, sino también en los innumerables comités de ciudadanos y grupos de emancipación, donde los estudiantes con frecuencia desempeñaron un papel muy activo, que sin el movimiento universitario de 1967-1969 hubiera sido inimaginable; por lo demás, esto se aplica también a los nuevos movimientos de liberación de la mujer. En los Estados de Europa occidental —y también en Alemania, otrora tristemente famosa por el limitado entendimiento de sus súbditos— se han formado grupos de iniciativa, independientes, libres del control de las organizaciones e instituciones establecidas, órganos vivos de democracia directa, que luchan contra la polución, por el derecho a la vivienda, por una sanidad y salubridad democrática. . . , aparte de las cuestiones escolares, que hemos excluido deliberadamente de nuestro razonamiento, y que han contribuido más al desarrollo de una actividad creadora que todas las discusiones acerca de la enajenación; más a la propagación de una democracia viva que todos los debates sobre la debilitación de la democracia, y más a conjurar el peligro de que se integren los afanes de reforma que todas las discusiones sobre la integración de la “tolerancia represiva”.

Las ideas que los estudiantes en lucha han desarrollado, y la lucha misma principalmente, deben también considerarse importante contribución al tratamiento de los problemas que ocupan al movimiento obrero desde hace ya más de un siglo, y que están estrechísimamente ligados con el complejo de cuestiones de la democracia directa: la relación entre vanguardia y masa, entre partido y obreros, entre organización y movimiento. En 1967, 1968 y 1969 se produjeron grandes combates de masas que en esa forma, con esa meta y con ese ímpetu, no habían sido previstos ni predichos por los partidos obreros establecidos, y una de las principales razones de ello fue que en lo esencial estaban convencidos de que los movimientos no planeados centralmente están destinados al fracaso y no pueden ejercer acción duradera. Y las experiencias de 1968-1969 mostraron ciertamente que los movi-

mientos de gran envergadura no pueden renunciar a la síntesis, la coordinación y la generalización teórica, pero un estudio serio de aquellos acontecimientos y aquellos años no podría confirmar la conocida fórmula de Lenin de que los trabajadores por sí solos únicamente pueden tener una conciencia sindicalista de *trade union*. Las acciones simbólicas y aun la rebelión impetuosa no significan todavía la revolución, o sea la modificación efectiva de la estructura social, pero esto es válido también y principalmente para las manifestaciones de muy variados tipos planeadas por los aparatos centrales. El reconocimiento de una honda y compleja dialéctica entre organización y masa es necesario, pero en todo caso mucho más complicado, como se expresa en la conocida imagen de la correa de transmisión, que comunica un solo motor con diversos rodajes. . . imagen ya muy anacrónica dado el adelanto tecnológico actual. Precisamente las experiencias del movimiento obrero revolucionario, que con demasiada frecuencia ha perdido el control de sus funcionarios y ha quedado bajo el control de éstos, han renovado la validez del conocido dicho de Rosa Luxemburgo de que los errores que comete un movimiento en verdad revolucionario históricamente, no son iguales sino más fructíferos que la infalibilidad del mejor comité central que pueda imaginarse.

Así como los soviets fueron creados por las masas en el movimiento de masas de 1905, sin que los hubiera previsto ningún programa del partido, ningún dirigente, ni siquiera Lenin, así en 1871 la democracia parlamentaria representativa de la Comuna de París fue dejada atrás por la democracia directa de los productores, que puso la burocracia y el poder ejecutivo bajo el control directo de los productores, sin que “la forma finalmente descubierta del gobierno obrero” (Marx) fuera concebida por Marx y Engels, pero se nutrió sobre todo del folklore de las secciones de la revolución de 1789. En ambos casos, 1905 y 1871, la genialidad de los teóricos, en 1871 aún más claramente que en 1905, consistió en haber reconocido su importancia histórica, la importancia histórica de las formas de organización surgidas espontáneamente, cuando ya eran un hecho. También me parece un resultado del movimiento estudiantil el haber contribuido a que

para el centenario de la Comuna de París, el breve periodo de aquellos “titanes” (Marx) fuera símbolo de investigaciones serias y meditaciones, que más que antes se orientaron a profundizar en la opinión de que los trabajadores victoriosos, si no querían perder el poder recién conquistado, debían protegerse de sus propios funcionarios y representantes declarándolos revocables en cualquier momento y concediéndoles solamente el salario devengado por su función pública. De hecho, la historia ha demostrado —y ese reconocimiento fue una de las fuentes del movimiento estudiantil— que cuando estas medidas de seguridad revolucionarias no tienen éxito, hay el peligro de que el control del pueblo sobre burocracia y poder ejecutivo, sea reemplazado por el control del poder ejecutivo y la burocracia sobre el pueblo, de que el poder de decisión se multiplique en la cima del Estado y del partido dirigente, de que aparezcan nuevas formas de enajenamiento y represión y que el dicho de Marx acerca de que no puede mantenerse el poder político de los productores junto a su sujeción social —conclusión sacada de la Comuna de París— cobre nueva validez. Marx calificó a la Comuna de “gobierno autónomo de los productores”, y esa significativa opción de la Comuna parisiense en los años transcurridos fue redescubierta, en buena parte gracias a las ideas y las formas de lucha del movimiento estudiantil. . . , después de haber permanecido enterrada decenios enteros en las conmemoraciones convencionales de los marxistas institucionales.

De los complejos de cuestiones indicadas —y eso es natural en un movimiento de intelectuales—, las cuestiones del lugar que tienen los intelectuales en el movimiento obrero, de las relaciones entre los intelectuales y los obreros, que no dejan de plantearse en la historia del movimiento obrero, han sido enriquecidas por el movimiento estudiantil de los últimos años con nuevos puntos de vista. En el movimiento obrero revolucionario se había ido imponiendo en los últimos decenios la siguiente idea: los intelectuales, en su mayoría hijos de la burguesía, dieron al movimiento obrero en sus primeros tiempos la conciencia socialista (cuando Lenin habla en *¿Qué hacer?* de los revolucionarios profesionales, se trata en su mayor parte de intelectuales, y entre ellos muchos estudian-

tes), y esa unión del saber y el movimiento obrero creó el movimiento obrero moderno; desde el momento de esa unión deben considerarse los intelectuales un estrato intermedio, estrechamente ligado a la estructura social existente, pero que por razones materiales o morales pueden ser ganados como aliados del movimiento obrero, útiles compañeros de viaje en potencia de la clase revolucionaria, a cuyas posiciones ideológicas deben pasarse, naturalmente. El “frentismo” de la anterior posguerra modificó esta fórmula en un contexto histórico donde se trataba ante todo de realizar una unión lo más amplia posible, dirigida por la clase obrera, contra la guerra y el fascismo. Este cliché, que entre otras cosas velaba el problema de que la metodología científica del análisis sociocrítico y de la iniciativa modificadora de la sociedad, como queda subrayado, ha de desarrollarse continuamente y que por ello a los representantes y científicos de esa metodología les toca una función importante, fue destruido principalmente por Antonio Gramsci, quien calificaba el movimiento obrero de “colectivo intelectual” y distinguía entre los “intelectuales orgánicos”, que se procura la clase siempre en ascenso, y los “intelectuales tradicionales”, que son a manera de depósito de las profesiones tradicionales, que se repone continuamente. El “colectivo intelectual” no puede renunciar al intento de conquistarse también a una parte de los intelectuales tradicionales para sus fines, porque como los intelectuales forman precisamente el tejido conjuntivo de la nación, la reforma intelectual y moral —que es premisa de toda revolución efectiva— no es posible sin una parte considerable de los intelectuales, sobre todo dado que las discusiones en el campo de la cultura representan un componente esencial de la lucha emancipadora. Las relaciones entre los intelectuales y el movimiento obrero no dejan ciertamente de presentar problemas y contradicciones, que en algunas situaciones pueden conducir a un doloroso distanciamiento (*distacco*) respecto de la masa del movimiento. Pero sin esa relación contradictoria entre trabajadores e intelectuales no podría lograrse aquel “bloque histórico” que debe tomar las riendas de la revolución y de la nueva sociedad.

En el actual periodo de la sociedad industrial moderna (y

esto se confirmó también en 1968-1969) estas reflexiones de Gramsci han adquirido mayor importancia que el desgastado cliché. La evolución tecnológico-sociológica y la revolución científica y técnica han hecho que la mayor parte de los intelectuales se conviertan en *asalariados de clase media*, que ciertamente no pueden equipararse sin más ni más (como suele hacerse) con los trabajadores manuales, ya que una parte de ellos ejerce precisamente la función de vigilancia y control respecto de los obreros, pero que se sienten frustrados respecto del patrón, en la misma posición enajenada que los demás obreros y empleados. Los que antes fueron notables son ahora una categoría más en el número de los que devengan salarios y sueldos, que en los Estados de Europa occidental representan la inmensa mayoría de la población. Incluso los intelectuales técnicos (y esto también se echó de ver en 1968-1969) pueden, en razón de su posición, en que las necesidades materiales suelen estar ampliamente satisfechas, reconocer muchas veces con mayor claridad que las demandas graduales de los políticos del día (las llamadas reivindicaciones cuantitativas típicas en el trabajo del sindicato) no bastan, y que deben pasar al primer plano las reivindicaciones cualitativas: las relativas al reglamento de trabajo, la escolaridad, las comunicaciones, la salubridad, la vivienda, etcétera, y que los sindicatos deben hacer más política social. En 1968-1969 solía haber empresas francamente modernas —no las ramas tradicionales de la economía, minería, ferrocarriles, construcción, etcétera—, cuyo número de intelectuales técnicos es relativamente elevado, y que eran con frecuencia el punto de partida de movimientos en favor de reformas cualitativas que dinamitaron el sistema. A diferencia de las concepciones tradicionales, incluso la del “frente popular” entre las dos guerras, se presenta aquí un nuevo modelo de “bloque histórico” que plantea el problema de las relaciones entre obreros e intelectuales dentro del movimiento obrero de un modo nuevo, que en muchos aspectos recuerda la salida de Schumpeter, quien reprochaba a los intelectuales el que informaran a los trabajadores del triste hecho de que el empresario privado ha perdido en nuestra época su función histórica. Este modelo de “bloque histórico”, caracterizado en buena parte por el

movimiento estudiantil, está igualmente alejado del elitismo, que fue típico del periodo antiautoritario del movimiento estudiantil, como del solidarismo obrerista, que en movimiento pendular con el anterior anuncia la necesidad de “ir al pueblo”, a las masas, y demuestra su proletarización empleando expresiones fuertes, a menudo con el curioso fenómeno concomitante de que los intelectuales injurian a los intelectuales llamándolos intelectuales.

Las discusiones acerca de las relaciones entre obreros y estudiantes, entre intelectuales y movimiento obrero, reciben una nota especial de razonamiento que parten de ciertos aspectos de la revolución cultural china sobre las relaciones entre fábrica y escuela, entre producción y cultura. El gradualismo en el movimiento obrero tenía por meta una reforma de la enseñanza basada principalmente en la necesidad de que fueran más los hijos de los trabajadores que tuvieran la posibilidad de frecuentar las universidades o escuelas superiores, y que cursos nocturnos y permisos para estudiar debían facilitar a los trabajadores el ascenso a las categorías superiores de empleo y técnica, con lo que se haría realidad el principio de “igualdad de posibilidades”. Ahora bien, la experiencia enseña que la mayor parte de los egresados de las escuelas superiores y los cursos de enseñanza posescolar salen siendo ya burgueses integrados. Por su parte, de las luchas dentro de las empresas salieron una serie de interesantes conclusiones contra la clasificación y calificación de las categorías salariales, basadas en la división y descomposición del proceso de trabajo y que en el sistema de valoración del puesto de trabajo conducen a una enorme escala de diferencias salariales. No se trata de ninguna manera de un resultado inevitable del desarrollo tecnológico; las diferencias de salario con frecuencia son mínimas, pero permiten enfrentar a los distintos grupos unos contra otros y quebrantar la solidaridad de los trabajadores. Al mismo tiempo es cada vez menos comprensible por qué los trabajos desempeñados por obreros de formación profesional, que en razón de su intensividad y monotonía son los más disolventes y los más expuestos a accidentes, son los peor pagados. Las grandes luchas en las empresas, sobre todo en Francia e Italia, se orientaron contra esta categorización des-

medida y provocaron además discusiones a fondo sobre el problema del sistema educativo, que fueron mucho más allá del complejo de cuestiones relativas a las reformas escolares.

En las reivindicaciones tradicionales de los partidos obreros establecidos, a menudo parecía como si nada hubiera cambiado en esas cuestiones, como si el capital disputara igual que antes a los hijos de los trabajadores el derecho a la escuela y tuviera empeño en la selección de los alumnos. En los países capitalistas que cuentan más, éste es cada vez menos el caso. El adelanto tecnológico y la revolución tecnicocientífica necesitan una afluencia cada vez mayor de intelectuales titulados y especializados; por otra parte, suele haber más egresados titulados que empleos que correspondan a su preparación, de modo que la administración está encantada de saber que en las escuelas están “ocupados” centenares y aun miles de jóvenes que de otro modo serían desempleados impugnadores y descontentos. Lo que interesa al capitalismo de las escuelas es menos la selección que el sistema de selección de éstas, que consolida las diferencias entre los calificados y los no calificados, los trabajadores técnicos y los manuales. El “ascenso”, o mejor dicho, la “fuga”, de éste o aquel obrero a categorías más altas, no modifica la categorización de los productores, y la consigna tradicional de “más hijos de obreros en las universidades” cada vez acierta menos en el problema verdadero. De lo que se trata, según se deduce, es de hacer realidad el derecho del obrero, en calidad de tal, a la educación, o sea de crear un sistema escolar que supere la separación de fábrica y escuela, de producción y cultura, de obreros e intelectuales. Se subraya que el sistema escolar está hecho de modo que los estudiantes que tienen poco éxito se convencen de que es culpa de ellos si a pesar de tener las “mismas oportunidades” no alcanzan la nota más alta, mientras que el egresado feliz sea un buen testimonio, con la orgullosa conciencia de su excelencia y superioridad. (Por eso es lo propio del “tonto técnico”, como llaman en Alemania al especialista que sólo sabe su especialidad, no ya el reducir su interés exclusivamente a lo que constituye su especialidad, sino el haber aprendido un montón de cosas que ciertamente no necesita para el ejercicio de su profesión, pero cuyo conocimiento

—o el testimonio firmado por un perito de ese conocimiento— es un símbolo de su sobresaliente categoría, de su especialización y sus elevados ingresos.)

Así se comprende cuando, por ejemplo en el “otoño duro” de Italia, surgen ideas que proclaman el derecho del obrero a la escuela y el de los estudiantes al trabajo. Ciertamente debe atribuirse esto a la influencia de muchos aspectos de la revolución cultural china, de la que podría uno preguntarse si se puede aplicar sin más ni más a los países capitalistas desarrollados. Pero para la problemática que estamos tratando aquí nos parece significativo el hecho de que frente al gradualismo del movimiento obrero tradicional, cuyas reivindicaciones tendían a que las personas vivieran mejor, se yerguen las ideas marxistas de orientación en el sentido de que lo importante no es sólo que las personas vivan *mejor*, sino también *de otro modo*.

Tal vez sea ésta la aportación más importante que el movimiento estudiantil haya hecho a la superación de la crisis espiritual del movimiento obrero.

De hecho, el movimiento obrero tradicional en sus diversas variantes se ha ido fijando cada vez más en cierto gradualismo, cuyo planteamiento de metas tiende en lo esencial a procurar al que trabaja, una vida mejor, artículos de consumo más baratos, ingresos más altos, viviendas más bellas, mayores oportunidades de ascenso para sus hijos, y así sucesivamente. Y también las apasionadas discusiones que dominaban en el movimiento obrero desde hacía casi un siglo, acerca del camino que llevaría a la toma del poder, si el pacífico o el de la guerra civil, si la conquista de la mayoría parlamentaria o la revolución por la fuerza, influyen cada vez menos en ese planteamiento de metas y se olvidan de la gran visión que surgió en la cuna del movimiento obrero: que no basta cambiar las relaciones de producción, cuya expresión jurídica son las relaciones de propiedad, sino que —como dejó escrito Marx en su *Lucha de clases en Francia*— se trata de “un cambio radical” de todas las relaciones sociales, de un Estado que no será Estado en sentido estricto (Engels), de nuevas relaciones en la familia, en la empresa y en la escuela. Este “cambio radical” de las relaciones sociales presupone sin duda el cam-

bio de las relaciones de producción, pero no deriva automáticamente de aquél; es más, puede cuestionarse esa conquista de la revolución si no se produce el cambio de arriba abajo. (La diferencia entre relaciones de producción y relaciones sociales es más precisa en el texto alemán *Produktionsverhältnissen und gesellschaftlichen Beziehungen*, donde “Beziehungen” sin duda se refiere al trato, que por ejemplo en la traducción francesa, donde se habla de *rapports de production et rapports sociaux*.)

Este planteamiento de Marx tiene también su importancia, dada la circunstancia de que la revolución socialista triunfó primero en un país atrasado, al contrario de lo que imaginara Marx, y que en ese país, arrasado además por la guerra europea y por la guerra civil, importaba realizar una industrialización, en condiciones inmensamente difíciles, de modo que la industrialización no tardó en equipararse a la construcción del socialismo; la consigna de “alcanzar y superar al capitalismo”, identificaba la excitación y emoción de los planes quinquenales con la visión socialista del futuro y surgió un “productivismo” que subordinaba todos los valores y criterios al logro de determinadas cifras del plan, de modo totalmente independiente del cambio de las relaciones entre las personas, de ciudadano a funcionario, de obrero a director, de soldado a oficial, de hombre a mujer, o bien de la continuación de las relaciones humanas del orden social caído. Como después de la Segunda Guerra Mundial siguieron este modelo otros Estados, que en su mayoría arrastraban el lastre del atraso feudal, ese “productivismo”, que a veces también se transformaba en la manifestación extrema de una cierta gigantonomía, hizo desaparecer el objeto del socialismo y aun de la vida detrás de las cifras de producción de petróleo, carbón, cemento, etcétera.

El movimiento estudiantil hizo recordar al obrero su acta de nacimiento, aquella gran visión de una “asociación de productores libres”, donde el libre desenvolvimiento de todos es la condición *sine qua non* del libre desenvolvimiento de cada uno, donde se desarrolla al máximo y en todas sus facetas la personalidad del individuo y se logra una sociedad con el máximo de libertad, de información, de alternativas, de con-

trol por el pueblo y de felicidad. El movimiento estudiantil revalorizó nuevamente la utopía, en tanto que categoría operativa, la utopía concreta, la *docta spes* de Bloch (al posibilismo pragmático del aparato del partido, opusieron los estudiantes parisienses esta gran consigna: “Seamos realistas y pidamos lo imposible”, *Soyons réalistes, demandons l'impossible*). Y en efecto, el reconocer lo que es necesario es ya un anticipo de lo posible.

México, un desafío al sistema

1968 significó un corte radical en el proceso político mexicano. No porque fuera imprevisible el desenlace de los acontecimientos, sino porque irrumpieron con una fuerza inusitada revelando las líneas profundas del desarrollo mexicano, más allá de las apariencias alimentadas por la retórica oficial. Precisamente por la necesaria brevedad de un análisis como éste, deseo iniciarlo con un homenaje a quienes perdieron la vida o la libertad por valores que trascienden al statu quo y apuntan hacia una sociedad más justa y racional en que se elimine la explotación del hombre por el hombre y la concentración de la propiedad y la riqueza. Naturalmente esa lucha no se libró en todos los casos con plena conciencia de sus fines; tal vez uno de los rasgos más profundos de la revuelta estudiantil en los años sesenta en todo el mundo ha sido esa opacidad en cuanto a los medios y objetivos últimos de la lucha —y México no fue ciertamente la excepción. Sin embargo, el significado estructural de la protesta de los estudiantes, más allá de los niveles de conciencia y organización, está ligado al rechazo del sistema global en que explotación, corrupción, represión e injusticia están hermanadas indisolublemente, y en que la necesidad de trascenderlas se experimenta con una gran fuerza de verdad por quienes se enfrentan al dilema de integrarse al sistema o luchar por su transformación. Si no fuera por otras, bastaría esta razón para que aceptáramos tales luchas, más allá de consideraciones secundarias.

El propósito de estas líneas es examinar las modalidades de la lucha estudiantil en México y mostrar algunas de sus causas y consecuencias en nuestro proceso histórico; asimismo, discutir por qué razones apunta hacia la transformación de la sociedad, a pesar de que no siempre sea explícita esa meta, dentro de la estructura general de nuestro desarrollo. Así, estas líneas están inspiradas por el deseo de comprender, más allá del halago fácil o de la crítica sin argumentos. Tal cosa

parece conveniente para todos, si el movimiento estudiantil en México ha de enriquecerse con una experiencia política y una perspectiva teórica que le permita actuar con eficacia en las luchas por una sociedad mejor.

Aparte de los motivos circunstanciales que originaron el conflicto de 1968, es obvio que el trasfondo económico y político del país determinó en buena medida su raíz, su proceso y desenlace, y la situación actual del propio movimiento.

Los relativos éxitos de nuestro crecimiento económico, en el aspecto cuantitativo, y la estabilidad en lo político durante las últimas décadas, están lejos de haber impedido la concentración de la propiedad y la riqueza. Antes al contrario, la han reforzado con dosis variables de violencia y represión aplicadas por el aparato del Estado. En definitiva, México es una prueba más de que toda economía regida por la ley del valor genera la acumulación concentrada del capital, y de que inclusive el Estado moviliza sus recursos para reforzar esa tendencia. Así, la estructura desigual y desequilibrada de nuestra economía, con base también en la penetración y dependencia imperialista, ha motivado la concentración del poder económico, origen y raíz de la concentración del poder político. Es verdad que el Estado moderno mexicano, surgido de la Revolución de 1910, exigía por múltiples razones la reorganización de un país pulverizado en fracciones, y la necesidad de atender demandas de las masas populares que participaron en el movimiento, a través de un poder fuerte y centralizado. Este poder sirvió para realizar una serie de reformas sustanciales, particularmente bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas, pero sirvió también para garantizar el marco social y político de la expansión capitalista, sobre todo en las últimas tres décadas. Sin embargo, lo paradójico del caso es que el crecimiento capitalista, que ha originado la modernización del aparato industrial y la diversificación de la sociedad, coexistente hoy con un sistema de poder que conserva, en esencia, los mismos rasgos de su modelo aparecido en 1929. Peor aún: el partido oficial, que en un momento fue instrumento eficaz para unir a diversos sectores sociales bajo la misma divisa del desarrollo, y el presidencialismo, como instancia última de arbitraje que pudo, bajo ciertas circunstancias, atenuar los antagonismos de clase, han sido despojados de su sustancia origi-

nal por nuestro propio crecimiento capitalista. Lo que en una época tuvo significado histórico progresista, parece constituir hoy, en más de un sentido, el obstáculo mayor para la satisfacción de un cúmulo de exigencias sociales y políticas que plantean las mismas clases promovidas por el desarrollo.

A primera vista se trata de la contradicción entre el desarrollo económico y social del país, y su desarrollo político, que en efecto existe en determinados aspectos, básicamente en el de aquellos grupos y sectores sociales que por su acceso a los centros educativos y a los medios de comunicación, expresan demandas democratizadoras y de participación política en la toma de decisiones de los asuntos públicos. El monopolio del aparato político y la ausencia de partidos y organizaciones representativas e independientes, sumados a la falta de canales de información y de libre manifestación de las ideas —salvo excepciones que confirman la regla—, hacen particularmente aguda esta contradicción entre la situación social y económica que viven ciertas clases y sus posibilidades reales de expresión, organización y participación política. Pero inclusive las expectativas económicas y de ascenso social de muchos de estos grupos medios se hallan fuertemente limitadas, debido principalmente a lo que Mandel llamó la proletarización del trabajo intelectual. Muchos profesionistas y técnicos que hasta hace algunos años podían aspirar al libre desempeño de sus actividades, hoy están condenados a ingresar a organismos públicos y privados cuya estructura jerárquica limita las posibilidades de un desarrollo polivalente. Sus expectativas económicas tampoco parecen muy brillantes dentro de la sociedad de masas, en que se les impone un consumo manipulado que se refleja en el deterioro de sus ingresos reales.

A un nivel más profundo, sin embargo, encontramos que el modelo de nuestro crecimiento capitalista basado en la explotación del trabajo asalariado del campo y la ciudad, y de los pequeños productores, ha necesitado de un poder político lo suficientemente fuerte como para ejercer dominio efectivo y neutralizar, dentro de lo posible, el conflicto social y la lucha de clases. En efecto, ¿cómo impulsar la acumulación capitalista con métodos inflacionarios y casi siempre a costa de los

salarios reales, con una marcada desigualdad en la distribución de la propiedad y los ingresos, con disparidades tan enormes de oportunidades, sin ejercer el control político y el encuadramiento de los productores? En este sentido, la estructura de nuestro sistema político corresponde puntualmente a la estructura de nuestro sistema económico. La contradicción fundamental ya no aparece simplemente como conflicto entre determinados grupos y sus posibilidades reales de participación en el sistema global, sino como una contradicción mucho más profunda entre las relaciones de producción y de dominio existentes, y las demandas insatisfechas de las masas trabajadoras del país, es decir, como un verdadero conflicto entre clases antagónicas.

Pero como en muchos otros casos, la cadena se rompe por el eslabón más débil: el de las demandas políticas que no implican necesariamente la exigencia directa de un cambio en las relaciones de producción. No obstante, en México están de tal manera ligadas las modalidades del desarrollo económico con las modalidades del desarrollo político, que las exigencias de cambio en este último aspecto parece que traerían consigo necesariamente cambios en la estructura económica. De ahí que el aparato de poder, desde hace muchos años, haya sido impermeable a las demandas políticas, rechazándolas muchas veces con el uso de la violencia. Las reivindicaciones por mejores salarios y otras prestaciones han sido negociables, ya que el sistema las asimila con relativa facilidad vía el alza de los precios, el aumento de la productividad y otros mecanismos que conservan las tasas de ganancia. En cambio, las exigencias de democracia sindical y el desplazamiento de líderes corruptos, las protestas por abusos de autoridad o por imposiciones, las luchas por la organización política disidente y por la mayor participación ciudadana, han desembocado frecuentemente en la represión. Así, el ataque al sistema político tiende a convertirse inmediatamente en un ataque al sistema económico, en un ataque a la concentración de capitales y a las disparidades de clase. El Estado, al mantener muchos de sus procedimientos y al negarse a operar cambios políticos, no solamente se protege a sí mismo, sino a la estructura de la desigualdad. La defensa del sistema político se convierte

así en defensa del sistema total. Desde esta perspectiva, la negativa a operar reformas en el terreno político indica que no se desean reformas en el terreno económico. En efecto, parece que una democratización auténtica a todos los niveles, particularmente de las organizaciones obreras y campesinas, traería consigo fatalmente una reformulación sustancial del modelo de nuestro desarrollo, con una fuerte restricción de las posiciones y privilegios del capital. Y esto es lo que justamente no admiten las clases dirigentes.

Estos son algunos elementos del telón de fondo en que se desarrolló el conflicto de 1968, por lo que un buen número de líderes estudiantiles sostuvo que, dentro de las condiciones que prevalecen en el país, las reivindicaciones políticas son inmediatamente revolucionarias. Y al límite que la lucha por la plena vigencia de la Constitución es en sí misma un acto subversivo, un enfrentamiento con el orden efectivo vigente.

La violencia policiaca y el ataque a planteles universitarios durante los últimos días del mes de julio de 1968, catalizó la oposición y la militancia crítica del estudiantado en contra del sistema político y de sus procedimientos. Es verdad que, sobre todo en los inicios del conflicto, la crítica se dirigió contra determinados funcionarios, en los que se personalizó la corrupción y la irresponsabilidad en el ejercicio de la autoridad. Sin embargo, más tarde las demandas del pliego petitorio se concentraron en otros puntos esenciales: el diálogo público, la plena vigencia del derecho (derogación del artículo 145 del Código Penal) y la libertad de los presos políticos, es decir, respeto a la militancia y a la libertad de acción y de expresión política.

El diálogo público aludía claramente a una redefinición de los vínculos entre gobernados y gobernantes, y a la publicidad en el proceso de toma de decisiones. Es decir, a las posibilidades de una *democracia representativa* auténtica y al incremento del debate y la discusión.

La posición estudiantil, en este punto, fue de claro rechazo a la imposición de representantes y a los sistemas de control sobre organismos populares y sobre el mismo proceso electoral; de rechazo al juego de intereses dentro de la "clase política", que no responde necesariamente a los intereses de la

sociedad; de rechazo al centralismo del poder y a la desvinculación que existe entre los gobernantes y la masa del pueblo; de rechazo a un burocratismo que ignora las demandas colectivas y al silencio y simulación sobre los grandes problemas nacionales; de rechazo a un lenguaje retórico que elude el examen de esos problemas y se refugia en la exaltación del pasado revolucionario, en vez de enfrentarse revolucionariamente al presente y al futuro. En suma, de rechazo al aparato de poder en la medida en que propicia la indiferencia política y hace muy difícil, si no imposible, el debate nacional. Por consiguiente, postuló la necesidad de una auténtica representación democrática a todos los niveles, lo que significa que el proceso político debe responder con fidelidad, sin cortapisas ni falsificaciones, a los intereses del pueblo, sobre todo del menos favorecido.

El movimiento estudiantil planteó, entre otras cuestiones, el problema de una verdadera democracia representativa a nivel nacional. En esto parece diferenciarse profundamente de otros movimientos, por ejemplo del francés, que militó expresamente contra cualquier género de representación. Tal vez la explicación del hecho radica en que México no ha vivido nunca, en estado "puro", la democracia representativa, mientras que otros países han pasado también por su *crisis*. Razones históricas han impedido que funcione entre nosotros esa democracia, que en cierta forma es todavía un ideal a conquistar; resulta significativo que la izquierda lo incluya desde hace años en sus plataformas y programas, así como la demanda de plena vigencia de la Constitución. Lo anterior mostraría que la realización cabal de un Estado de derecho constituye también para nosotros un punto de llegada, un objetivo del desarrollo político nacional. Cuando menos así se planteó en el conflicto de 1968.

A las exigencias democratizadoras del sistema político debe sumarse la consigna reiterada de *democracia sindical* a que también aludieron muchos estudiantes en su intento de vinculación con otros sectores sociales. En una palabra, las consignas políticas constituyeron la *esencia* profunda del movimiento de 1968. Al mismo tiempo, fue notable la ausencia de reivindicaciones expresamente anticapitalistas y antimperia-

listas, como ha ocurrido en otras partes. Es cierto que algunos grupos asumieron posiciones anticapitalistas, y que éste fue el tono en muchos mítines y asambleas, pero de ninguna manera tales consignas caracterizaron al movimiento en general.

Es también sorprendente que sólo por excepción se manejaran consignas antimperialistas, lo que reforzaría la tesis, sostenida por los mismos estudiantes, del carácter no inmediatamente anticapitalista del conflicto.

Muchos estudiantes comprendieron que en esto se expresaban los límites del movimiento, su espontaneísmo ideológico y organizativo y la ausencia de una elaboración teórica adecuada; confirmando la hipótesis de que el movimiento estudiantil, al margen de las declaraciones de algunos de sus protagonistas, consistió sobre todo en una lucha por la reforma del sistema político. Independientemente de que esa lucha, en las condiciones del país, apunte hacia una transformación del sistema económico y ponga en cuestión la estructura de nuestro desarrollo desigual y desequilibrado. Estas últimas reivindicaciones, sin embargo, nunca fueron formuladas explícitamente por el movimiento en su conjunto ni constituyeron su esencia; su contenido real fue más bien el de una serie de demandas democráticas y libertarias que adquirieron profundidad precisamente por la negativa del gobierno a proceder a esas reformas.

Además de estas limitaciones programáticas e ideológicas, el movimiento estudiantil de 1968 adoleció de las mismas carencias que han afectado en México, en los últimos tiempos, a otros movimientos democráticos: aislamiento de una base social amplia y falta de organizaciones adecuadas para asumir una perspectiva nacional. Algunas de estas debilidades fueron percibidas certeramente y generaron grandes esfuerzos para superarlas, sobre todo para establecer ligas con otros sectores y clases sociales. De ahí la preocupación por difundir la causa, por explicar sus razones y suscitar demandas y reivindicaciones de otros grupos. De alguna manera el movimiento percibió que debía abandonar su condición de estudiantil para convertirse en político, en auténticamente estudiantil-popular, y que ésta era la condición necesaria para superar sus límites más graves, su aislamiento y su ausencia de pers-

pectivas nacionales con base en la participación de las clases productoras.

Sería demasiado largo examinar con detalle las razones que impidieron al movimiento estudiantil de 1968 convertirse en *detonador* de una crisis política y social de envergadura, como sucedió en Francia unos meses antes. Pero no es ajeno el hecho de que los controles económicos y políticos del sistema sobre el movimiento obrero funcionaron con una tremenda eficacia; además de que el proletariado en su conjunto, durante los últimos años, ha perdido tradiciones de militancia y de lucha, precisamente por la falta de organizaciones independientes y por la despolitización a que ha sido sometido. Recientemente, sin embargo, la situación parece modificarse en alguna medida. Pero en aquel momento las condiciones generales del país impidieron que el movimiento transitara del plano de la oposición al sistema político, al plano de la oposición al sistema global. Este confinamiento fue su tragedia, pero también, en cierta forma, su grandeza precursora.

Dentro de nuestras peculiaridades, el movimiento en México participa del *estilo* de la protesta estudiantil en muchas partes del mundo, durante los años de 1960. Los jóvenes rechazan por obsoletas una serie de formas de la organización social y cultural que juzgan conservadoras, y particularmente a las estructuras autoritarias que prevalecen en los organismos públicos y privados. Al mismo tiempo rechazan la manipulación de las conciencias por el aparato publicitario y los valores de la sociedad de consumo. En realidad, la sociedad capitalista plantea nuevos problemas sin solucionarlos, y en la medida en que los jóvenes viven ese conflicto como opresión, afirman los valores libertarios y comunitarios, el desarrollo de la personalidad y los derechos de la imaginación y la creación espontánea. Ahora bien, como en definitiva se refleja un conflicto social subyacente, no es difícil el tránsito de la respuesta subjetiva a la política, cuyas fronteras son fluidas e imprecisas. La protesta personal está cargada de intenciones políticas; la militancia política, de emotividad y pasión. A estos motivos de la protesta estudiantil debe sumarse la militarización de la política al nivel mundial, la carrera armamentista, las agresiones imperialistas y las luchas de los pueblos

coloniales, que estimulan a los jóvenes y los llevan a exaltar determinados valores que consideran incorruptibles, frente a la corrupción y a la agresividad circundante. En síntesis: postulan ideales antiautoritarios y democráticos que se oponen a la naturaleza de la sociedad moderna.

Este conjunto de experiencias se traduce naturalmente en formas de militancia política sui géneris. He aquí algunos de sus rasgos distintivos que se oponen al universo político y combativo de los partidos y organizaciones tradicionales, inclusive a los de tipo revolucionario.

En primer término, los jóvenes se han autodefinido como *precursores*. Su militancia se produce porque la clase obrera de los países industriales se ha *integrado* a los patrones de consumo de la sociedad opulenta, o porque el sector estudiantil es el mejor informado y más politizado en los países subdesarrollados, donde existe un débil proletariado y masas de campesinos analfabetos. A esto se sumaría la acusación de reformismo y burocratismo de los partidos comunistas. Es verdad que el movimiento estudiantil no hace la revolución, pero en cambio denuncia la vulnerabilidad del sistema y muestra las contradicciones de clase subyacentes y el carácter opresivo de las estructuras de poder. Bajo determinadas circunstancias hasta pudiera ser el detonador de la acción de otras clases, desencadenando una dinámica revolucionaria que no puede ser obra exclusiva del sector estudiantil.

El democratismo radical es otro de sus postulados fundamentales. En esta perspectiva, se busca la participación de todos los movilizados en las decisiones: éstas resultan del consenso mayoritario y no de la iniciativa de representantes, en los que se desconfía por principio. Los líderes no *dirigen*, sino que apenas *coordinan* una acción que surge *espontáneamente* de las masas. Otro de sus rasgos es que la movilización estudiantil aparece sobre todo como *contragolpe*, como respuesta a determinados actos de violencia o represión. No se expresa como una acción continua y permanente, salvo el caso de los activistas. El movimiento es por definición instantáneo y sin organizaciones estables que se inventan y rehacen continuamente, según las circunstancias y necesidades de la lucha. Por consiguiente, no se define por una táctica y una

estrategia válidas siquiera a mediano plazo, y menos por una ideología precisa y por una elaboración teórica que explique sistemáticamente la estructura de la realidad social, y que sea capaz de articular, también sistemáticamente, la acción práctica y la militancia. Uno de sus valores supremos es justamente la improvisación y la invención; en cierta forma importa más el *medio*, la expresión de la personalidad y la afirmación individual, la educación política y la actividad, que el *fin*, es decir, el cambio de la sociedad. Creación y expresión de la persona antes que estrategia, los movimientos estudiantiles han sido también un juego y una fiesta, oportunidad única de abandonar el aislamiento por la tarea común y la solidaridad.

Sobre esto último, debemos decir que la experiencia de la solidaridad fue una de las más profundas que vivieron los estudiantes mexicanos en 1968. Solidaridad que se expresó de mil maneras, también por la vinculación de planteles normalmente extraños, alejados y hasta opuestos; y por la comunicación activa, no sólo verbal, de un sector individualista y sin hábitos organizativos. Respuesta solidaria y comunitaria a una agresión injusta y abusiva.

Como corolario de las observaciones anteriores, encontramos el rechazo a cualquier forma de solución *negociada* de los conflictos. En principio, el *acuerdo* con autoridades, no importa cuáles sean, inclusive favorables a ciertas demandas específicas, es visto automáticamente como integración y mediatización. Así, el triunfo por vía del arreglo se considera con frecuencia como derrota y claudicación. La lógica de la militancia estudiantil se expresa, en lo más profundo, como negatividad pura, como denuncia y crítica radicales, como anulación de las instancias establecidas y de los procedimientos que configuran el sistema.

El drama es que este conjunto de características: espontaneísmo y rechazo de una representación permanente y articulada, contragolpe y movilización ante situaciones de emergencia pero desmovilización y pasividad en periodos "normales", ausencia de organizaciones estables y de una elaboración teórica capaz de orientar la militancia y de definir una estrategia política adecuada a los fines proclamados, han encarnado en determinados momentos la fuerza, pero

también las más serias debilidades del movimiento estudiantil.

El rechazo espontáneo y radical de lo establecido, sin fuerza suficiente para el triunfo y sin la articulación política necesaria con otras clases, dentro de un proceso organizado, complejo y a largo plazo, termina frecuentemente en prácticas reformistas. Dicho de otro modo: la imposibilidad histórica de encontrar inmediatamente la solución *positiva* de la crisis social que denuncia y proclama el movimiento, lo lleva muchas veces a la integración desilusionada, al abandono y también a prácticas puramente negativas, destructivas. O a la aceptación acrítica, producto también de la desmoralización, de cambios menores y sin relevancia. Como dice un autor alemán: "El gran dilema de los jóvenes es el de su oscilación entre las posiciones revolucionarias y la práctica reformista; entre su rechazo total a la sociedad, en el lenguaje y en las actitudes, y una acción ineficaz para transformar las estructuras. Con el radicalismo revolucionario se evaden de la sociedad; con la *praxis* reformista vuelven, a través de sus éxitos y sus fracasos, a la tierra firme de esa misma sociedad."

Asimismo, el rechazo de la teoría lo puede conducir fácilmente al antintelectualismo y a la negación de la cultura. De esta manera, el análisis científico del sistema político y económico, el marxismo como teoría científica de la realidad social, que debería estar en la base de toda militancia consciente, no basta y carece de importancia. Cuando faltan los motivos de exaltación e indignación, las razones y los argumentos no son causas movilizadoras suficientes. La militancia estudiantil de los años sesenta, producto de un instante afortunado, desaparece con el tiempo, al menos por lo que hace a la participación masiva. Esta actitud ha sido una de las razones más poderosas que se oponen a la organización permanente y a las posibilidades de una lucha a largo plazo y con perspectivas. La doble conciencia estudiantil: individualista y solidaria, oscila de un extremo a otro, aunque a la postre parecen imponerse la ausencia de tradiciones en la lucha organizada y la disgregación del sector social medio a que pertenece la mayoría del estudiantado. Salvo para aquellos militantes que se incrustan en la lucha política y revolucionaria profesional.

Por otra parte, la ausencia de organizaciones permanentes y de una representación compatible con la democracia que se postula, hacen particularmente vulnerable al movimiento y lo exponen a la manipulación que rechaza. La fluidez de los voceros y la falta de una línea política consistente y definida democráticamente, lo colocan en situación de asumir cualquier iniciativa, inclusive cuando éstas lo orillan al desastre o lo desvían de los fines proclamados. La estructura provisional del movimiento, el espontaneísmo de sus acciones y la ausencia de una línea teórica e ideológica consecuente, lo exponen gravemente a los peligros de la penetración y la provocación, sin que haya instancias de control efectivo contra estos peligros. La oposición enérgica a cualquier suerte de actividad manipulada puede convertirse así en el vehículo mismo de la manipulación y la inducción. Entiéndaseme bien: no quiero decir que esto sea necesariamente así, sino que el peligro es real en cada momento, por la estructura misma de la militancia estudiantil.

Las virtudes del movimiento son también sus debilidades, que lo colocan en una posición precaria frente al enemigo organizado. Las fuerzas que integran el orden establecido tienen recursos privilegiados para asimilar la protesta y aprovecharla para sus propios fines. Por eso decimos que a la fuerza organizada es necesario oponer otra fuerza organizada. Vale la pena mencionar aquí a Marcuse, quien afirmó en una entrevista: “No soy anarquista porque no puedo imaginar de qué manera se puede combatir sin organización alguna, a una sociedad que está movilizada y organizada en su totalidad contra cualquier movimiento revolucionario, contra toda oposición efectiva. Sin organización es imposible derrotar a esa fuerza concentrada de la sociedad.”

Sin embargo, todas estas realidades contradictorias significaron también la fuerza del movimiento, ya que desde el punto de vista oficial no tenía precedentes ni era posible enfrentársele con los acostumbrados recursos de la negociación política. El movimiento excluyó la formulación de peticiones por “vía legal” y por conducto de delegados que discutieran con el gobierno y presentaran el hecho consumado ante las “bases”. El movimiento exigía lisa y llanamente el cumpli-

miento de sus demandas, que además debía ser sancionado por las asambleas de las escuelas. Es decir, el movimiento militó contra los canales acostumbrados en que se plantean y resuelven tradicionalmente los conflictos en México. El fin no era el compromiso sino la politización y la movilización de amplios sectores del pueblo. Lo importante no era que el gobierno *concediera*, dentro de los marcos paternalistas de la negociación, sino que *aceptara* las exigencias formuladas. En definitiva, por este camino se mostraría fulgurantemente a otros sectores, que la movilización popular y la militancia eran capaces de arrancar concesiones a un gobierno acostumbrado al compromiso y a negociar sobre la base de la subordinación y la pasividad de los peticionarios. Para el movimiento estudiantil, esta posibilidad debía representar una de las enseñanzas más profundas y duraderas. Ciertamente esta forma de expresión política escapaba a las *reglas del juego* en que se mueve el Estado mexicano; por ese motivo el Estado calificó de subversivo al movimiento, precisamente porque tendía a modificar de raíz las reglas del juego de la política mexicana.

En tales condiciones, el gobierno estaba obligado a reconocer la sustancia política del conflicto y la magnitud de la movilización popular —sin precedente en las últimas décadas— que apoyaba las demandas y el sentido democratizador del movimiento. Y a reconocer las causas profundas de carácter social y económico que originaron la protesta masiva de los estudiantes. En vez de esto, se refugió en la tesis de los “conjurados”, “alborotadores” y “agentes externos”, y en el expediente del principio de autoridad, como si un grupo ínfimo hubiese sido capaz de sacar a la calle varias veces, en pocas semanas, a varios centenares de miles de habitantes del Distrito Federal. El fondo del asunto, que ya apuntábamos al principio, es el de un sistema político que fue incapaz de ceder ante las exigencias estudiantiles de renovación. El de estructuras que corresponden a nuestro proceso de desarrollo económico y político y que, al defenderse a sí mismos, defienden al sistema global, basado en la desigualdad y en la explotación. En esta perspectiva de inflexibilidad y de defensa ciega de intereses, la solución política estaba excluida. Sólo quedaba

la represión, la violencia y la masacre, que fue utilizada hasta sus últimas consecuencias y que representa uno de los capítulos más negros y sangrientos de nuestra historia.

Así quedó consumado otro de los propósitos implícitos del movimiento: probar sin lugar a dudas, a los ojos de millones de mexicanos, el carácter represivo y violento del Estado capitalista en México. En esto descubrimos otro de sus significados: el de la eficacia reveladora de la lucha sobre la verdadera naturaleza de las relaciones sociales que prevalecen en nuestro país, y el de sus posibilidades como catalizadora de los conflictos y de la lucha de clases. En este sentido, la escalada de las demandas y la escalada represiva se complementaban mutuamente. Las acciones estudiantiles *provocaron* que el Estado clasista apareciera bajo su verdadera luz como fuerza represiva y como aparato de dominio. En esta peculiar dialéctica la denuncia inicial se vio probada por los hechos; la hipótesis fue confirmada por la práctica. Desgraciadamente, a costa de muchas vidas y de muchos sacrificios.

Naturalmente, en este análisis somero no podemos seguir con detalle las vicisitudes del movimiento estudiantil después de octubre de 1968. *A grosso modo* diremos que en algunos jóvenes prevaleció la frustración y la desilusión, con un repliegue probablemente definitivo para otros; los sucesos sangrientos habrían sido, para otros más, la prueba final de que toda lucha política es imposible y que sólo queda el extremo de recurrir a la violencia; otros, en cambio, parecen esforzarse por asimilar aquella experiencia y conducir la lucha a un nivel más elevado; el resto, por fin, parece cristalizado en la misma situación, sin memoria y sin aprendizaje de aquellas duras lecciones.

La cuestión esencial que se plantea ahora es la del destino y función de los movimientos estudiantiles, o, si se quiere, el de las perspectivas que se ofrecen a los jóvenes activistas y rebeldes. Robin Blackburn se ha referido al descenso y a la crisis por la que atraviesa la izquierda de los estudiantes en casi todo el mundo, en los últimos dos o tres años, y señalaba algunas verdades fundamentales que es preciso recordar. En primer término, la debilidad de las críticas que la nueva izquierda formuló en contra de la teoría revolucionaria clásica.

Es cierto que, con frecuencia, se confundió esta teoría y la práctica de los primeros años de la revolución soviética con la realidad de los partidos burocratizados. Muchas de las críticas que se dirigieron a éstos fueron perfectamente justas, pero de ahí no se podría concluir la falsedad de ciertas tesis esenciales de la izquierda clásica. Por ejemplo, el hecho de que las organizaciones políticas de la izquierda tradicional hubiesen incurrido en degeneraciones autoritarias y en el abandono del *centralismo democrático*, no significaba necesariamente que estuviese muerto el principio mismo de la organización revolucionaria como vehículo necesario y como mediación práctica para llevar a cabo la transformación de la sociedad. Al contrario, la experiencia misma de los movimientos estudiantiles pone a la orden del día, nuevamente, la necesidad de conducir la lucha por canales organizados y con métodos que no deriven de la pura acción espontánea, sino del análisis teórico y riguroso de las condiciones sociales en que esa lucha se desarrolla. Haciendo hincapié en que sus plataformas programáticas y la estrategia que se aplique deben surgir en un proceso de auténtica democracia. Sin estas condiciones, la democracia ultraradical de los movimientos estudiantiles termina fácilmente en prácticas autoritarias y en liderazgos centralizados que escapan a todo control y que manipulan fácilmente a los participantes. Asimismo, el rechazo tajante de la teoría ha conducido frecuentemente al esquematismo más elemental de las fórmulas marxistas. Y la oposición antiorganizativa a la pulverización y desintegración de los movimientos, o a su debilitamiento irreversible.

Lo interesante, como señala el propio Blackburn, es que muchos de los militantes más lúcidos comienzan a asimilar la lección y luchan ya o se disponen a luchar dentro de otra perspectiva y con otros métodos. Aparte de las modalidades que esta nueva actitud pueda revestir en distintos países, se descubre ya un denominador común. En primer término, lo que podría llamarse una vuelta a la teoría y al análisis de las relaciones de producción que están en la base de las estructuras jerarquizadas y autoritarias del neocapitalismo. El movimiento estudiantil durante la década de los sesenta dirigió sus

críticas justificadas en contra de esas estructuras, pero no se preocupó por desentrañar su fundamento objetivo y por luchar adecuadamente para su transformación radical. Asimismo, comenzó a descubrir que el espontaneísmo y la acción sin teoría revolucionaria lleva fácilmente al fracaso y genera situaciones adversas al fin perseguido. Y, por fin, que sin una militancia organizada y permanente que establezca ligas perdurables con las clases trabajadoras —y no solamente circunstanciales—, es imposible la articulación de un movimiento político con perspectivas históricas plenamente positivas. Lo que equivale a reconocer que la tarea revolucionaria es un proceso político que afecta e incluye necesariamente a todos los sectores de la sociedad, y no sólo a algunos de sus miembros.

Sobre el particular, vale la pena hacer énfasis en que toda lucha revolucionaria con éxito ha sido, a la postre, una lucha de masas, una lucha que termina por conquistar la adhesión mayoritaria de un conjunto de sectores sociales, y que jamás ha sido la obra de grupos aislados de las masas, ni resultado del esfuerzo voluntarista de un individuo o de grupos reducidos y confinados, sino el producto de una vasta acción política y creadora que supone la movilización y el consenso de las clases sociales interesadas objetivamente en el cambio. Estas tesis han sido suficientemente probadas por la historia del siglo XX.

En definitiva, esta nueva actitud de los estudiantes revolucionarios los lleva a buscar ligas más estrechas con la clase obrera, y a formar, al lado de los sectores populares, organismos de lucha que no se agoten en el estallido y en la emotividad, sino que sean capaces de desarrollar los prerequisites políticos y sociales de una transformación radical. Han percibido al mismo tiempo que sólo a través de esas organizaciones y del trabajo teórico es posible evaluar las experiencias, corregir los errores y rectificar el camino, cuando sea necesario. En suma, la actitud de muchos de estos militantes no parece ser ya, como en los años sesenta, la de olvidar o despreciar las experiencias históricas del movimiento obrero y de los partidos y organizaciones que han llevado a cabo una revolución socialista, sino la de asimilar esas experiencias y uti-

lizarlas no mecánicamente, sino con sentido creador, en las batallas que libran por la transformación de la sociedad.

Este nuevo enfoque se desarrolla en algunos países y entre algunos grupos de militantes, y promete fortalecerse a medida que avanza la década. Naturalmente que es imposible conocer el futuro de este nuevo tipo de militancia de muchos jóvenes y los frutos y experiencias que brindará a la historia del socialismo en el presente siglo. Lo que parece indudable es la necesidad de seguir con atención su desarrollo, en la medida en que ofrece alternativas para el movimiento estudiantil.

Deseo añadir que el movimiento en México no puede ser indiferente a estas experiencias, como tampoco a las suyas del inmediato pasado, que indican la necesidad de renovación y de hallazgo de nuevos horizontes. Su desafío al sistema parece exigir caminos y fórmulas capaces no sólo de evitar derrotas sino de alcanzar triunfos positivos y concretos. Es verdad que el camino puede ser más difícil y menos espectacular que el recorrido antes, por lo que implica de preparación, de rigor teórico y de disciplina en la militancia. Pudiera ser también que sean los menos aquellos capacitados para librar una lucha difícil y prolongada. Todos éstos son fuertes obstáculos objetivos y subjetivos que es necesario superar si el movimiento estudiantil y los jóvenes revolucionarios han de participar eficazmente en el proceso transformador de nuestra sociedad.

Todavía debe insistirse en que no son fáciles en nuestro país las perspectivas de una lucha como la descrita. En la medida en que carecemos de partidos políticos y de organizaciones independientes, en que no es fácil ni habitual la expresión de las ideas críticas a través de los medios masivos de difusión, en que sectores muy amplios del proletariado y de los campesinos viven sometidos al control de líderes corruptos que se manifiestan inclusive agresivamente en contra de cualquier crítica u oposición, en que la educación política de los obreros y el desarrollo de su conciencia de clase se hallan frenados por la subordinación que viven al aparato ideológico de la burguesía, y en que los intereses del capital nacional y extranjero parecen coincidir en la defensa del statu quo; más aún: en la medida en que el imperialismo manifiesta a cada paso no sólo su oposición a los cambios que requiere el

país, sino inclusive su voluntad de imponer fórmulas regresivas como en otros países latinoamericanos, las dificultades de una lucha como la descrita resultan extraordinarias.

Si a ello se suma el hecho de que el aparato de poder utiliza todavía métodos policíacos para enfrentar conflictos políticos y sociales, como ocurrió recientemente en Sinaloa, y viola la autonomía de instituciones educativas y las garantías individuales consagradas en la Constitución, se refuerza aún más la imagen de las dificultades de la lucha y de la organización política disidente, y de los serios obstáculos que debe vencer el movimiento estudiantil.

Sin embargo, precisamente la magnitud de la tarea debe ser un estímulo más para que el movimiento de los estudiantes busque nuevas perspectivas y se manifieste a un nivel más alto de organización, educación y militancia política, y para que su energía creadora y movilizadora afirme virtudes y supere limitaciones, sin incurrir en las debilidades, frustraciones y errores del pasado. El desafío de los jóvenes al sistema se convierte así en un reto y en un desafío al propio movimiento estudiantil: el de su capacidad organizativa y política en una situación difícil, pero que requiere de su concurso para que un día esta sociedad sea más justa y racional. Sin olvidar, citando a Marx, que no hay calzadas reales en el camino de la ciencia ni en el de la revolución.

INDICE

<i>Introducción</i>	5
<i>La proletarización del trabajo intelectual y la crisis de la producción capitalista</i> Ernest Mandel	7
<i>Los estudiantes: ¿el fin de la nueva izquierda?</i> Robin Blackburn	51
<i>La crisis del movimiento obrero occidental y los movimientos estudiantiles</i> Franz Marek	87
<i>México, un desafío al sistema</i> Víctor Flores Olea	115